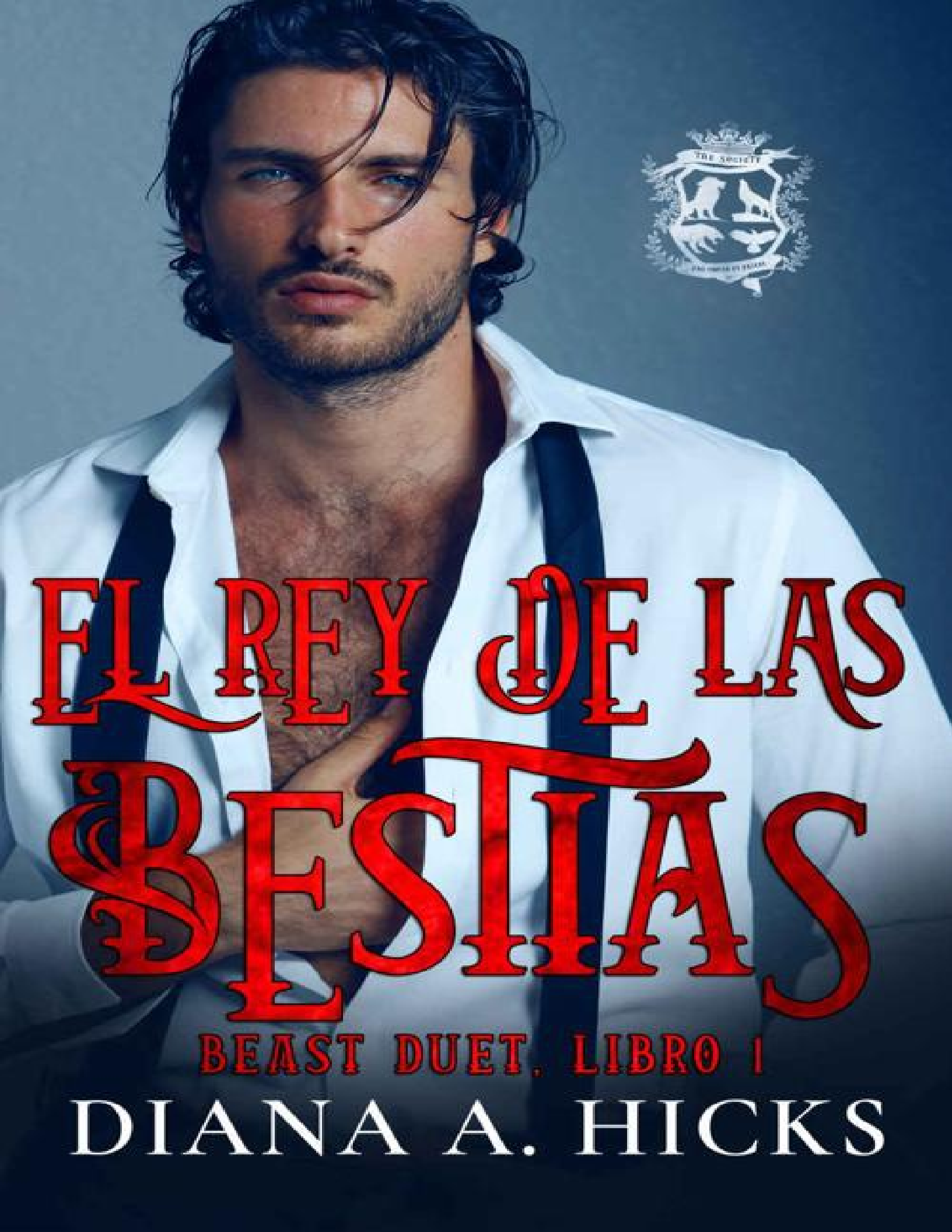

EL REY DE LAS
BESTIAS
BEAST DUET. LIBRO 1
DIANA A. HICKS

El Rey de las Bestias

Beast Duet, Libro 1

Diana A. Hicks

HMG Inc.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es meramente una coincidencia.

El Rey de las Bestias, Libro 1

COPYRIGHT © 2023 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Datos editoriales

Impresión ISBN 978-1-949760-32-3

Digital ISBN 978-1-949760-31-6

Amazon ISBN 979-8-862007-12-1

Modelo de portada: Christoph

Fotografía: Wander Aguiar Photography

Diseño de portada: Veronica Larsen, Dar Albert

Editor: Tera Cuskaden y Becky Barney

Traducción del inglés: Elizabeth Garay. garayliz@gmail.com

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Comentarios de la obra de Diana A. Hicks

“La primera entrega de su serie ‘Desert Monsoon’, es convincente e impactante, con una sólida narrativa, personajes matizados y una mezcla dinámica de romance y suspenso”.

— Kirkus Reviews

“Lo que hace que cualquier novela romántica sea una lectura excepcional, no es simplemente el encuentro y enamoramiento de dos personas atractivas. Son los cautivadores episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes, convirtiéndolo en una lectura gratificante. Diana A. Hicks sabe muy bien cómo lograrlo”.

— Readers' Favorite

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora, creadora de intensos romances que exploran el mundo de la mafia, así de como apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspense.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta del kickboxing, del hot yoga, de viajar y de darse el gusto con las alegrías simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos, sus dos mimados gatos y su esposo.

¡Echa un vistazo a mi librería!

Índice

Prefacio

1. ¿Tienes invitación?
2. Bueno, esa es una pregunta delicada
3. No eres mi prisionera
4. Esa no es la razón por la que estamos aquí
5. Ya sabes cómo es esto
6. Te ves como si valieras un millón de dólares
7. No pago por tener sexo
8. ¿Eso dolió?
9. Notas de anteriores sumisas
10. No puedo soportar la espera
11. Déjalo en mis manos
12. Átame, amárrame
13. Si tú quieres, podemos hacer que sea real
14. Bunny, Bun, Hun
15. Mira hacia el espejo
16. Su corazón no funciona de esa manera
17. Él no está en el menú
18. Los malvados no tienen descanso
19. Mi pequeña virgen
20. Blancos fáciles
21. ¿Mafiosos o médicos?
22. Ni siquiera me conoces
23. No necesitamos quedarnos sin tiempo
24. Epílogo

El Rey de las Bestias

1. Cabrones con armas

Estimado lector:

¡Estoy muy feliz de compartir contigo la épica historia de amor entre Rex y Caterina!

El Rey de las Bestias es un romance oscuro que combina elementos de uno de mis cuentos de hadas favorito, “La Bella y la Bestia”.

Este libro ha estado en mi cabeza durante más de un año y estoy muy feliz de ¡¡¡finalmente poder compartirlo contigo!!! Te va a encantar la intensa historia de amor entre Rex y Caterina.

Prepárate para enamorarte de los despiadados hombres de “**La Sociedad**”.

¡Bienvenido a **La Sociedad**!

Diana

Capítulo 1

¿Tienes invitación?

CATERINA

«Cinco minutos más». Golpeé la pantalla de mi teléfono para posponer la alarma que se escuchaba a todo volumen.

Cuando no pasó nada, abrí un ojo para asegurarme de que había pulsado el botón correcto. Entonces vi el rostro sereno de papá en la llamada entrante. Me incorporé rápidamente y presioné el dispositivo contra mi oreja.

«¿Hola? ¿Papá?».

«Caterina, soy yo».

«Lo sé, papá. ¿Qué ocurre?». Miré mi reloj entrecerrando los ojos. «Es la una de la madrugada».

«Lo sé. Lamento despertarte, Bells. Necesito que vengas por mí». Dejó escapar un suspiro. «Dijiste la semana pasada que podía llamar en cualquier momento».

Todo mi cuerpo se hundió más profundamente en el colchón. *"Necesito que vengas por mí"*, era el equivalente a *"Gasté todo mi dinero apostando y ahora ni siquiera tengo dinero para un taxi"*. La adicción de papá estaba empeorando.

«Envíame un mensaje de texto con tu dirección. Iré a buscarte».

«Estoy en el Crucible».

Me detuve a medio camino con la boca abierta y los pies flotando sobre el suelo de madera. *Puta madre*. ¿Por qué ese lugar? «Está bien. Llegaré pronto».

«Gracias. Eres la mejor hija que un anciano como yo podría tener».

«Voy en camino»

«Lamento mucho hacerte esto, Bells. No tienes idea». Su voz resonaba en el altavoz.

«Te veo pronto, papá». Toqué la pantalla para finalizar.

Estas llamadas a media noche se estaban yendo de mis manos. Tenía un trabajo al que presentarme en unas horas. No podía sentarme aquí y escuchar a papá hablar sobre mamá. Yo también estaba sufriendo. Una punzada de remordimiento se apoderó de mí. Yo era toda la familia que le quedaba al viejo. Papá me necesitaba. Y dudaba seriamente que alguno de mis dos hermanos subiera a un avión en este momento, dondequiera que estuvieran, para venir a la ciudad y ayudarnos. Tenía que encargarme de ir al Crucible yo sola. Dejando a un lado el temor que se acumulaba en la boca de mi estómago, me puse un par de jeans y una camiseta blanca.

El Crucible, ubicado en el centro de Manhattan, era un lujoso club nocturno al que solo se podía acceder con invitación. Era propiedad de uno de los capos de la mafia más despiadados de la ciudad. Era más que un club. Era un lugar de libertinaje, a falta de una palabra mejor, que satisfacía los deseos más profundos y oscuros de los clientes. En el caso de papá, el juego.

Por un momento, consideré mis zapatillas, luego decidí usar botas hasta la rodilla. Literalmente, el único accesorio sexy que tenía. Si bien no me importaba lo que sus estirados gorilas de la entrada pensaran de mí, un atuendo más bonito podría aumentar mis posibilidades de entrar sin tener que pedir un favor.

A esta hora, no estaba segura de conseguir un taxi rápidamente, así que decidí pedir un Uber. Como si el universo quisiera recompensarme por ser una buena hija, mi conductor asignado estaba a solo un minuto de distancia. Agarré mis llaves y salí a encontrarlo en la acera.

Mi apartamento en Chelsea no estaba muy lejos del Crucible. Con poco tráfico, llegaríamos al club nocturno en veinte minutos exactos. El aire fresco y primaveral sacudía el polen de la acera. Sonreí ante el torbellino y pensé en polvo de hadas. Algo así sería útil ahora mismo. La adicción al juego de papá estaba empeorando tanto que estaba dispuesta a darle una oportunidad a los cuentos de hadas.

Parpadeé para limpiar un poco del polvo que se me había metido en los ojos y me precipité hacia el interior del rascacielos. En el vestíbulo principal, un candelabro flotaba sobre mi cabeza y proyectaba luces centelleantes sobre el mármol italiano. Aunque no podía escuchar exactamente la música que sonaba unos pisos más arriba, el ritmo del DJ cimbraba contra las paredes y las suelas de mis botas.

«¿Puedo ayudarla, señorita?». El hombre detrás del mostrador de recepción me llamó antes de que llegara al ascensor.

«Solo voy a subir al Crucible». Le ofrecí una sonrisa amistosa, tratando de no sentirme tan fuera de lugar y de mi alcance.

«¿Tiene una invitación?».

«No, no he venido para quedarme. Estoy buscando a mi padre».

Una invitación del propietario del Crucible no era algo que se obtuviera fácilmente. Solo se permitía la entrada a los más poderosos. Papá había entrado en esa categoría no hacía mucho tiempo. Aunque en el último par de años, después de que mamá falleciera, la posición y la riqueza de papá se habían deteriorado significativamente.

Yo culpaba a Rex Valentino por todos nuestros problemas. En muchos sentidos, Rex mantenía a papá prisionero en este lugar. Rex le brindaba a papá la oportunidad de apostar durante días. Aprovechaba su sufrimiento para dejarlo seco. El dinero de nuestra familia casi se había agotado.

«Lo siento, pero no puedo dejarla entrar». Golpeó su auricular mientras sus ojos se clavaban en mí. Después de un rápido movimiento de cabeza hacia la cámara de seguridad a mi derecha, me sonrió. «Por aquí, señorita Alfera».

Abrí la boca para preguntarle cómo sabía mi nombre, pero ya sabía la respuesta. Miré a la cámara e imaginé al todopoderoso Sr. Valentino con los brazos sobre el pecho, observándome en sus monitores, estudiándome como si fuera una especie de insecto. Me acomodé el abrigo y abroché los botones. Rex tenía una manera de hacerme sentir como si pudiera ver a través de mi ropa.

De todas las otras veces que había venido a buscar a papá, esta era la primera vez que decidía dejarme entrar. ¿Por qué ahora? Supuse que sus razones no importaban. No tenía tiempo de quedarme aquí y cuestionar sus motivos. Papá necesitaba mi ayuda. Cuando llamó antes, sonaba triste y derrotado, como si esta vez hubiera ido demasiado lejos. ¿Lo habría hecho?

Dada la bestia que dirigía este club, apostaría a que había animado a papá a perder aún más dinero. No traía ningún tipo de efectivo conmigo. Mi trabajo como directora creativa en “A-List”, una agencia de publicidad, me permitía tener un bonito apartamento en la ciudad y algunos

lujos. Pero nunca sería suficiente para pagar las deudas de juego de papá. Lo único que podía esperar en este momento era llegar a algún tipo de acuerdo con el Sr. Valentino, para que papá pudiera volver a casa y recibir la ayuda que necesitaba.

Con el corazón latiendo con fuerza en mi garganta, seguí al guardia de seguridad hasta el ascensor. No tenía idea de qué esperar del exclusivo club que ocupaba la mayor parte del edificio de cuarenta pisos. Me imaginaba un casino de la vieja escuela con un bar lleno de humo oliendo a lejía y puros, como algo sacado de una película de gánsteres de los años setenta, muy cliché y cursi.

Se me rompió el corazón al pensar que papá había caído presa de la liberación que le ofrecían aquí. Sin embargo, entendía por qué seguía regresando. Dos años no eran tiempo suficiente para olvidar a mamá. La mayoría de los días, yo todavía levantaba mi teléfono para llamarla. Solo para darme cuenta de que el número que aparecía en mis contactos ya no era el de ella.

La presión en mi pecho se apretó como cada vez que pensaba en ella. Inspiré y me concentré en la tarea que tenía entre manos. Todavía me quedaba un padre y él me necesitaba. Derrumbarme ahora no nos ayudaría a ninguno de los dos.

«Hemos llegado». El guardia de seguridad me sonrió como si supiera algo que yo no sabía. Lo ignoré, porque su petulancia era el menor de mis problemas.

«¿Hacia dónde?». Levanté la vista cuando la puerta del ascensor se abrió y contuve el aliento. «Esto no se parece a una sala de juego. Mi padre es Michael Alfera. Me pidió que viniera por él». De alguna manera, logré mantener el tono de súplica fuera de mis palabras.

Un toque de reconocimiento mezclado con inquietud se reflejó en sus ojos. Cuando volvió a hablar, la sonrisa de cínico de antes había desaparecido. El cambio de nombre había funcionado. Aunque papá ya había pasado su mejor momento, en su época había sido venerado, si no temido, tanto como Valentino lo era ahora.

Había conocido a mamá cuando tenía cincuenta y tantos años. Por ella, papá había dado un giro a su vida convirtiéndose en el hombre que ella quería que fuera: bueno, decente y amable.

«El señor Valentino ha pedido que espere en el bar. Él la alcanzará en un momento», dijo por encima de la fuerte y sensual música mientras mantenía abierta la puerta del ascensor.

Dirigí mi atención a la opulenta escena frente a mí. No era lo que esperaba de alguien tan despiadado como Rex. Candelabros relucientes, colocados a intervalos, colgaban desde lo alto. Conté veinte antes de decidir que no valía la pena el esfuerzo. Su reflejo en las enormes ventanas hacía que el salón pareciera no tener fin. Los detalles dorados y azules y los acabados de alta gama estaban por todas partes, desde los muebles de terciopelo y los suaves pisos de mármol hasta el lujoso papel tapiz y la brillante barandilla; no se había escatimado ni un solo detalle.

Mi acompañante esperó pacientemente a que apartara la mirada de los sofás de terciopelo y sillones agrupados donde dos parejas participaban en una sesión de besos que estaba a punto de convertirse en algo más. Cuando un pezón se asomó entre una confusión de brazos y piernas, rápidamente me alejé de ellos.

Mi mirada aterrizó en el siguiente juego de sofás, donde una mujer estaba sentada aparentemente sola, con los ojos cerrados y la boca abierta. Por la forma en que seguía retorciéndose en su asiento, no creí que estuviera sola. Cada grupo de personas actuaba como si estuvieran en sus propias salas de estar, sin privacidad. Supuse que ese era el propósito de todo. No era una mojigata, pero esto era demasiado para mí a las dos de la mañana de un martes. En seis horas más, tenía que estar en el trabajo.

«Señorita Alfera». Al otro extremo de la habitación, el guardia de seguridad hizo un gesto hacia la barra para llamar mi atención. «Por aquí».

Salí de mi trance e incluso logré seguirlo sin caer de bruces. Acepté el taburete que me ofreció, feliz de estar lejos de la conmoción sexual del piso principal. ¿Qué diablos hacía un hombre de setenta años en este lugar? Este no era papá. O, al menos, no el papá que conocía.

«Señorita Alfera». El barman puso una copa de rosado frente a mí.

«No, gracias».

«Mis disculpas. Me dijeron que esta era su bebida. Puedo traerle lo que guste».

El vino era mi opción cada vez que necesitaba un trago, pero no se trataba de eso. «No he venido aquí para quedarme. ¿Y quién te dijo que esa era mi bebida?».

«El señor Valentino siempre se asegura de que sus invitados tengan todo lo que necesitan. Hacer que la experiencia sea mucho más memorable».

Tragué y luego comencé a toser. Con una sonrisa amable, el barman empujó la copa hacia mí y la tomé. Tal vez un poco de valor líquido me ayudaría. «No estoy aquí por ningún tipo de experiencia, o lo que sea que hagan aquí». Hice un gesto hacia el conjunto de múltiples salas de estar a lo largo del piso principal. «He venido a recoger a mi padre. ¿Podría informarle al señor Valentino que estoy cansada de esperar?».

«Por supuesto». El barman asintió y se alejó.

«Espera», lo llamé, pero ya se había ido.

Saqué mi teléfono del bolsillo lateral de mi abrigo y llamé a papá. Después de varios timbres, la llamada entró a su correo de voz. Sin duda, su momento de lucidez había pasado y estaba en algún lugar de este edificio apostando el poco dinero que le quedaba.

«No se permiten teléfonos en el Crucible», susurró una voz femenina en mi oído. «Me sorprende que no te lo hayan quitado al entrar».

«Estoy buscando a alguien». Me volví para encontrarme con la mirada de la mujer.

Tenía ese cabello perfecto de "recién follada" y sus mejillas eran de un bonito color rosado. La sonrisa en su rostro era lo suficientemente brillante como para iluminar la habitación. «Soy Sofie». Ella me ofreció su mano. «Es mi primera vez aquí. Dios, siento que finalmente puedo respirar. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Ese sentimiento cuando te desahogas y luego ya puedes respirar de verdad?».

«En realidad, no». Mis pulmones funcionaban bien. Mi vida sexual, por otro lado, estaba en una especie de pausa en este momento. Me miré las manos para ocultar mi ceño fruncido. Toda mi vida había estado en suspenso durante los últimos dos años, mientras mamá perdía su batalla contra el cáncer.

«Mmm». Se apoyó sugestivamente en el mostrador. «¿Disfrutaste el espectáculo? ¿Hace un momento?». Señaló el lugar donde estaba segura de que la había comido con los ojos durante unos buenos cinco minutos.

«Lo siento, no era mi intención… ya sabes. No estoy aquí para nada de eso». Sacudí la cabeza varias veces.

«Está bien». Ella me sonrió. «Vamos a ir a la habitación veinte, si quieres unirte a nosotros». Señaló hacia la izquierda, donde había un grupo de sofás de color azul intenso salpicados de cojines decorativos dorados.

Los latidos de mi corazón se aceleraron ante la idea de unirme a su grupo. Esa no era yo en absoluto.

«Um, no, gracias. Estoy bien». Cogí mi copa y tomé un buen trago de vino. ¿Dónde diablos estaba papá?

Y entonces, lo sentí. Su presencia tenía una forma de succionar todo el aire de la habitación. Se me erizó el pelo de la nuca. Instintivamente, apreté más mi abrigo y revisé los botones.

Levanté la mirada y encontré su reflejo en el panel de espejos detrás de la barra. Su forma no era más que una sombra mientras se acercaba a lo alto de la gran escalera que conducía a lo que supuse era el salón VIP. Se agarró a la barandilla dorada y se inclinó ligeramente hacia adelante como si estuviera registrando la habitación. Aunque estaba oscuro, juraba que su mirada se clavaba en mi espalda, deseando que lo mirara.

Me deslicé del taburete. Aparte de que quería salir corriendo y no volver nunca más, todavía no sabía dónde estaba papá. Con una temblorosa respiración, me preparé y me di la vuelta. Pero cuando lo hice, él ya no estaba. ¿Me había imaginado todo? Había odiado a Rex durante tanto tiempo que tal vez estaba empezando a alucinar con él. ¿Por qué creía que todos debían inclinarse ante él como si fuera una especie de rey? *No lo era*. Era un criminal, una pesadilla, un matón sin corazón al que no le importaba cuánto daño nos hacía a papá y a mí. Quería hacer entrar en razón a papá por ponerme en esta situación.

Cualquier juego que Rex creyera que tenía entre manos, se había acabado. Ya había terminado de sentarme como una buena niña, esperando que papá apareciera mágicamente. Obviamente, no estaba en este piso. Me levanté del mostrador enojada, encabronada por haber dejado pasar tanto tiempo. En mi defensa, eran las dos de la puta mañana y estaba más que cansada, no solo por la falta de sueño, sino por toda mi vida.

Un calor intenso se cernió sobre mí antes de que su mano rozara mi espalda baja. Mi cuerpo se estremeció por la sorpresa y nervios, porque, esta vez, estaba segura de que Rex era real y estaba justo detrás de mí. Había aparecido de la nada y ahora me tenía acorralada contra el taburete de la barra. Cogí mi copa de vino y bebí el resto. Genial, el hombre me había llevado oficialmente a la bebida.

«Shhh». Sus largos dedos aparecieron en mi visión periférica. Luego, el crujido de su traje oscuro me hizo pensar que se había metido las manos en los bolsillos de los pantalones. «¿Por qué estás tan nerviosa?».

«No lo estoy». Me las arreglé para no dejar caer mis hombros o hacer cualquier otra cosa que indicara que estaba acobardada ante su mera presencia.

«¿Hasta cuándo vas a fingir que no me conoces, Caterina?». La voz suave y profunda de Rex sonaba fuerte y clara sobre la música. Cuando soltó un suspiro, una bocanada de aire cálido viajó desde mi nuca y se posó entre mis piernas.

Otra razón más por la que odiaba tanto a Rex Valentino.

Capítulo 2

Bueno, esa es una pregunta delicada

REX

«¿Qué deseas?». Ella apretó los puños y se volvió hacia mí.

Jesucristo, se me había olvidado lo hermosa que era. Su cabello largo y oscuro caía en ondas desordenadas varios centímetros más allá de sus hombros y enmarcaba sus altos pómulos a la perfección. Si tuviera que adivinar, ella estaba dormida cuando el anciano la llamó para que llegara al Crucible por él. Cambié mi atención a la pareja que tenía relaciones sexuales al otro lado del salón mientras consideraba su pregunta.

«Esa es una pregunta delicada, amor». Tenía una larga lista de cosas que quería de ella. La principal, su cuerpecito apretado en mi cama.

Ella me miró entrecerrando los ojos siguiendo mi línea de visión. «En tus sueños. Eres un bruto».

«Tú viniste a mí». Levanté la voz por encima de la música alta. Quizás traerla a esta sección de mi club nocturno no había sido la mejor idea. Pero cuando la vi a través de los monitores de seguridad, no pude resistir la tentación de mostrarle esta sala. «Nunca te obligaría a hacer algo que no quisieras hacer».

«Estoy buscando a papá. Y antes de que intentes decirme que no está aquí. Deberías saber que me llamó. Si no lo liberan, llamaré a la policía».

Me reí. Siempre había admirado su tenacidad. ¿Cómo había logrado mantenerme alejada de Caterina tanto tiempo? Durante los últimos años, desde que murió su madre, había tratado de hacer lo honorable y dejarla en paz. Por los tiempos desesperados y todo eso. Por mucho que necesitaba mantenerme alejado de ella, también tenía que proteger a mi familia. Y para eso, la necesitaba.

Aspiré su aroma antes de levantar la mirada para encontrar la de ella. El odio que mostraba allí no era nada nuevo. Caterina Alfera había sido mi enemiga desde su nacimiento. Nuestros padres siempre habían estado en una batalla constante por el puesto a la cabecera y el poder de controlar La Sociedad, un enclave centenario que gestionaba la actividad criminal en todo el país.

«Sabes muy bien que la policía trabaja para mí. ¿En cuanto a tu papá? Él eligió estar aquí».

«¿Por qué me trajiste aquí?», ella alzó la barbilla. «¿Por qué crees que eres dueño de todo?».

Ese pequeño acto de desafío hizo que mi sangre se agitara. El impulso de hacerla mía y controlar cada detalle de su vida salió a la superficie. Alcancé su muñeca y la sujeté a la barra del bar. Sus delgados dedos parecían tan delicados y frágiles bajo mi gran mano. No es que mi tamaño hubiera intimidado alguna vez a esta mujer. Enderezó los hombros y, de alguna manera, sus ojos lograron mostrar más odio y desdén hacia mí.

«Por el hecho de poder hacerlo». Señalé en dirección general a la enorme sala en la que estábamos. «Y ya sabes por qué te traje aquí. Es porque te esperaba antes. Luego apareces con una interesante elección de ropa, lo que me indica que no viniste aquí para mi función social».

«¿Era hoy? Me olvidé». Bajó su mirada de mi cara hasta mi chaqueta de esmoquin. «Eso explica el traje de pingüino».

«Ignoraste mi invitación», le digo.

«No soy tu chica de compañía. No puedes simplemente convocarme cuando sientes la necesidad». Ella intentó apartar su brazo de mí y yo lo apreté con más fuerza. «¿Quién murió y te nombró rey?». Su respiración se entrecortó. «Lo lamento. No quise decir eso».

«Ese es un golpe bajo incluso viniendo de ti». Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos. El odio allí se había disipado en parte, reemplazado por la compasión. Caterina entendía bien lo que significaba perder a un padre. Papá había fallecido el mes pasado. Técnicamente, un cobarde le había disparado en la espalda. Ahora dependía de mí asegurar que la Sociedad sobreviviera. «¿De verdad no entiendes lo importante que es esto? Nuestras familias están en peligro, Caterina. No puedes seguir fingiendo que no me perteneces». Apreté los dientes. Caterina tenía una manera de ponerme nervioso. Inspiré y rectifiqué. «Tú perteneces a la Sociedad, al igual que yo. Es hora de que vuelvas a casa».

«No». Se acercó a mí y me clavó un dedo en el pecho. «Es hora de que te des cuenta de que La Sociedad es cosa del pasado. Suéltala. Papá lo hizo».

Algo en el aire cambió como un torrente de energía cruda que amenazaba con consumirme. Ese siempre había sido el caso con ella. Sin embargo, esta necesidad incesante que tenía por ella tendría que esperar. Debía concentrarme en el trabajo que papá me había confiado. La Sociedad estaba bajo ataque. Y si papá tenía razón, la persona detrás de su asesinato estaba decidida a ver que nuestro legado centenario muriera rápidamente.

«Eso no es tema de discusión». Le solté el brazo. «Te unirás a la reunión de arriba».

«¿Y si no lo hago?».

«Te obligaré» Me quedé impávido. «Nunca he sido un hombre paciente. Y lo sabes».

«No voy a ir a ninguna parte contigo. No hasta que vea a mi padre».

Si Caterina viera a su padre ahora, la destrozaría por completo. El anciano se había perdido después de la muerte de su esposa. Su comportamiento era deplorable y estaba fuera de control, razón por la cual lo había mantenido en el Crucible. No podía hacer mucho daño mientras estuviera en mi club nocturno bajo mi supervisión.

«Ha estado aquí durante los últimos tres días. ¿Qué te hace pensar que quiere irse?». Cedí a mi impulso de tocarla y acaricié su suave mejilla con el dorso de mi mano.

«Me llamó y me pidió que viniera por él». Ella apartó mi mano de un golpe.

«Tal vez recordó que se había convocado a una reunión de la junta directiva con todas las familias de La Sociedad».

«Él quiere salir. Deja que lo haga».

«Él vino a mí. Ahora no irá a ninguna parte». Crucé los brazos sobre mi pecho. «Comenzaré la reunión en una hora. Espero que tú y tu padre estén allí. ¿Quieres verlo? Ahí es donde él estará». Miré hacia sus jeans y botas hasta la rodilla. Lo que daría por verla con nada más que esas botas. «He hecho arreglos para que te cambies y te pongas algo más adecuado para la ocasión».

Ella resopló. «Qué descaro. No soy tu estúpida muñeca».

«Estás en mi casa. Si gritas, nadie te ayudará».

«¿Qué demonios significa eso?», ella retrocedió arrastrando los pies.

Cualquier otra noche, me hubiera encantado quedarme aquí y mantener esta conversación con ella. Pero teníamos asuntos más urgentes que atender y Caterina necesitaba entenderlo. Me agaché y me la eché al hombro. El impacto la dejó sin aliento y eso me dio tiempo para regresar a la gran escalera antes de que comenzara a patalear y gritar. Apreté más sus piernas y subí los escalones de dos en dos. Afortunadamente, el salón VIP del segundo piso ya estaba casi vacío. Los pocos invitados que quedaban ni siquiera nos notaron cuando cruzamos el salón hacia el ascensor en la parte de atrás.

«Cuando papá se entere de esto, querrá que te claven la cabeza». Ella empujó contra mi espalda.

«No lo creo, amor». Moví mi mano hacia arriba un par de centímetros y ella se quedó congelada. «Hoy en día, tu papá no puede ver más allá de la mesa de blackjack».

Presioné el botón de llamada. Cuando las puertas se abrieron, entré y la deposité en el piso.

«Puedes cambiarte en la habitación de invitados». Inserté mi llave y presioné el dial del Penthouse, haciendo lo mejor que pude para no pensar en el hecho de que Caterina nunca había estado en mi casa antes. «Sobre la cama encontrarás un vestido que te pondrás. Mary Anne, mi asistente, te ayudará».

Le envié un mensaje de texto a Mary Anne para confirmar que hubiera hecho lo que le había pedido. Ella respondió casi de inmediato para informarme que tenía lista la habitación de invitados. Caterina pasó todo el camino hasta el piso cuarenta y cuatro, mirándome desde su rincón de la cabina del ascensor. Sus mejillas se habían vuelto de un bonito color rosado que combinaba con sus labios carnosos. Metí mi teléfono dentro de mi chaqueta y metí las manos en los bolsillos de mis pantalones.

«¿Siempre pides a tu asistente que compre ropa para las mujeres que encuentras abajo y la arrastras hasta tu elegante penthouse?».

«Sí. Eso es parte de la descripción de su trabajo». No tenía idea de lo que significaba que ella tuviera curiosidad por saber si traía a otras mujeres a mi casa.

Ella ganó. «Ni siquiera estás bromeando».

«¿Por qué iba a bromear con eso?».

Una punzada de emoción me invadió cuando las puertas se abrieron de nuevo y me encontré llevando a Caterina a mi sala de estar. No podía recordar la última vez que había traído a alguien aquí. Su mirada siguió un camino desde los pisos de mármol hasta la enorme chimenea que llegaba hasta lo alto del techo.

«¿Tú vives aquí?». Caminó hacia las altas ventanas que daban a las luces de la ciudad.

«Puedo darte un recorrido por mi suite, si quieres». Estábamos en medio de la habitación.

«En tus sueños», ella dejó escapar un suspiro. «¿Dónde está el maldito vestido?».

«¿Significa que vendrás voluntariamente a la reunión?».

«¿No es ese el trato? ¿Aparezco y me dejas ver a mi padre?».

Por primera vez Caterina y yo logramos llegar a un acuerdo. El viejo tenía razón. Caterina haría cualquier cosa por él. Había venido a mí directamente aquí sin pensar dos veces en su bienestar cuando él la llamó. Llegaba sabiendo que yo estaría aquí, que no la dejaría ir hasta que obtuviera lo que quería.

«Harías cualquier cosa por tu padre, ¿no?». Caminé en un amplio círculo a su alrededor para poder ver su rostro.

«Soy todo lo que le queda». Levantó la barbilla en el aire con un gesto desafiante que era muy de ella.

«Eso no es verdad».

«Si te refieres a mis hermanos, estás equivocado. No los he visto desde que mamá…». Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Intenté acariciarle la mejilla, pero ella se dio la vuelta. La fallecida Anna Alfera había sido el pegamento que mantenía unida a la familia Alfera. Sin ella, su marido, sus dos hijos e incluso Caterina se habían ido desmoronando poco a poco. Quería decirle que todo estaría bien, que mientras ella y su padre se quedaran conmigo, estarían a salvo, pero dudaba que ella lo creyera viniendo de mí.

«Pensé que tenías prisa por llegar a esta reunión», ella me miró. La tristeza en esos ojos verdes había sido reemplazada por determinación y el odio habitual que ella reservaba solo para mí.

«Sí». Me dirigí hacia la gran escalera. «Es por aquí».

Por alguna razón, ella no se apartó de mí cuando tomé su mano entre las mías y la acompañé escaleras arriba. Las cejas de Caterina se alzaron sorprendida cuando llegó al rellano que se abría al amplio pasillo. Mi pecho se expandió con orgullo. Nunca había podido impresionarla con nada hasta esta noche. Su mirada se posó hasta la fila de viejas pinturas al óleo que cubrían las paredes del pasillo y las intrincadas tallas de madera en las pilastras decorativas.

Miré su palma y la apreté antes de detenerme frente a una puerta grande. Si tan solo Michael, su padre, hubiera tenido el valor de explicarle por qué estaba realmente aquí, no estaríamos perdiendo el tiempo con todo este preámbulo. «Mary Anne te ayudará a prepararte y luego te llevará con tu papá». Solté su mano, pero ella permaneció cerca de mí. Ese pequeño gesto desencadenó algo muy profundo en mi pecho, a pesar de que ella no estaba aquí para mí. «¿Amas tanto a tu padre que estás dispuesta a venir hasta aquí y pasar por todos estos problemas, solo por él?».

«Técnicamente, tú me arrastraste hasta aquí. Pero para responder a tu pregunta, sí. Haría cualquier cosa por él».

«Técnicamente, te cargué. ¿Qué hizo él para merecer tanta devoción de tu parte?». Sacudiendo la cabeza, inserté una llave dorada en el pestillo y la giré.

Ella se encogió de hombros y cruzó el umbral. Apoyé el hombro en el marco de la puerta y la vi caminar hacia la cama y el vestido rojo extendido sobre el colchón. Cuando extendió la mano para tocar la tela sedosa, Mary Anne irrumpió desde el baño privado.

«Justo a tiempo», ella le sonrió a Caterina. «Estaba preparando su baño».

«¿Mi qué?», ella se giró para mirarme.

Alcancé el pomo y cerré la puerta. La idea de ver a Caterina desnuda en mi casa me ponía al límite. Tenía que salir de aquí y concentrarme en lo que tenía que hacer. Esta noche tenía que ser el líder que papá necesitaba que fuera. Tenía que hablar con los miembros de la junta directiva de La Sociedad. Los “Don”, los magnates de las cinco originales familias del crimen. Tenía que convencerlos de que la única manera de sobrevivir a la amenaza que se cernía sobre nuestras cabezas era trabajando juntos.

Soltando un suspiro, bajé las escaleras, usando un pasaje secreto que unía mi piso con la sede de La Sociedad, el mismo lugar donde los Don originales se habían reunido por primera vez hace más de un siglo. Jugué con el anillo en mi dedo, frotando la cara del león grabada en el platino. Si todo iba bien esta noche, si conseguía el respaldo de todas las familias, estaría un paso más cerca de cumplir la promesa que le hice a papá: sin importar lo que pasara, salvaría a La Sociedad.

Si todo iba bien esta noche, finalmente conseguiría a la mujer que había deseado durante la mayor parte de mi vida adulta. Abrí la puerta con paneles y entré en una pequeña habitación

donde me esperaban mis guardaespaldas.

«Señor», dijeron los cinco hombres al unísono y se pusieron firmes.

«¿Se unirá a usted la señorita Alfera, señor?», Frank, mi guardaespaldas de mayor confianza, dio un paso adelante, listo para acompañarme a la sala de reuniones al final del pasillo.

«Ella se está preparando mientras hablamos». Una sonrisa apareció en mis labios mientras me ajustaba los gemelos. «¿Están todos todavía en la antesala?». Seguí alisándome la chaqueta del esmoquin y una ráfaga del perfume de Caterina adherida a la tela me golpeó de lleno en la cara. *Mierda. Tenía que dejar de pensar en ella.*

«Sí, señor. Nadie se atrevió a irse sin verlo a usted primero. Pero están cada vez más inquietos». Frank se encontró con las miradas de los hombres uno por uno; todos confirmaron con un solo asentimiento.

«No les hagamos esperar más». Le hice un gesto para que abriera la puerta. Tan pronto como entré al pasillo principal, mi teléfono vibró con un mensaje de Mary Anne.

Mary Anne: Lo siento. La señorita Alfera escapó.

Vi rojo mientras escribía una respuesta rápida.

Yo: ¡Encuéntrala!

Hija de puta. Debería haber sabido que Caterina haría algo como esto. Ella nunca movería un dedo si eso significara que yo me beneficiaría. Esta vez había ido demasiado lejos. Esto era demasiado importante. Si interpretar al buen chico no había funcionado, ahora tendría que vérselas con el rey despiadado. Había terminado de pedirlo.

«Tráeme al viejo», prácticamente escupí las palabras. «Y luego encuéntrala».

Capítulo 3

No eres mi prisionera

CATERINA

Después de que Rex me dejó en la habitación de invitados con su asistente, tuve que seguirle el juego. Aunque extraño y fuera de lugar, el baño era agradable. En el breve baño de cinco minutos que permitió Mary Anne, los aceites esenciales y el agua tibia hicieron maravillas con mis músculos cansados. Ella fue extremadamente hábil y paciente cuando me puso el vestido y me llevó al tocador para trabajar en el peinado recogido.

«Este rápido peinado recogido es todo lo que tenemos tiempo para esta noche. Podemos hablar sobre cómo le gusta usar su cabello más tarde. Estaré más que feliz de poder ayudar».

¿Qué? ¿Por qué necesitaría que ella me peinara después de esta noche? Abrí la boca para preguntar, pero luego decidí no hacerlo. Obviamente, Rex no tenía intención de dejar ir a papá. Y ahora que estaba aquí, él planeaba mantenerme también.

«Traeré los zapatos». Ella y sonrió regresó al baño.

Y, de todos modos, ¿qué clase de asistente era ella? ¿Cómo no se daba cuenta de lo extraña que era toda esta situación? No tuve la oportunidad de preguntarle nada de eso porque en el momento en que me dejó sola, salí corriendo. Sin una tarjeta de acceso, los ascensores no funcionarían para mí, así que me dirigí a las escaleras, que me llevaron a un amplio pasillo.

Dios mío, este lugar era un maldito laberinto. Abrí una puerta con paneles que resultó ser solo un cubículo o armario. La Sociedad había construido este lugar para que pareciera un castillo moderno, lleno de puertas y pasadizos secretos. Junto con los pisos del club nocturno, el penthouse de Rex parecía haber sido renovado recientemente, pero el resto de la propiedad todavía tenía esa sensación del viejo mundo.

Pasé las manos por el papel tapiz descolorido, buscando otra salida a este enorme corredor. Cuando quise dar otro paso, mi bata se enganchó en un clavo que sobresalía de uno de los zócalos. Tiré de la prenda y seguí adelante, deseando haber tenido tiempo de volver a ponerme los jeans antes de escapar.

¿Escapar?

Esto siempre era lo que ocurría con Rex. Cada vez que tenía algún tipo de interacción con él, mi vida entera daba un vuelco. Hacía tan solo tres horas estaba durmiendo en mi cama. Ahora estaba huyendo de un capo de la mafia, vestida como si estuviera camino a un baile elegante.

Pero, sin tener tiempo de preocuparme por mi ropa ni por dormir, tenía unos cuantos minutos antes de que Rex revisara sus cámaras y descubriera exactamente dónde estaba. Tenía que llegar hasta papá y sacarlo de aquí. Al diablo con la reunión de mafiosos de Rex. Tal vez no conocía muy bien a Rex, pero sí sabía una cosa con seguridad: todo lo que hacía era para él, para algún tipo de su propio beneficio.

Frotándome los brazos fríos, me detuve para intentar idear un plan. El edificio parecía mucho más cálido con Rex a mi lado. Mi piel todavía hormigueaba donde él me había tocado, tan arriba en la parte posterior de mi pierna. Unos centímetros más y habría ahuecado mi trasero. Las lágrimas picaban mis ojos.

Lo odiaba. Odiaba no poder pensar con claridad cuando él estaba cerca. Odiaba lo exasperantemente seguro que había estado de que obtendría todo lo que quería de mí esta noche, como ir a su estúpida reunión de sociedad.

Una corriente de aire frío atravesó el suelo alfombrado y mis pies descalzos se encogieron en señal de protesta. Pronuncié un montón de malas palabras dirigidas a Rex mientras probaba cada panel y pomo de puerta a lo largo del pasillo. Todavía tenía que encontrar las escaleras.

Por el viaje en ascensor supe que estaba cuarenta y cuatro pisos arriba. Tardaría un poco en llegar al nivel de la calle, pero lo podría hacer. Tenía que encontrar a papá y llevarlo a casa. Este lugar no era para él. Era demasiado viejo y estaba demasiado enfermo para estar aquí tanto tiempo. ¿No había dicho Rex que papá llevaba días en el Crucible?

«Caterina, detente». Rex apareció de la nada al final del pasillo. «¿Por qué nunca me escuchas?». Saltó hacia mí. Cuando su mirada apuntó hacia mis pies, hizo una mueca. «¿Te pondrías en peligro solo para alejarte de mí?».

«Estar descalzo no supone ningún peligro».

«No estaba hablando de los zapatos. Estaba hablando de lo que hay ahí afuera, esperándote. Te lo he dicho muchas veces antes. Nunca te haría daño».

«Y, sin embargo, eso es exactamente lo que estás haciendo al mantenerme aquí».

«¿Qué? Simplemente pedí una hora de tu tiempo. No eres mi prisionera. Y tu papá tampoco». El filo en su tono me indicaba que estaba al final de su aguante. Bien. Ahora ambos podríamos perder la cabeza en este loco laberinto de muros secretos. Esta era exactamente la razón por la que me mantenía alejada de Rex, tanto como fuera posible. Quería controlarlo todo.

«¿Dónde está entonces?».

«Abajo. Apostando. Estaba en camino a buscarlo cuando recibí el mensaje de texto de Mary Anne». Metió la mano en el bolsillo y luego se llevó el teléfono a la oreja. «La encontré. Lleva a Michael Alfera a la biblioteca. Nos encontraremos allí». No esperó la confirmación antes de tocar la pantalla.

Cuando Rex daba órdenes, esperaba que se obedecieran. Ese pequeño recordatorio de con quién estaba tratando provocó una ola de ira que se instaló en la boca de mi estómago. En un día normal, yo era lo que cualquiera consideraría una buena chica. Pero Rex provocaba que este otro lado mío saliera a la superficie. Incluso ahora, todo lo que quería hacer era borrar de una bofetada la sonrisa de complicidad de su cara.

«Haré que Mary Anne te traiga los zapatos». Estaba a centímetros de mí. «Te ves impresionante con ese vestido».

Se me ponía la piel de gallina en el pecho cada vez que Rex exhalaba un cálido aliento en mi dirección. ¿Había corrido hacia aquí? No es que me importara. «Me veo ridícula». Hice ademán de apartarlo del camino, aunque no tenía ni idea de cómo llegar a la biblioteca.

Me agarró la muñeca y golpeó mi espalda contra su frente mientras su otra mano me sostenía por la cintura. Áspero. Todo en él era rudo: energía bruta, testosterona cruda, deseo ansioso. «Estoy tratando de ser paciente contigo», me susurró al oído. «Es solo una reunión. Te necesito aquí esta noche».

«Mary Anne soltó que me quedaría aquí más que unas pocas horas. No confío en ti. Estás planeando hacer algo con papá».

Luchaba y eso le dio motivos para abrazarme con más fuerza. Sus labios rozaron el costado de mi mejilla y apreté mis piernas, haciendo lo mejor que pude para no derretirme ante él. «Tienes razón. La reunión de esta noche es mucho más que eso. Esta no es una feliz reunión familiar».

«Papá abandonó todo esto hace años. Vivo una vida normal, Rex». Inhalé. No había sido mi intención decir su nombre en voz alta. Era como invocar al diablo para que viniera a mí y me diera todo lo que deseaba.

El problema era que los favores de Rex tenían un precio muy alto; todo el mundo lo sabía, y por eso, para empezar, me había propuesto no acercarme a él, y mucho menos pedirle ayuda.

«Tengo un trabajo. Un apartamento que es todo mío. Amigos que no saben que existen familias criminales, que existes tú. Nos estás arrastrando hacia algo que no queremos».

«Lo sé». Exhaló y se inclinó ligeramente hacia mí. «Te dejé en paz tanto tiempo porque sabía que no querías esta vida. Pero ya no depende de mí. No estás a salvo ahí fuera. Es hora de volver a casa».

«No me necesitas. Me quieres aquí como una especie de premio. Todo lo que haces, lo haces por ti. No soy un objeto».

«Todo lo que hago es evitar que nuestras familias se extingan». Sus largos dedos acunaron mis hombros. «Espera».

Quería alejarme de él porque mi cuerpo le estaba enviando mensajes contradictorios. Primero, tenía que entender que el deseo que se desplegaba en mi núcleo no tenía nada que ver con él y más con la frustración sexual en general. Me alegré de que no viera mis ojos cerrarse mientras asimilaba su aroma almizclado. Peligro, poder y sexo rezumaban de él.

«Ja». Respiré profundamente. Cuando miré hacia abajo, vi el brillante collar de diamantes que había quedado en mi pecho. «No necesito una correa. Iré a tu estúpida reunión».

Su risa profunda me hizo cosas que no estaba lista para reconocer. Me agarró por los hombros y me hizo girar para mirarlo. *Mierda.* Me fijé en esa intensa mirada azul suya bajo las cejas pobladas. Había olvidado lo joven y hermoso que era. Mierda. No debería haber hecho contacto visual. Cuando me di cuenta de que mi boca había estado abierta todo este tiempo, tragué fuerte y la cerré.

«Solo es un collar, amor. Jesús, ¿ni siquiera aceptarás un regalo de mi parte?».

«¿Por qué habría de hacerlo?».

Inhaló profundamente y sus hombros se relajaron un poco. «Antes dijiste que me acompañarías y luego te escapaste. ¿Puedo confiar en que esta vez te quedarás quieta?»

«No lo prometí antes».

«¿Estás dispuesta a prometerlo ahora?». Una sonrisa apareció en sus labios.

«¿Me llevarás con papá?».

«¿Cómo podría no hacerlo cuando me lo pides tan amablemente?». Movió los pesados diamantes de mi clavícula para que quedaran centrados.

Todo tenía que ser exactamente como él quería. Tenía que estar vestida con el atuendo que él había elegido. Y arreglada tal como él quería. Y eso mismo era lo que me sacaba de mis casillas. Me alejé de él. «Entonces, lo prometo. Vamos». Hice un gesto hacia mi izquierda. «Me gustaría ver a papá en esta vida».

«Por aquí». Se movió hacia el extremo opuesto. «Estabas tan cerca de encontrar la salida».

Puse los ojos en blanco y pasé junto a él. En dos zancadas, se puso delante de mí y abrió una puerta oculta que conducía a otra escalera. Mi corazón latió más rápido cuando me di cuenta de que en la media hora que había tenido para escapar, en realidad nunca había salido de su

penthouse.

Cuando llegamos al piso debajo de nosotros, sus hombres nos estaban esperando. Uno de ellos hizo un gesto a Rex y me condujo por el pasillo hasta una enorme puerta doble. Este nivel tenía una sensación más mafiosa, con sus paredes de seda carmín y sus opulentos muebles.

Hace mucho tiempo, cuando era adolescente, papá me trajo aquí para conocer a un viejo amigo, el padre de Rex. Ese único viaje había sido una aventura apasionante para mí. Pude ver este inframundo lleno de mafiosos y reyes, un mundo que, para mí, solo existía en los cuentos de papá antes de dormir.

«Papá». Corrí a la biblioteca y lo abracé.

«Sabía que vendrías». Me abrazó fuerte y luego me separó. «Lamento haberte hecho pasar por todo esto esta noche».

«¿Qué pasó, papá? Pensé que habías dicho que habías terminado con las familias y el Crucible». Señalé la elaborada chimenea que ocupaba la mayor parte de la biblioteca, los sillones tapizados y los candelabros. Todo en esta sala gritaba mafia. «¿Viniste aquí a jugar?». Una parte de mí quería que dijera que no. Que tan solo había pasado a tomar una copa y que Rex lo había obligado a quedarse.

«Rex me hizo entrar en razón. No tengo otro remedio. Ya lo verás».

«Entonces, ¿te está obligando a hacer esto? ¿Te hizo llamarme para traerme aquí?». Me di cuenta de que estaba buscando razones para culpar a Rex de todo lo que ocurría esta noche. Cualquier cosa era mejor que lidiar con la situación de juego de papá.

«Ya estaba abajo jugando». Se aclaró la garganta. «Necesitaba efectivo. Y bueno, ya sabes cómo funciona eso».

Por supuesto, las dos cosas estaban conectadas. Rex me quería aquí para hacer de su aliada. Papá quería dinero, así que Rex estaba encantado de hacerlo a cambio de un pequeño favor: llámame a la una de la mañana y hazme sentir culpable por venir aquí. Debería haberlo sabido.

«Bueno, acepté quedarme para la reunión de La Sociedad. Pero tan pronto como termine, nos iremos. No me importa lo que quiera Rex. ¿Puedes darme tu palabra, por favor? Envolví mis brazos alrededor de sus hombros. El esmoquin que llevaba estaba recién planchado y le quedaba como guante. Sin importar su edad, papá siempre tendría esta aura de poder a su alrededor. Si no se hubiera retirado, esta noche estaría a la cabeza de la mesa, no Rex. «¿Rex también te entregó a ti la ropa?».

«No, yo envié por esto». Me dio unas palmaditas en la mano. «Te preocupas demasiado, Bells. Alguien de tu edad debería estar divirtiéndose en la ciudad».

Me miré las manos cuando mencionó el apodo que mamá tenía para mí. Me llamó Caterina Isabella, para luego llamarme simplemente Bells. La extrañaba. Extrañaba a mis hermanos. Extrañaba tener una familia. «¿Has tenido noticias de Massimo y Enzo?».

«No». Sacudió la cabeza. «Siguen enojados conmigo. No creo que alguna vez me perdonen».

«La muerte de mamá no fue tu culpa. Hiciste todo lo que pudiste. Y ellos lo saben». Le ofrecí una cálida sonrisa. «Ven a sentarte. No te he visto en días. ¿Cómo estás?» Lo acompañé a una silla frente al fuego crepitante. Ahora que había encontrado a papá, este edificio empezaba a resultarme familiar, no tan frío.

«Sabes lo que he estado haciendo», señaló hacia el carro de las bebidas.

Me levanté y le serví un whisky solo. «Aún no has dicho que te irás conmigo».

«Es complicado, querida».

«Si estás en problemas, tienes que decírmelo». Dejé su bebida en la mesa auxiliar y me arrodillé junto a él. No podía perderlo a él también. Había perdido demasiadas personas en los

últimos dos años.

«Le debo algo de dinero al Crucible. Nada que no pueda manejar. Solo necesito unos días más». Tomó un largo sorbo de licor.

«¿Al Crucible? Te refieres a Rex». Me puse de pie y caminé a lo largo de la pequeña habitación. «Me dijo que no eras su prisionero. Puedes irte si quieres».

«Soy más bien una garantía», se veía derrotado.

Papá no era del tipo que se da por vencido. Nuestra familia siempre se había mantenido unida. Massimo y Enzo parecían haberlo olvidado, pero yo todavía creía que podíamos superar cualquier cosa. Cualquiera que fuera la cantidad, estaba segura de que podríamos reunir el dinero. El nombre de Alfera todavía tenía peso en esta ciudad. Podría ir al banco y pedir una hipoteca sobre el apartamento que mamá me había comprado. Solo de eso sería cerca de un millón, si realmente presionaba, suplicaba.

«¿Cuánto, papá?».

Esta noche, Rex parecía dispuesto a llegar a algún tipo de entendimiento conmigo. Tenía su plato lleno con lo que sea que estuviera pasando en La Sociedad. La deuda de papá no tenía por qué ser nada comparada con sus otros problemas. Si tuviera que ser honesta, nunca había visto a Rex tan preocupado. Seguía siendo un bastardo confiado, insoportable, pero algo realmente lo había perturbado.

«Un millón», gruñó papá.

Me di la vuelta tan rápido que la habitación se balanceó un poco. «Dime que estás bromeando. ¿Cómo es posible perder tanto?».

«Los días son largos. No te preocupes por eso. Me quedaré aquí hasta que se me ocurra algo. Todavía tengo algunos ases bajo la manga, Bells. No dejes que las arrugas de mi cara te engañen». Levantó su vaso hacia mí y luego lo bebió.

«No. Me pediste que viniera a buscarte. Volverás a casa esta noche. Rex tendrá que esperar por su dinero». Caminé de nuevo por la habitación.

Rex. Siempre Rex interponiéndose en el camino, haciéndome la vida imposible. ¿Por qué dejaría que la cuenta de papá subiera tanto? Tenía que saber que papá tendría que pagar su deuda. Si papá estaba disputando el puesto de rey, podía ver por qué Rex le tendería esta trampa. Alguien tan controlador como Rex querría un seguro. ¿Sería eso todo? Pero a papá no le importaba La Sociedad. La había dejado cuando yo era una bebé. Lo había hecho por mamá. De ninguna manera querría volver ahora.

«¿Cuánto tiempo tienes para liquidar el pago?».

«Debía entregarse el mes pasado». Papá apoyó el codo en el reposabrazos y se pellizcó el puente de la nariz como si estuviera demasiado avergonzado para mirarme.

No podía soportar verlo así. «¿Estás listo para quedarte aquí como su juguete? ¿O peor aún, ir a la cárcel? Papá...». Mi voz tembló. «No dejaré que te haga esto. Te prometo que haré cualquier cosa para llevarte a casa».

Capítulo 4

Esa no es la razón por la que estamos aquí

REX

Frank: perdimos al hermano Alfera.

Apreté mi teléfono, mirando el mensaje de mi guardaespaldas. Había enviado un equipo a buscar a Massimo y a Enzo Alfera. Habían sido vistos recientemente en Ibiza, frente a la costa de España. Mis hombres tenían órdenes de traerlos a los dos. Pero los hermanos Alfera eran inteligentes y no querían que los encontraran. Había fracasado en ese sentido. Al menos Don Alfera había estado aquí. Eso era todo lo que importaba para la reunión de esta noche... bueno, él y su hija Caterina.

Las voces bajas de la antecámara de al lado se filtraban a través de las finas paredes. Sonreí al anillo que tenía en mi dedo, de la familia de papá. Reunir a todos aquí esta noche había sido un infierno, pero lo había logrado. El mensaje que tenía para ellos era inquietante y casi imposible, pero éste era el trabajo.

Desde que tengo uso de razón, papá había querido que La Sociedad fuera lo que alguna vez había sido. Éramos los protectores de esta ciudad. Pero con el tiempo, la codicia se apoderó de cada miembro hasta que el odio fue todo lo que quedó. Papá tenía un plan para mejorar las cosas. Y luego le dispararon. Pasé una mano por el cuero rojo de la vieja silla de papá y tomé un trago de whisky. ¿Tenía razón al pensar que Caterina era la clave para conseguir lo que queríamos? Paz.

«Todos están reunidos, señor». Aaron, el guardaespaldas asignado a Caterina, entró en mi campo de visión sosteniendo mi chaqueta de esmoquin.

«¿Y los Rossi?».

«Ellos también están aquí. La mujer está embarazada, señor».

Me levanté y dejé que me ayudara a ponerme el saco. «Tal vez los matrimonios concertados no sean tan malos».

«Ella lo odia», me reí. «Sigamos adelante».

Aaron corrió hacia la puerta para mantenerla abierta. Crucé el vestíbulo, ahora vacío y entré a la sala de juntas. Todos se quedaron paralizados y esperaba que fuera porque entendían la gravedad de la situación. Había convocado a esta asamblea porque estábamos bajo ataque.

Miré alrededor de la habitación para hacer un inventario rápido. Todas las familias excepto los Gallo estaban aquí. Santino Buratti estaba aquí esta noche representando a su padre, ya que estaba demasiado enfermo para salir de casa. La *signora* Vittoria Salvatore había traído a su sobrina Giulia. La mujer mayor era tan feroz y fuerte como un buey, pero en algún momento necesitaría nombrar un sucesor. Dudaba que la chica con los ojos muy abiertos que se aferraba a su costado fuera la respuesta.

En el extremo opuesto de la habitación, Chase y Mia Rossi estaban firmes. No formaban parte de las cinco familias criminales originales. Aunque el abuelo de Chase había intentado una y otra vez que lo invitaran a unirse a La Sociedad. Nunca antes habían invitado a nadie porque no era necesario. Eso cambiaba esta noche y el viejo Rossi estaba a punto de cumplir su deseo.

Mi mirada se centró en la silla de papá en la cabecera de la mesa. La cabeza de león tallada en la barandilla del escudo me provocaba una oleada de adrenalina. Si estos muros pudieran hablar, hablarían de tiempos más simples en los que las familias mafiosas representaban algo más. Miré el cenicero que estaba encima del escudo de La Sociedad. Apretando los dientes, volteé hacia otro lado, encontrándome con la fría mirada de la *signora* Vittoria. Ella asintió una vez en señal de comprensión.

El emblema, que representaba a las cinco familias criminales originales, había sido tallado en la mesa para recordarnos nuestra misión: *fac fortia et patere*, "Haz acciones valientes y resiste".

«¿Dónde está él?», le pregunté a Aaron.

Sin la familia Alfera la asamblea no podría comenzar.

«Viene subiendo. Hubo una situación abajo. Pero está resuelto».

«¿Está ella con él?», ajusté mi reloj.

«Sí, señor. Todo está como lo solicitó».

Las puertas dobles se abrieron de nuevo y ambos se dirigieron hacia mí, a ocupar su lugar en el lado derecho de la mesa, a mi lado. Cuando puse la mirada en Caterina, ella me miró con odio renovado.

«Él está aquí. Espero que estés feliz».

Pensé que habíamos progresado un poco esta noche. Sin quejarse, había aceptado mi regalo, e incluso estaba usando los tacones altos que hacían juego con su vestido. Realmente era toda una visión. Su presencia me tranquilizó. Ya no me importaba si estaba siendo un imbécil egoísta. La necesitaba aquí.

«Sí, Caterina. Eso me hace feliz». Esperé mientras ella ayudaba al anciano a sentarse en la silla a mi izquierda.

Esperé un minuto más hasta que todos encontraron sus asientos asignados. Los Salvatore al otro lado, los Rossi a mi izquierda. Y los Buratti a su lado.

«Creo que la primera vez que estuvimos reunidos así, nuestras familias todavía contrabandeaban ron». Me reí. «Agradezco que se hayan tomado el tiempo de venir aquí esta noche».

«Ve al grano, Rex», dijo la *signora* Vittoria con su voz de fumadora. «Si hubiera sido por mí, no estaría aquí, muchacho».

Apreté la mandíbula ante el insulto brusco. A los veintiocho años, yo apenas era un niño, pero lo que ella quería decir es que el sillón del rey era demasiado grande para mí. «Tal vez esto sea de su interés, *signora* Vittoria. Anoche, toda la familia Gallo ha sido aniquilada. Incluso los bastardos».

«Los cinco grandes ahora se han reducido a cuatro». Santino hizo girar el anillo de su familia alrededor de su dedo. La cabeza de lobo incrustada en el platino era lo único que lo hacía diferente al mío. Él se puso de pie. «¿Es por eso que estamos aquí, Rex? Podrías haber enviado un correo electrónico y ahorrarnos todas las molestias».

«Siéntate, Santino». El tono de la *signora* Vittoria estaba lleno de advertencia. No es que a Santino le importara. Él se mantuvo firme mientras su mirada pasaba de la de ella a la mía.

«No, no es por eso que estamos aquí, Santino. La Sociedad existe desde hace mucho tiempo. En una noche perdimos a toda la familia Gallo. Los traje aquí para pedir una tregua, que

permanecerá vigente hasta que descubramos quién está tratando de acabar con nosotros».

«¿Una tregua? ¿Cómo qué? Trabajar juntos, una gran familia feliz. No, gracias». Se apoyó en la mesa y frunció el ceño. «Me arriesgaré. Yo trabajo solo».

La sala estalló en una cacofonía de voces airadas y preguntas frenéticas mientras todos dejaban sus asientos y se congregaban cerca de la puerta. No era así como pensaba que sería esta conversación. Me puse de pie y miré a Caterina. El terror en sus ojos hizo que se me revolviera el estómago.

La familia Gallo ocupaba el tercer lugar en la sucesión de La Sociedad. Si alguien planeaba tomar mi lugar, irían por su familia; incluso si Michael ya estuviera jubilado, sus hijos no se habían ido. ¿Entendía siquiera el peligro que corrían?

Quería decirle a ella que nunca dejaría que le pasara nada, pero dudaba que me creyera. Antes de que pudiera detenerme, tomé su mano. Todo su cuerpo se sacudió como si le hubiera dado una descarga eléctrica, antes de que ella apartara su brazo.

«Hay un traidor entre nosotros. Si se van, asumiré que está entre ustedes. No tendré más remedio que tomar represalias. Los estatutos son claros al respecto. Alguien traicionó a La Sociedad y tengo intención de descubrir quién. Esta moneda solo tiene dos caras. ¿De qué lado están?».

En el siguiente suspiro, varios guardaespaldas irrumpieron por las puertas con armas en la mano cuando se acercaron a sus jefes. Esta jodida asamblea había terminado y yo no había logrado exactamente nada... si asumía que incitar al pánico no era nada.

«Acabo de decir que alguien nos quiere muertos. ¿Y esta es su solución? ¿Disparar a los miembros restantes de La Sociedad?». Hice una señal a uno de mis guardaespaldas.

Inmediatamente dejó su puesto que me protegía y se paró junto a Chase, mientras un segundo guardia llevaba a Mia a través de la salida secreta detrás de ella para ponerla fuera de peligro. No quería que fusilaran a la familia Rossi antes de que tuvieran la oportunidad de escuchar mi propuesta. Necesitaba todos los aliados que pudiera conseguir. Chase y Mia no formaban parte de las cinco familias criminales originales, pero cuando los Gallo se fueron, alguien tenía que hacerse cargo de las sillas vacías. Todavía teníamos un maldito negocio que administrar.

Cuando volví mi atención a Caterina, ella ya no estaba. Agarré el vaso que tenía delante y bebí el resto del whisky. Ella no confiaba en mí y no podía culparla por eso. *Carajo*. Debería haberles dicho a los guardias que no la dejaran irse. Pero ella no era mi prisionera. ¿Por qué había pensado que Michael usaría el tiempo que tenía con ella en la biblioteca para explicarle cosas? Debería haber sabido que sería demasiado cobarde para decirle la verdad.

Chase se quedó atrás mientras todos se dispersaban por la sala de espera y luego por el pasillo. Me moví para que Aaron fuera tras Caterina. Ahora que sabía lo que estaba en juego, tenía que comprender que abandonar el Crucible era un error.

«¿Dónde diablos está mi esposa?», Chase se volvió hacia mí.

Asentí al guardia restante. Rápidamente salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él.

«Leí tu expediente. Tu abuelo te crió fuera de todo esto. Pronto aprenderás que las relaciones harán que te maten». Había asumido que Chase y Mia se odiaban como había dicho Aaron. Pero ahora podía ver cuánto se preocupaba por ella.

«¿Por qué nos trajiste aquí? Esta no es nuestra lucha».

Por supuesto que él no lo veía así. Según lo que mis muchachos habían podido desenterrar sobre Chase Rossi, él y su abuelo se habían vuelto a conectar recientemente. En cuestión de días, el anciano había concertado un matrimonio con un jefe de una banda de Jersey y, al hacerlo, logró tomar el control de esas bandas, sin derramamiento de sangre. Ahora su abuelo había

muerto y Chase estaba a cargo del negocio familiar. Necesitaba saber que las facciones de Nueva York y Jersey entendían que todavía seguían respondiendo ante mí.

Con los miembros de La Sociedad apareciendo muertos, no tenía tiempo para tratar con las facciones inferiores. Aunque estaba más que preparado para llevar la lucha a su patio trasero si intentaban hacerlo solos.

«A partir de esta noche, lo es», contesté.

«¿Qué?». Su mirada se dirigió a la puerta, como si se muriera por perseguir a Mia.

«¿No es esto lo que quería Jax Rossi, tu abuelo? ¿Un asiento en la mesa para la familia Rossi?».

«¿Y si me niego?».

«Nadie se ha negado nunca». Me encogí de hombros.

No necesitaba saber que nadie había recibido esta oferta antes. Lo único que me importaba era mantener La Sociedad en una sola pieza. Si eso significaba convertir a Chase en 'Don', que así fuera.

«¿Qué estás proponiendo exactamente?».

«Jax tenía nuestra protección. Cuando las cosas no salían como él quería, interveníamos... silenciosamente. Podemos seguir haciéndolo por ti. Pero necesito un favor a cambio. Encuentra a los cabrones que nos están haciendo esto, los que mataron a la familia Gallo».

«¿Por qué ellos y no tú?», preguntó Chase.

Entendía el problema subyacente aquí. ¿Por qué perseguir a un Don y a un grupo de soldados cuando podrían haber venido tras de mí y realmente destrozar La Sociedad? La reunión de mierda de esta noche me mostraba lo fracturados que estábamos.

Cada familia trabajaba de forma independiente y se centraba únicamente en su industria particular. A los Valentino, mi familia, se les había confiado la dirección de La Sociedad y garantizar que los Don actuaran de una manera que nos beneficiara a todos. El problema era que no me veían como su rey, como lo hacían con papá. Los idiotas que estaban tras nosotros, lo sabían. Matarme no les habría aportado nada.

«¿Qué pasa si no puedo encontrar a quién está intentando matarlos a todos?».

«Todos morimos», fruncí las cejas.

«Quieres decir que tú mueres. Yo solo acabo de llegar».

«La Sociedad ha existido durante tanto tiempo porque, aunque nos odiamos mutuamente, entendemos una cosa. Nos mantenemos unidos o no lo hacemos en absoluto. No te dejes engañar por sus dramas. Una vez que vean que esto es una amenaza muy real, volverán».

«Eso significa una mierda para mí. Descubrirás que mi abuelo y yo somos personas muy diferentes».

«Si no lo supiera ya, no estarías aquí. Jax nunca iba a ser uno de nosotros». Caminé hasta el carrito de la barra cerca de la chimenea, serví dos bebidas y puse una sobre la mesa para él.

«No, gracias». Hizo un gesto con la mano para no aceptarlo.

Él no quería hacer esto por mí porque no confiaba en mi familia. Pero si la confianza era lo único que lo frenaba, eso significaba que tenía algún tipo de pista sobre dónde empezar a cavar. Mi vida estaba así de jodida si un extraño era el único aliado que me quedaba; un aliado reacio, pero un amigo, al fin y al cabo. Esperaba no estar equivocado acerca de él o su esposa.

«Empiezas mañana».

«No puedes esperar que yo resuelva esto por ti. No funciona así».

«Necesito gente como tú y Mia de mi lado. Si La Sociedad se hunde, sobrevendrá el caos. La economía de este país nos necesita. Puede que no sea evidente para ti, pero somos nosotros

quienes mantenemos la paz. Nosotros somos los buenos, Rossi». Metí las manos en los bolsillos de los pantalones y dejé que me estudiara.

«Entonces, ¿quieres que te juremos lealtad?».

«Ese sería el primer paso».

«Mientras podamos seguir haciendo negocios, no hay que preocuparse por las facciones de Nueva York o Jersey». Me miró directamente a los ojos.

«Bien. También tendrás que hacerte cargo de los Gallo».

Parpadeó lentamente como si este honor que le acababa de otorgar fuera una carga. Su abuelo había pasado toda su vida rogándole a mi padre esta oportunidad. Cualesquiera que fueran sus razones, no me importaba. La Sociedad se encontraba en un momento crucial. Ahora más que nunca teníamos que permanecer unidos.

«Ya nos veremos». Apretó los puños y se dirigió hacia el vestíbulo.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, agarré su vaso de cristal de la mesa y lo arrojé al otro lado de la habitación. Golpeó la estantería empotrada y el vidrio salpicó todas las antigüedades y libros encuadernados en cuero. Si Caterina hubiera estado a mi lado durante la asamblea como se suponía que debía hacerlo, el resultado habría sido muy diferente. Todos habrían visto que necesitábamos combinar nuestros recursos y encontrar a los hijos de perra que nos estaban haciendo esto.

Ya había terminado de jugar bien con Michael. Había llegado el momento de cumplir su parte del trato.

Saqué mi teléfono del bolsillo interior de mi chaqueta y llamé a Frank. ¿Estaba preparado para otra ronda de odio por parte de Caterina? No, seguro que no, pero necesitábamos discutir un plan de contingencia que incluyera algún tipo de seguridad para ella. Le gustara o no, había vuelto al redil. Quizás ella aún no se había dado cuenta, pero su padre ya se había rendido. Al anciano solo le importaba su propia pena.

Después del quinto timbre, la llamada pasó al correo de voz. ¿Qué carajo? Miré la pantalla. Frank tendría que estar muerto para no atender mi llamada. Los latidos de mi corazón se aceleraron mientras salía corriendo por la puerta. Una infinidad de escenarios pasaron por mi cabeza. La mayoría de ellos incluían a Caterina herida. Si eso sucediera, no sabría qué hacer. Tomé el ascensor privado hasta el vestíbulo para ver si la seguridad lo había visto.

Las puertas se abrieron e inmediatamente encontré a Frank en el suelo con un corte en un lado de la cabeza. «Señor Valentino». Murmuró, sentándose contra la pared.

«¿Qué diablos pasó? ¿Quién hizo esto?». Me senté en cuclillas junto a él.

Él hizo una mueca. «Ella lo hizo».

«¿Qué quieres decir?».

«Después de la asamblea, la señorita Alfera mencionó que su papá no se sentía bien y que lo llevaría a casa. Estaba pálido y parecía que necesitaba ayuda médica. Solo quería que esperaran un minuto para poder consultar con usted. Cuando los alcancé, ella se giró y me golpeó con uno de los bustos del vestíbulo. Me tomó por sorpresa. Ni siquiera esperó a ver cuál era mi intención. Lo lamento». Frank se inclinó hacia adelante como si estuviera a punto de desmayarse.

«Nos ocuparemos de eso más tarde. Vamos a conseguirte algo para eso». Señalé su herida y me puse de pie.

Jesús, joder. ¿Estaba realmente enfermo el anciano o simplemente esperaba retrasar lo inevitable? Saqué mi teléfono y llamé al número de mi equipo de seguridad para informarles sobre lo que había sucedido en el vestíbulo. «Consigan que alguien lleve a Frank al hospital. Va a necesitar puntos».

«Sí, señor», Aaron respondió al otro lado de la línea. «Estoy subiendo al ascensor ahora. ¿Debería enviar un equipo al apartamento de la señora Alfera?».

«No, déjamelo a mí».

Era dolorosamente obvio que no quería tener nada que ver conmigo ni con La Sociedad. Ya había terminado de perseguirla. Si algo había aprendido esta noche era que Caterina nunca sería mía. No de la manera que yo quería que lo fuera. Pero toda esta situación ya no se trataba de nosotros. La amenaza que se cernía sobre La Sociedad era mayor que todos nosotros.

Después de colgar, llamé a mi abogado. Ya era hora de que la familia Alfera se diera cuenta de que no estaba jugando. Mi abogado contestó después del tercer timbrazo, a pesar de que apenas eran las cuatro de la mañana. Mierda. En algún momento tenía que acostarme y dormir. Pero esto no podía esperar.

«Señor Valentino, ¿en qué puedo ayudarlo?», preguntó con un dejo de alarma en su tono.

«Michael Alfera rompió su parte de nuestro acuerdo». Técnicamente, había roto más de un trato, pero el dinero que le debía al Crucible era el único acuerdo tangible sobre el que podía actuar. «Estoy listo para cobrar su deuda. Haz los arreglos. Quiero que esto se resuelva por la mañana». Pensé por un minuto en cómo reaccionaría Caterina al ver a su padre ir a la cárcel a su edad, y luego agregué, «Asegúrate de que la policía esté involucrada».

Capítulo 5

Ya sabes cómo es esto

CATERINA

«No soy tan viejo como crees. Puedo caminar muy bien por mi cuenta». Papá se acercó a mí para que lo guiara hasta mi apartamento en Chelsea. Por un minuto, en el Crucible, pensé que se iba a desmayar.

A los setenta y cinco años, tal vez papá no fuera tan mayor. Pero parecía haber envejecido veinte años desde que falleció mamá. Subió a la acera con la mirada fija en la entrada principal de mi edificio.

La propiedad estilo *loft* había sido una vez una fábrica de aceite de oliva que había sido renovada para convertirla en residencias de alto nivel. El vestíbulo principal tenía un mostrador de recepcionista a la derecha y un conjunto de ascensores a la izquierda. No había nada tan lujoso como el edificio de Rex, pero era mi hogar.

Mamá me había comprado este lugar para mi vigésimo primer cumpleaños, un regalo exagerado incluso para la esposa de un exmafioso, pero ahora entendía por qué lo había hecho. Ella quería que yo tuviera algo que estuviera fuera del mundo de papá, algo que La Sociedad no pudiera tocar, algo que fuera completamente mío.

Por supuesto, sus esfuerzos habían sido en vano porque ahora iba a tener que conseguir una hipoteca para pagar las deudas de papá. Mamá había planeado todo, excepto cómo hacer que papá quisiera seguir con vida después de que ella se fuera. Inserté la llave y empujé la puerta para abrirla.

«El dormitorio de invitados está por ahí», señalé el pasillo a mi izquierda. «Tu recuerdas eso».

«Sí». Me dio unas palmaditas en la mejilla y luego caminó hacia la pared de ladrillo rojo expuesta con la pequeña ventana que daba al patio. El lugar tenía un aire artístico que me recordaba a mamá todos los días. Sin duda papá también sentía su presencia aquí. Se volvió hacia mí. «Necesito quedarme esta noche, pero mañana tenemos que hablar. Tú y yo tenemos una conversación pendiente que debería haberse hecho hace mucho tiempo». La tristeza en sus ojos me partió el corazón en dos.

«Papá, yo también la extraño».

«Ella quería algo diferente para ti. Mejor». Sonrió ante el acogedor sofá de lino y las lujosas almohadas.

«Estoy feliz, papá. Eso es todo lo que mamá siempre quiso para todos nosotros. Tengo un trabajo que amo. Amigos».

«Lo sé. Y ahora he venido y lo he arruinado todo».

«No lo has hecho. Puedo ayudarte. Todavía somos una familia». Incluso si fuera solo por

nosotros dos. «Deja que te ayude. Estaba pensando en tal vez hablar con Rex. Iba a hacerlo esta noche, pero luego ocurrió la asamblea y te sentiste enfermo. ¿Cómo te sientes ahora?».

«Mejor. Hablaremos de ello por la mañana. Ahora mismo necesito dormir». Corrió hacia el dormitorio.

Entumecida, me dirigí al sofá y me desplomé sobre un montón de huesos cansados y tela roja. Qué noche más loca. Mis ojos se cerraron y al instante imágenes de los intensos ojos azules de Rex inundaron mi mente. Qué hombre tan odioso y pensar que podía tener a papá en su club nocturno como si fuera una especie de collar caro.

«Grrr», rugí contra la almohada decorativa. ¿Cómo diablos iba a conseguir el dinero que papá necesitaba para liberarse de Rex? Extendiendo la mano detrás de mí, bajé la cremallera del vestido. El oxígeno llegó a mis pulmones y eso fue todo lo que mi cuerpo necesitó para conciliar el sueño.

Después de lo que pareció un minuto después, un golpe en la puerta me despertó. Me revolví en el sofá, tratando de orientarme y encontrar mi teléfono. Mierda. Eran las nueve de la mañana. Corrí a mi habitación mientras le enviaba un mensaje de texto a mi jefa para informarle que llegaría tarde al trabajo.

«Señorita Alfera, es la policía». Una voz retumbó en el pasillo.

Mi cabeza se levantó de golpe. Rex. ¿Llamó a la policía por nosotros? No, él no haría eso. No sin antes hablar con papá. Papá y yo no habíamos hablado de los detalles de su trato con Rex. Todo lo que sabía era que después de casi dos años de juego sin parar, había logrado gastar millones de dólares. Personalmente, no podía entender esa cantidad. Pero papá había crecido en una familia de mafiosos donde el exceso era una forma de vida.

Cuando nací, mamá hizo que dejara todo atrás. Durante veinticinco años habían sido felices juntos. Ahora que ella se había ido, él había regresado a lo único que conocía: una vida de mafioso. Excepto que ahora, él no era un Don.

Rex siempre había tenido una *vendetta* contra mi familia. ¿Quién diablos sabía por qué? Tal vez odiaba a papá por dejar La Sociedad, algo que nadie había hecho antes. Tal vez se sentía amenazado por papá porque era el único que podía derrocar a Rex y hacerse cargo de La Sociedad. O tal vez simplemente porque quería hacerme la vida imposible.

Mientras crecía, conocía la antigua vida de papá porque él nunca trató de ocultarla. Las cinco familias originales asistían a juntas a funciones e interactuaban fuera de La Sociedad. Rex tenía la misma edad que mi hermano Enzo, así que pude escuchar todas las historias. Cómo actuaba como si fuera dueño de todo, incluso cuando estábamos en la escuela.

Supuse que saber que algún día sería rey, que tomaría control de La Sociedad, se le había subido a la cabeza. Se volvió especialmente despiadado después de la muerte de su madre cuando él tenía dieciocho años. En ese entonces sentía un odio especial hacia mí. Nunca entendí por qué. Aunque fue muy fácil para mí devolver el sentimiento.

Cuando terminó la universidad, se había convertido en el Rex que conozco hoy, poderoso, despiadado e inflexible: una bestia. Lo llamé así una vez.

Mi visitante no invitado volvió a llamar a la puerta. Mi cuerpo se sacudió cuando volvió a pronunciar mi nombre. Jesús. Me puse un par de jeans y una camiseta y me dirigí a la puerta antes de que el policía despertara a papá y a mis vecinos.

«Buenos días, oficial». Usé mi tono tranquilo y comercial.

«Buenos días, señorita Alfera». Un hombre con un traje gastado y la cabeza grasienta se puso delante del policía. «Soy Jack Smith, el abogado del señor Valentino».

Jack Smith no parecía un nombre real. No me importó. «¿De qué se trata esto?».

«Estoy aquí para asegurar los activos del señor Valentino. Es decir, para asegurarnos de que su padre no abandone el país».

Puse los ojos en blanco. «Ambos sabemos que no hay un rincón en este mundo donde Rex no pudiera encontrar a papá. Su dinero está a salvo. Lo recibirá tan pronto como pueda concertar una cita en el banco».

Jack levantó ambas cejas sorprendido, como si no hubiera esperado que tuviéramos un plan. Intercambió una mirada nerviosa con el policía. «Me temo que no me avisaron de una prórroga. Estamos aquí para detener al señor Alfera hasta que se realice el pago».

«¿Trae una orden?»

«No necesita una». El policía finalmente habló. «Escuchamos quejas de sus vecinos. Tengo motivos para creer que alguien podría estar en peligro».

«Oh, Dios. Eres un policía corrupto. Por supuesto». Me agarré al borde de la puerta mientras consideraba lo que le haría a papá un viaje a la comisaría. Quiero decir que realmente no podían llevarlo a la cárcel por deber dinero. Tenían la intención de humillarlo. Este nivel de falta de respeto hacia papá era innecesario. Ser un Don retirado tenía que contar para algo.

«Bells. Está bien». Papá salió del dormitorio completamente vestido. Parecía pálido y cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche. «Jack. Me alegro de verte, viejo amigo».

«Michael», Jack asintió una vez con reverencia. «Tú sabes cómo es esto».

«Sí». Una media sonrisa apareció en los labios de papá. Hizo una mueca y su garganta se balanceó unas cuantas veces. Cuando se aclaró la garganta, apoyó una mano en la pared del pasillo y se inclinó hacia adelante.

«Papá». Me arrodillé para atrapar su cabeza antes de que golpeara el suelo de madera. «Dios mío». Me volví hacia Jack. «Llame al 911. Creo que está sufriendo un ataque cardíaco».

«Hijo de puta», Jack buscó dentro de su abrigo. Para mi incredulidad, el imbécil llamó a Rex.

«¿Qué demonios le pasa?». Corrí a mi habitación y cogí mi móvil.

La operadora respondió al tercer timbrazo. Le conté rápidamente lo de la noche anterior y lo de hoy, dejando de lado el hecho de que el estrés y la ansiedad de papá se debían al hecho de que le debía un montón de dinero a la mafia y que uno de sus lacayos estaba parado justo afuera de mi puerta, listo para recoger el dinero.

Pasé los siguientes veinte minutos tratando de mantener cómodo a papá y asegurándome de que todavía respirara. Cuando llegaron los paramédicos, entré en piloto automático, asintiendo con la cabeza a sus instrucciones, obedeciendo todo lo que me decían.

Desde la parte trasera de la ambulancia, llamé a Enzo, pero saltó el correo de voz casi de inmediato. ¿Por qué no querría hablar conmigo? No habíamos hablado desde el funeral de mamá. Tendría que saber que, si lo llamaba, era por una maldita buena razón. Entendía que ellos también estaban sufriendo.

Ver a mamá perder su batalla contra el cáncer nos pasó factura a todos. Pero no podían dejarnos así. Me sequé las mejillas y comencé un hilo de texto con él y Massimo. Miré la pantalla mientras las lágrimas caían sobre mis palabras: *papá está camino al hospital. Por favor, llámenme*.

Una cosa era decirme a mí mismo que papá y yo estábamos solos en esto. Pero saberlo con certeza fue como una patada en el estómago. Cuando llegamos al hospital, los paramédicos, más o menos, me empujaron a un lado mientras llevaban a papá adentro. Me quedé allí, en la entrada del dosel, sintiéndome más abandonada que nunca.

«¿Viene usted con el señor Alfera?», me preguntó un enfermero.

Cuando me volví para mirarlo, el sol brilló en mi cara y me cegó. Aquí pensé que volvería a

mi vida normal después de que escapáramos de la casa de Rex. «Sí».

«¿Está tomando algún medicamento? ¿Para su condición cardíaca?».

¿Su qué? No sabía que papá tenía una enfermedad cardíaca. «No sé. No me dijo», murmuré. Una punzada de remordimiento me corroía las entrañas. Papá había ido al Crucible porque estaba sufriendo y yo no estuve allí el tiempo suficiente para siquiera preguntarle por su salud.

«De acuerdo». Se movió para que yo entrara al hospital. «La sala de espera está a través de las puertas dobles a su derecha. Iré a buscarla cuando tengamos una actualización».

El hedor a lejía y sudor evocó un montón de viejos recuerdos de hace dos años, cuando mamá estaba aquí. No podía perder a papá también. Me llevé una mano a la frente y encontré un asiento vacío en el pasillo. Unos minutos más tarde, mi teléfono sonó. Mi pulso se aceleró cuando me puse el dispositivo en la oreja.

«¿Bueno?».

«Dios mío, Caterina. ¿Estás bien? ¿Cómo está tu papá?», Sarah jadeó por el altavoz como si estuviera caminando y hablando. Como yo, ella era directora creativa de A-List.

«No sé», sollocé en el teléfono. Confiaba en saber que no estaba tan sola como había pensado.

«Bueno. No te preocupes por la jefa. Dijo que podías tomarte el día libre. Y tantos días como necesites». Ella dejó escapar un suspiro. «Dios, estoy tan fuera de forma. De todos modos, ahora estoy cruzando el estacionamiento. Llegaré allí en breve».

«Oh, Sarah. No tenías que venir».

«Sabes que lo haría. No me digas eso. Te veo en un rato», y colgó.

Me reí, sacudiendo la cabeza ante el teléfono. Por mucho que no quisiera ser una imposición, sería bueno tener a alguien aquí que me ayudara a mantener la calma. Esta espera me ponía los nervios de punta. Nunca había sido una mujer paciente y con papá en la mezcla, estaba a punto de explotar.

"Estoy tratando de ser paciente contigo".

Las palabras de Rex pasaron por mi mente. Por supuesto que no lo era. Si lo fuera, nunca habría enviado a su abogado corrupto y a su policía a buscar a papá. Y entonces papá no estaría en el hospital. Me puse de pie, deseando que Rex estuviera aquí para poder darle un puñetazo en la cara.

Las puertas dobles al final del pasillo blanco se abrieron con un chirrido. Me di vuelta para darle la bienvenida a Sarah, pero en su lugar me encontré con la intensa mirada azul de Rex. Mirándolo, apreté los puños y esperé mientras él caminaba hacia mí con su séquito detrás de él. Parecía aún más alto a la luz del día: más alto y letal. Cuando se detuvo a unos metros de mí, mi espalda se tensó con una mezcla de miedo y pura rabia.

«¿No crees que ya has hecho suficiente?», susurré y grité.

«Vine para ayudar». Se acercó y sentí una ráfaga de su característico aroma.

Todo en él gritaba confianza. Incluso ahora parado allí, mirándome como si pudiera reparar el corazón de papá y hacer que todo fuera mejor. Debería saber mejor que nadie que el poder y el dinero no significaban nada en este lugar. Mamá había recibido el mejor tratamiento que el dinero podía comprar, y no había sido suficiente. ¿No había sido así como le había pasado a su propia madre?

«¿Quieres decir que viniste aquí para ayudarte a ti mismo?». Señalé a sus guardaespaldas. «¿Vinieron para asegurarse de que papá no escape del país mientras esté convaleciente?».

«No. Están aquí para proteger a Michael. Él es vulnerable en este momento. Necesitamos asegurarnos de que a nadie se le ocurran ideas perversas». Me agarró del codo y apretó la

mandíbula. «¿Por que te fuiste?».

«Dijiste que no éramos tus prisioneros. ¿Mentiste?».

«La gente miente cuando tiene miedo. Yo no miento, Caterina. Nunca». Ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Mis hombres se quedarán hasta que tu padre esté listo para regresar a casa. He hecho arreglos para que lo trasladen a una habitación privada».

«No te necesitamos». Apreté los dientes. Principalmente porque sabía que era una gran mentira.

«Sí, me necesitan». Me quitó un mechón de pelo de la cara y lo arregló detrás de mi oreja.

Desearía poder hacer lo mismo por papá y arreglar su situación con Rex. ¿No sería una gran sorpresa para él? Despertar y saber que ya no le debe nada a Rex. Podríamos volver a ser una familia. Fijé la mirada en Rex y abrí la boca para decir algo, pero no salieron palabras. ¿Qué le diría? Ayúdanos. Haz que la deuda de papá desaparezca. ¿Sería suficiente? Conociendo a Rex, pediría mucho más que un simple gesto.

«Si necesitas algo, llámame». Hizo un gesto a sus hombres y se dispersaron.

Solo podía suponer que habían ido a proteger a papá, dondequiera que estuviera en este enorme hospital. Claro que sabían dónde encontrarlo. Por supuesto, ellos tenían acceso y yo no. Era obvio que necesitaba a Rex. Se giró para irse. En unas pocas zancadas, estaba a medio camino de la salida. Era ahora o nunca.

«Rex», lo llamé.

Se detuvo y me miró. Sus anchos hombros en ese traje oscuro se veían fuera de lugar en el pasillo blanco y pulcro. Cuando se giró, tenía una expresión de satisfacción en su rostro. Me hirvió la sangre y casi le dije que se fuera al infierno. Pero el medio de subsistencia de papá estaba en juego.

«¿Podemos hablar?», me puse un poco más erguida.

Él arqueó una ceja. «Estamos hablando ahora».

«No, digo, en privado. ¿Puedo ir a verte alguna vez?». Me aclaré la garganta y me corregí porque nuestra conversación no podía esperar. «Quiero decir, ¿puedo verte esta noche?».

«Sabes donde vivo», fijó la vista en mí y mi pulso se aceleró.

«¿Señorita Alfera?», el enfermero de antes me llamó.

«Sí». Prácticamente me giré para verlo. Por alguna razón, me quedé sin aliento.

«El señor Alfera está despierto y quiere verla», dijo ofreciendo una sonrisa amable.

«Gracias», suspiré aliviada.

Cuando me volví para encontrar a Rex, ya no estaba.

Capítulo 6

Te ves como si valieras un millón de dólares

CATERINA

«¿Estabas hablando con ese tipo?», Sarah entró cuando Rex cruzó el umbral. Se quedó mirando las puertas dobles, con la boca abierta y los ojos muy abiertos. «Dios, creo que estoy embarazada».

«¿Qué?», me reí.

«Por la explosión de testosterona. Guau». Me abrazó y lanzó miradas al pasillo vacío donde había estado Rex. «¿Cómo estás, chica?».

«Estoy bien». Y esa era la verdad. Me alegré de que hubiera venido aquí para sentarse conmigo. «Papá quiere verme. Entonces, creo que eso significa que estamos progresando».

«Estoy segura de que sí. Ve a ver, te esperaré aquí».

De camino a la habitación de papá, el enfermero Sam me explicó la situación de papá. Estaba estable, pero necesitaría una cirugía a corazón abierto para tratar las arterias obstruidas. Presté vagamente atención a los detalles del procedimiento después de que pronunció las palabras "corazón abierto".

«Lo siento. ¿Dijo "*idaqui*"? Me detuve frente a la ventana de papá. Parecía tan pacífico todavía, de alguna manera mayor.

«IDAC, Injerto de derivación de arteria coronaria». Se metió las manos en su bata blanca. «No se preocupe. No habrá ninguna prueba más tarde. Todo lo que necesita saber es que su papá está en buenas manos. El señor Valentino ya se ha encargado de todos los preparativos».

Apreté los dientes ante la mención del nombre de Rex. Todavía no le había pedido ayuda. No necesitaba interferir en mi vida de esta manera, como si fuera el dueño de papá. ¿Cómo supo Rex con quién hablar en este hospital? Papá no estaba completamente arruinado por vivir en la calle. Podríamos defendernos. ¿No podríamos? Ahora no era el momento de molestar a papá con preguntas sobre dinero, pero definitivamente necesitábamos tener esa conversación. ¿Necesitaba vender mi apartamento? ¿Todavía tenía su penthouse? Mierda.

«El señor Valentino es uno de nuestros donadores más generosos y siempre que sea posible estaremos encantados de colaborar». Se dirigió hacia la suite de última generación en la que se encontraba papá.

«Lo lamento. Estaba inquieto. Tuve que darle un sedante suave». Otra enfermera salió de la habitación. Era una mujer mayor con un moño apretado de pelo canoso. La bondad en sus ojos me tranquilizó casi al instante. «El estrés al que se encuentra está empeorando las cosas. Intente no despertarlo», ella sonrió. «Tiene unos minutos antes de que tengamos que llevarlo a realizar algunas pruebas. Vaya a casa y descanse. Le enviaremos mensajes de texto con actualizaciones». Le hizo una señal al enfermero Sam.

«Lo haremos». El enfermero Sam inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

«Gracias».

«La recuperación no debería ser un problema. Si no encontramos ninguna complicación, debería volver a la normalidad en tres o cuatro meses. Háganos saber si necesita algo. Estaremos por aquí».

Ambos se fueron. Volví mi atención a papá, apoyando mi mano en la ventana.

Si.

Eso era un enorme *si* al que mamá no había sobrevivido. Razón de más para tener resuelto el problema de Rex de papá cuando saliera de la cirugía. Todo lo que tenía que hacer era regresar a la guarida de los leones. Cuando le pedí a Rex una cita privada, esperaba que sugiriera que nos reuniéramos en su oficina, no en su casa.

«Se ve bien». Sarah puso una taza de café en mi mano. «Bebe».

«Gracias. ¿Cómo llegaste aquí?».

«Me dejaron entrar», ella guiñó un ojo.

«¿Puedo hacerte una pregunta súper personal?». Alcancé la puerta de papá y la cerré.

«Sí. ¿Qué está sucediendo?». Ella ladeó la cabeza. La tristeza en sus ojos no era por papá; era por mí.

Sarah no podía tener la respuesta correcta para mí, pero pensé que sería útil decir las palabras en voz alta. Para ver si lo que estaba planeando era tan loco como pensaba. O tal vez estaba poniendo demasiada importancia a mi propio valor. Técnicamente, estaba apostando al deseo de Rex de verme suplicar y humillarme. Parecía disfrutar mucho de eso.

«¿Alguna vez te has acostado con alguien por dinero?», parpadeé, preparándome para una reacción exagerada.

«Un momento». Sus ojos se abrieron mientras señalaba hacia la sala de espera. «Mierda, de ninguna manera. ¿El chico de antes? ¿Intentó contratarte?».

Me reí. «No, en absoluto. Por supuesto que no lo hizo. Fue simplemente un pensamiento loco».

«¿Necesitas dinero, cariño? Tengo algo ahorrado. No pagará las facturas médicas, pero te permitirá sobrevivir unos meses». Ella me rodeó con su brazo.

«Estamos bien. Olvídate de lo que dije. Mi plan sonó bastante estúpido».

Ella chocó su hombro contra el mío. «Cuando estaba en la universidad, le hice una mamada a mi novio para ayudarme con la mudanza. ¿Eso cuenta?». Ella se encogió de hombros.

«No sé lo que estoy diciendo». Me toqué la frente con una mano.

Por un momento, quise contarle todo. Quién era realmente papá, acerca de Rex y la situación indescriptiblemente difícil en la que me encontraba. Pero no pude hacerlo. Tenía miedo de que la lastimaran por saber demasiado. Ella era mi amiga más cercana. Pero esto con Rex, tenía que afrontarlo sola.

«Oye, tengo que ir a casa y comprar algunas cosas para papá. Pero gracias por pasar por aquí. Estaba enloqueciendo antes».

«Ni me lo digas. Voy a volver a la oficina. Envía un mensaje de texto si necesitas algo». Ella me abrazó y luego se fue.

Me senté con papá hasta que llegaron los enfermeros y lo sacaron. Las pruebas necesarias antes de la cirugía iban a tardar horas, lo que me daba algo de tiempo para escapar. Caminé por el laberinto de pasillos, siguiendo las indicaciones hacia la sala de espera. A partir de ahí, estaba bastante segura de que podría encontrar la salida. Cuando llegué a la entrada de urgencias, vi a Aaron, uno de los guardaespaldas de Rex. Tan pronto como me vio, entró en acción y se dirigió

hacia mí.

«Señorita Alfera. El señor Valentino me pidió que me quedara y la lleve a casa.

«Por supuesto que sí». Consideré hacer un comentario y decirle que no. Pero entonces tendría que caminar por todo el campus médico para tomar un taxi y perder un tiempo precioso. «Guía el camino».

«Por aquí». Señaló la camioneta negra estacionada detrás de una ambulancia.

Subí a la parte trasera y me relajé sobre el suave cuero. Debí haberme quedado dormida porque cuando volví a abrir los ojos, estábamos llegando a mi edificio. «Estaré solo unos minutos».

Si Rex se hubiera molestado en enviar un coche, solo podía suponer que quería que Aaron me llevara al Crucible.

«No me iré. Tome su tiempo». Saltó y abrió mi puerta.

Mi sangre bombeaba fuerte y rápido a través de mí mientras corría escaleras arriba para prepararme para mi cita con Rex. Según lo que vi en la asamblea con los miembros de La Sociedad, me di cuenta de que Rex apreciaba la formalidad y el decoro. Normalmente, me importaría un carajo lo que le gustara, pero hoy me propuse complacerlo. Me duché rápidamente y me sequé el pelo con secador. Después de jugar con las trenzas que enmarcaban mi rostro, decidí usar un rizador para agregar algunas ondas desordenadas.

Me puse un vestido de cóctel negro que no requería sostén. Era sexy sin mostrar demasiado escote, ya que los tirantes finos eran ajustables. Cuando todo estuvo dicho y hecho, me quedé mirando mi reflejo en el espejo y mi resolución se desmoronó. ¿Quién en su sano juicio pagaría por tener sexo conmigo? Jesús, ¿qué diablos estaba haciendo? Me senté en la cama y dejé caer la cabeza entre mis manos.

Pero luego pensé en cómo Rex me hizo pasar casi una hora en una habitación llena de extraños teniendo sexo. En todo caso, Rex Valentino disfrutaba ver cómo me retorcía y sufría. Revisé de pies a cabeza. Esto *tenía* que funcionar. Tal vez no perdonaría toda la deuda de papá, pero sí lo suficiente como para que pudiéramos idear un plan de pago que no incluyera que papá fuera a la cárcel o pasar más tiempo en el Crucible bajo el control de Rex.

Me pinté los labios de rojo, agregué un par de zapatos con encaje y salí a encontrarme con Aaron. En el momento en que salí del edificio, él salió de la camioneta y me abrió la puerta. «Esta noche, el señor Rex se reunirá con usted en la sala de juntas».

«Gracias».

Mirando por la ventana, me imaginé a Rex sentado en la cabecera de la larga mesa en la ornamentada silla de cuero rojo que tenía que ser tan antigua como La Sociedad. Pensé en él con su impecable esmoquin y su mano descansando casualmente en el apoyabrazos. Antes de darme cuenta, lo imaginé sin camisa. Parpadeé un par de veces para borrar la imagen de mi mente. Ni siquiera sabía cómo se veía debajo de su ropa de diseñador. Mi pulso se aceleró debajo de mi ombligo y apreté mis piernas. ¿Qué diablos me pasaba? Pasara lo que pasara, todavía odiaba a Rex. Era cruel y despiadado y… yo no estaba aquí por mí. Estaba aquí por papá, para resolver la amenaza muy real que se cernía sobre su cabeza.

«Aquí estamos». Aaron dijo por segunda vez esta noche.

Como antes, volví a la realidad. Jesús, llegamos aquí rápido. Moví mi cuerpo para ver dónde estábamos. Habíamos ingresado por una entrada trasera. El garaje estaba bastante vacío a excepción de varios coches de carreras y otras marcas brillantes que ni siquiera reconocí. En el otro extremo, el coche se detuvo frente a una gran puerta doble de cristal. En el interior, un enorme candelabro colgaba del alto techo y brillaba sobre los suelos de mármol.

«¿Este es el acceso privado de Rex?».

«Así es». Se desabrochó el asiento y me ayudó a bajar de la camioneta. «Presione el piso cuarenta y tres». Me hizo un gesto para que siguiera adelante.

Tragué y caminé hacia el ascensor. El viaje escaleras arriba se prolongó. Cada vez que cambiaban los números en la pantalla, la presión en mi pecho aumentaba. Esto terminaría pronto. Cualquier cosa que Rex quisiera de mí, lo haría rápidamente y luego papá y yo podríamos volver a nuestras vidas normales. Y quién sabe, tal vez algún día mis hermanos se recuperarían.

Finalmente llegó el ascensor y las puertas se abrieron. Tan pronto como entré al pasillo alfombrado, la voz de Rex llenó el aire. Estaba en una llamada. ¿Una llamada de trabajo? Miré a mi alrededor, buscando una recepcionista o alguien que me dijera dónde esperar hasta que terminara.

«Entiendo tu situación. Pero la compra de esa empresa debe concretarse antes de fin de mes. No me importa si tienes que trabajar todo el fin de semana para finalizar la debida diligencia. Haz que suceda». Tocó el teléfono y luego lo arrojó sobre la enorme mesa de madera frente a él.

Empujé la puerta para abrirla del todo, justo cuando él empezaba a escribir en su computadora portátil. Sus largos dedos tocaron cada tecla con propósito y algo de esa impaciencia que había llegado a asociar con el comportamiento general de Rex. Cuando se detuvo, cogió una carpeta de color manila y luego levantó la vista. La mirada en sus ojos debería haberme hecho correr, pero había llegado hasta aquí. No podía dar marcha atrás.

Se levantó. Para mi sorpresa, su corbata estaba floja y colgaba holgadamente alrededor de su cuello. Su impecable camisa blanca estaba desabrochada hasta la mitad y tenía las mangas arremangadas. Mi mirada se posó inmediatamente en el mechón de pelo claro que asomaba a través de su camisa. Intenté no pensar en el hecho de que podría ver más de eso esta noche. Al verlo así, se parecía más al director ejecutivo y menos al despiadado rey de la mafia.

«Caterina. Te ves impresionante». Dio un paso hacia mí. «Se podría decir que te ves como si valieras un millón de dólares».

Apreté mis manos en puños. Sabía exactamente por qué había venido aquí hoy. ¿Por qué me había hecho encontrarme con él aquí? ¿Para restregármelo en la cara? Su vulgar comentario me devolvió el sentido común. Él estaba en lo correcto. Esta era una transacción comercial.

«¿Qué te parece una bebida?». Me indicó que me sentara a su derecha, el mismo asiento que había ocupado anoche, durante la asamblea. «¿Qué te gustaría?».

«Lo que tu tomes».

«Whisky». Me mostró una botella que no reconocí. Principalmente porque no sabía nada sobre alcohol. Yo prefería el vino.

«Claro».

Vertió el líquido ámbar en dos vasos y se acercó a mí. «¿Cómo está Michael?».

La pregunta me desconcertó porque parecía genuinamente preocupado por el bienestar de papá. «Va a necesitar una cirugía a corazón abierto».

«Lo sé. Quiero decir, ¿cómo está realmente?». Colocó el vaso frente a mí y regresó a su silla o trono, como quisiera llamarlo en estos días.

«Está cansado». Tomé un largo trago de whisky.

«Los últimos dos años han sido agotadores para todos». Apoyó un tobillo sobre su rodilla y dejó que sus largos dedos colgaran sobre el reposabrazos.

Su mirada se fijó en mí. No me atrevía a mirar hacia arriba. Mi cerebro se confundía cada vez que hacía contacto visual con él. Los minutos pasaban mientras yo seguía bebiendo agua de fuego y él seguía mirándome. ¿Cómo se iniciaría una conversación como ésta? Miré mis piernas

recién afeitadas y pensé en lo fuerte que me había frotado la piel en la ducha tratando de sentirme limpia nuevamente.

«Caterina».

Ese único sonido llenó la habitación con una carga eléctrica. Sarah lo había llamado una explosión de testosterona. De cualquier manera, mi nombre en sus labios hizo que mi cabeza reaccionara de golpe. Y maldita sea si no tuviera los ojos más azules que nunca había visto. Y una nariz perfecta para combinar con esa mandíbula cincelada. Y… mi mirada cayó nuevamente a su pecho.

Él se rió entre dientes.

Carajo. Lo miré.

«Tú pediste esta reunión». Me hizo un gesto para que continuara.

«Bien». Me puse de pie y fingí que estaba en el trabajo presentando una nueva campaña publicitaria a un cliente muy exigente y cruel. «Como sabes, mi padre está en el hospital y, eh, él no tiene tu dinero».

«Esta no es información nueva». Deslizó el codo hacia atrás sobre el reposabrazos para poder apoyar la sien en dos dedos. El ángulo extraño le permitió mirarme de arriba abajo sin mover la cabeza.

«Bien. Mmm». Me sentí desnuda parada frente a él así, esperando que él me sacara de mi miseria y simplemente me tomara de una vez. Pero esto era parte de su juego. Quería que me humillara y suplicara. Tomé otro trago de mi vaso. Cuando no tragué nada más que aire, dejé el vaso vacío sobre la mesa con un ruido sordo. «La cuestión es que pensé que tal vez podrías darnos una extensión o reducir la cantidad».

«¿Por qué habría de hacer eso? Tengo un negocio aquí, cariño, no una organización benéfica. Tú lo sabes».

«Pensé que podríamos llegar a un acuerdo».

Una oleada de coraje me atravesó, o tal vez era por el whisky, pero de alguna manera encontré la voluntad para entrar en su círculo. Con manos temblorosas, deslicé mis pulgares debajo de los tirantes finos de mi vestido, los saqué de mis hombros y dejé caer el resto de la tela al suelo.

Capítulo 7

No pago por tener sexo

CATERINA

Su respiración se entrecortó. Y luego se rió entre dientes. Un sonido profundo y lascivo que encendió mi piel, y no en el buen sentido. Me sentí avergonzada por pensar que Rex podría querer pagar un millón de dólares para estar conmigo. Me sentí avergonzada porque pensé que a él realmente le importaba y que haría una excepción con nosotros. Descruzó las piernas y las abrió ampliamente. Desde donde estaba sentado, quedó al nivel de mis pechos.

Un hombre decente, que no tuviera ningún interés en hacer este tipo de trato con una mujer desesperada, habría apartado la mirada. En cambio, se lamió los labios mientras su mirada pasaba de un montículo al otro y luego al triángulo entre mis piernas. Por la forma en que me miraba, tuve que mirar hacia abajo para asegurarme de que todavía llevaba ropa interior. Sí, todavía la llevaba puesta y, para mayor vergüenza, pude ver la humedad filtrándose por la tela oscura. ¿Podría él verla?

Agarró los apoyabrazos con ambas manos y sacudió la cabeza. Ahí estaba mi respuesta. Había visto todo lo que tenía para ofrecerle y no había sido suficiente. Sin duda, tenía al menos otras diez mujeres con mucho mejor disposición esperándolo abajo.

«Eres una verdadera bestia. Te odio», dije con voz temblorosa y me incliné para recoger mi vestido.

En un movimiento rápido, él se levantó de su silla y tenía mis manos atrapadas detrás de mí sobre la mesa. La suavidad de su camisa de vestir rozó mis tensos pezones, mientras su cálido aliento recorría mi espalda.

Ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. Así de cerca pude ver cuán claros y casi luminiscentes eran sus ojos. Esa tenía que ser la iluminación que me estaba jugando una mala pasada. En el siguiente latido, sus pupilas se dilataron hasta donde casi todo el azul de sus iris desapareció.

«Así que déjame ver si lo entiendo», suspiró en mi cara. El whisky permaneció en el aire entre nosotros. «Si te arrancara la tanga y te tirara sobre esta mesa, ¿me dejarías?».

No había considerado lo que me haría si aceptaba nuestro trato. Cuando pensé en sexo, pensé que sería en un dormitorio y terminaría rápidamente. No podríamos hacer algo así aquí donde se reunían los miembros de La Sociedad.

«Dame una respuesta».

«Si eso es lo que haría falta. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para salvar a papá».

«¿Sí o no?».

Me lo imaginé haciendo exactamente lo que había dicho. Las imágenes aparecieron en mi mente como un carrete desbocado. Rex obligándome a quitarme la única prenda que me quedaba

y luego presionando mi pecho contra la mesa fría, mientras él entraba en mí por detrás. Cerraría los ojos y recibiría cada una de sus embestidas. ¿Por qué no pensé en esto antes? En algún lugar de la fantasía no deseada que había plantado en mi cabeza, también lo imaginé salpicando mi columna con suaves besos.

«Responde», exigió, su voz sonaba más grave y tensa. «Veo que tengo mucho trabajo por delante. Tendremos que trabajar en tus respuestas».

«Sí». Dije más alto de lo que pretendía.

Cogió el cordón de encaje de mi ropa interior y tiró hasta que se clavó en mi piel del otro lado. Todo el tiempo mantuvo mis manos sujetas a la mesa. «¿Me dejarías follarte ese bonito culo hasta el olvido?».

Jadeé. De nuevo, otra cosa que no había considerado. Se inclinó hacia mí, sin tocarme aún, pero cada vez que su pecho subía y bajaba junto con su respiración, su camisa frotaba mi cuerpo por delante. Mis pezones no pudieron soportarlo más. Estaba fuera de mi alcance cuando se trataba de Rex. Estaba enojada conmigo misma por precipitarme en esto y no pensar en todas las cosas que me haría si me tuviera desnuda y sola en una sala de juntas centenaria construida específicamente para un grupo de mafiosos.

«Contéstame. ¿Sí o no?». Pasó sus labios por encima de mi hombro. «Esas son tus únicas opciones hoy».

«Sí». Cerré los ojos con fuerza y lágrimas calientes corrieron por mis mejillas. No tenía por qué ser tan grosero.

«Qué hija tan devota. Renunciar a la virginidad a la que te has aferrado durante tanto tiempo solo para salvar al vago de tu padre». Soltó un suspiro. «Él no merece lo que estás haciendo por él».

«Él no es un vago». Lo fulminé con la mirada. Entonces sus palabras quedaron plenamente grabadas. ¿Cómo diablos sabía que todavía era virgen? No era una mojigata ni nada por el estilo. Pero antes de ir a la universidad, le prometí a mamá que esperaría al chico adecuado. Busqué durante mucho tiempo a alguien decente, y ese alguien nunca llegó. Luego, mamá se enfermó y el tiempo se me escapó. Irónicamente, parecía que nunca estaba destinada a tener mi primera vez con un hombre honorable. Levanté la barbilla para mostrarle a Rex que no le tenía miedo. «No soy virgen. Tengo veinticinco años. Lo he hecho muchas veces. ¿De dónde sacaste esa ridícula idea?».

Él frunció el ceño. Finalmente, había ganado una ronda. Mi respuesta cortó el rollo. Con un fuerte suspiro, se inclinó y recogió mi vestido por los tirantes. Lentamente, su mirada cubrió cada plano de mi cuerpo mientras levantaba la tela sobre mí como un escudo.

Cuando pasó el dorso de sus dedos sobre mis pezones, el calor brotó de mi vientre y se disparó directamente a mi clítoris. Sucedió tan rápido que no estaba segura de si realmente me había acariciado allí. Hasta ahora, solo me había tocado las muñecas. Yo asumí. No me dejó espacio para taparme, ni siquiera cuando le di un par de codazos tratando de ajustar las ataduras.

«Supongo que solo hay una manera de averiguarlo». Me rodeó con sus brazos y presionó sus labios contra mi cuello. «Eres tan jodidamente hermosa. Y nada me encantaría más que follarte durante días hasta que ya no pudieras caminar, hasta que todo lo que pudieras decir fuera mi nombre. Chupó con fuerza la longitud de mi tirante con respiraciones irregulares. «Estoy seguro de que hay muchos hombres que con gusto te darían un millón de dólares solo para tenerte por una noche. Pero aquí está el problema, amor. No pago por tener sexo».

Regresó al carrito de las bebidas y sirvió whisky en dos vasos nuevos mientras yo permanecía allí, jadeando por aire y temblando ahora que había quitado el calor de su cuerpo del

mío. «Me hiciste creer que esto era lo que querías. ¿Era este solo otro de tus juegos? ¿Para hacerme sufrir? ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho?».

«No te odio». Frunció el ceño y su mirada se intensificó. «Realmente no pensé esto…», me señaló a mí y a la mesa como referencia a lo que casi había sucedido, «... que sería tu próximo paso. Debo admitir que estoy gratamente sorprendido».

«Vete a la mierda, Rex». Me apresuré hacia la entrada. Esta reunión no había salido como esperaba, en absoluto. En todo caso, y por muy ingenua que sonara, pensé que ya habríamos terminado con todo el asunto del sexo.

«No». Golpeó la puerta con la mano y la cerró con un ruido sordo.

Podría gritar pidiendo ayuda. ¿Pero a quién quería engañar? Yo estaba en su casa. Fue como había dicho anoche, nadie me ayudaría. Estaba sola en esto.

Cuando no me moví, continuó. «Viniste aquí para hacer un trato con el diablo. No retrocedas ahora. Vamos a hacerlo».

Lo miré fijamente. Aunque todo lo que quería hacer era salir corriendo y arrastrarme debajo de mi cama. Rex no me quería. Todas esas insinuaciones sobre acostarse conmigo no eran más que comentarios lascivos para acosarme y hacerme sentir incómoda.

«No tengo nada más que ofrecerte».

«Ahí es donde te equivocas. Siéntate. Voy a hacerte una oferta que, lo creas o no, podrás rechazar. Pero debes saber que una vez que aceptes mis términos, no habrá vuelta atrás». Me hizo un gesto para que siguiera adelante y tomara asiento. «Entonces, piensa detenidamente antes de responder».

Consideré mis no-opciones. Ya estaba aquí. Y había hecho el ridículo de la forma más espectacular. No había nada más que pudiera hacer para avergonzarme todavía más. Para ser honesta, estaba intrigada. ¿Qué podría querer de mí? No tenía dinero ni propiedades lujosas, lo cual, por supuesto, él sabía si también sabía que yo era virgen.

«Por favor toma asiento. No tengo intención de dejarte ir hasta que te muestre lo que realmente quiero de ti».

«¿Mostrarme?». Mis pezones se erizaron ante sus palabras. Aparentemente, mi cuerpo no había recibido el memorando de que el sexo con Rex estaba descartado. Literalmente.

Miró mi pecho y sonrió. «Cuanto antes te sientes y me escuches, antes podrás volver a casa y ocuparte de las cosas».

Eso me da la razón. *Cabrón*. Lo aparté de un empujón y caminé de regreso a mi silla. ¿Por qué tenía que tener tanto frío y calor? Había estado en esta habitación durante diez minutos y ya estaba mareada y confundida. Me volví para mirar el reloj de pie cerca de la puerta y me di cuenta de que había estado aquí con Rex durante casi dos horas. ¿Qué? ¿Cómo?

«Basta de juegos. Solo dime qué carajo quieres para que papá y yo podamos seguir con nuestras vidas». Me senté erguida en mi asiento, agradecida de que él no supiera lo incómodos que se habían vuelto los latidos y la humedad entre mis piernas.

Caminó hasta el carrito de las bebidas, tomó un vaso y luego una carpeta de manila de la mesa y los deslizó uno a la vez sobre la mesa. Primero cogí la bebida. Todo este preámbulo tenía mis nervios de punta, tal como le gustaba a Rex.

«Lo único que quiero de ti…», señaló el expediente con un dedo flojo, «es tu completa rendición».

«¿Qué diablos significa eso?». Abrí la carpeta y jadeé.

Vi rojo durante varios latidos antes de recuperarme y ponerme de pie. Rex también lo hizo. Probablemente pensó que iba a intentar salir corriendo por la puerta otra vez, lo cual

definitivamente quería hacer. ¿Qué carajo?

«¿Qué carajo? Pensé que no pagabas por sexo».

«Esta práctica no se trata de sexo». Él arqueó una ceja. «Como se puede ver».

No quería ver. «¿Esto es real o es otro de tus juegos?».

«Esto es lo que me mantuvo adelante después de la muerte de mamá. Después de enterarme de todas las cosas que se esperaba que hiciera por La Sociedad. Me ayudó a sobrellevar la situación. Y creo que podría hacer lo mismo contigo. Michael está siendo egoísta».

«Sí, y tú estás más que dispuesto a quedarte aquí y aprovecharte de ello. Qué noble de tu parte».

Rex apartó mi bebida, vació la carpeta manila sobre la mesa y luego extendió cada imagen para que yo las viera. Levanté la vista sintiéndome como un mirón. El resto de imágenes no fueron tan impactantes como la primera. Lo había hecho a propósito para hacerme enojar. Una vez que mi pulso volvió a la normalidad, pude ver lo que estaba frente a mí tal como era. Algo perverso. Más específicamente, la perversión de Rex.

Relajó la cadera en el borde de la mesa y sonrió. Un gesto que derritió el nudo que se me revolvía en el estómago. Señaló una página con el dedo. «Ella pidió esto. Nunca te pediría que hicieras más de lo que puedes manejar. Este proceso se trata de confianza».

Me reí. «Algo que tú y yo nunca tendremos».

«No, si no lo intentamos». Se movió para que yo mirara, para que lo hiciera de verdad.

Cogí mi vaso y lo volví a dejar de golpe. La quemadura me ayudó a orientarme nuevamente. Por una vez, Rex decidió no apresurarme mientras escaneaba cada página. Esperó pacientemente hasta que uno me llamó la atención y lo recogí. «Háblame de este».

«La práctica se llama kinbaku. Es una antigua forma japonesa de esclavitud. Técnicamente significa atadura tensa y en cierto modo implica *con conexión*». Me levantó una ceja como si la palabra debiera significar algo para mí, pero no era así. «Hay varios términos que aprender, pero por ahora, esto es todo lo que necesitas saber».

«Kinbaku». Repetí la palabra.

Mi mirada se posó en la mujer de la foto, sus caderas redondas y sus senos voluptuosos. Me miré a mí misma y a lo que recientemente le había ofrecido a Rex. No era de extrañar que no estuviera interesado. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando me di cuenta de lo lejos que había estado. La rubia que me miraba rezumaba confianza y una sensación de paz. La cuerda que unía sus piernas tenía una intrincada serie de flores, todas de la misma corbata. En verdad, era una obra de arte que debió llevar horas de trabajo.

«¿Tu hiciste esto?». Pasé un dedo por las secuencias apiladas entre sus piernas que se encontraban en su vértice. A falta de una palabra mejor, su ejecución era perfecta. Algo que me pareció tan Rex. Él era exactamente eso, un perfeccionista y un fanático del control.

«Sí, lo hice».

«¿Cuánto tiempo tomó?».

«Dos horas». Levantó la mano antes de que pudiera protestar. «No es lo que espero que hagas. Estas mujeres han estado practicando durante años. Es una habilidad». La media sonrisa que asomó a sus labios lo hacía parecer más joven. Y al igual que las mujeres de las fotografías, parecía contento y en paz cuando hablaba.

«¿Por qué yo?», levanté la cabeza hacia él.

Apoyó una pierna sobre la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Oh, estaba disfrutando esto. Su mirada encontró la mía. Me mantuve firme y le devolví la mirada durante lo que parecieron horas. Y justo cuando pensé que no podía soportar más su escrutinio, respondió.

«Creo que tu rendición sería dulce. El fuego en tus ojos me ruega que te tranquilice. Puedo hacer eso por ti. Si puedes encontrar una manera de confiar en mí».

«¿Ahora estás haciendo esto por mí?». Apoyé mis manos en mis caderas.

Ese pequeño gesto hizo que se inclinara hacia adelante y me mirara con intensidad en sus ojos. Mierda. Eso era todo. Cada vez que lo desafiaba, pensaba que era un asalto directo. Que era yo desafiándolo a controlarme. Yo era todo un reto para él. ¿Qué podría ser más satisfactorio que atar a la única hija de su enemigo? Mi padre, el hombre que en cualquier momento podría desbancar a Rex de su supuesto trono.

«Por los dos. Entonces, este es el trato que estoy dispuesto a hacer contigo. Y todo lo que tienes que hacer es decir que sí». Se puso de pie y cerró el espacio entre nosotros. «Perdonaré la deuda de tu padre e incluso recuperaré todas las propiedades que perdió el año pasado. Tendrá la libertad de volver o no a La Sociedad. Su elección... esta vez será de verdad».

«¿Y a cambio?».

«Te vuelves mía. Toda mía». Colocó su gran palma sobre la mujer de la foto, la pelirroja con estrellas en los ojos. «Quiero tu rendición completa y absoluta».

«¿Por cuánto tiempo?».

Capítulo 8

¿Eso dolió?

REX

«Las condiciones de tu estancia son negociables». Metí las manos en los bolsillos de los pantalones mientras intentaba respirar superficialmente para recuperar el control. Tenía que mantenerme concentrado y no ceder ante todas las cosas que quería hacerle.

Jesucristo. Caterina tenía una manera de desquiciarme. El odio y el fuego en su mirada verde me habían perseguido durante años. Ahora también tenía que lidiar con sus tetas perfectas y esos pezones deliciosos que rogaban ser chupados.

¿Por qué iría allí? Cuando solicitó esta reunión privada, supuse que estaba lista para hacer lo que le pidiera. Debería haber sabido que vendría preparada con su propia oferta. Y que me jodan, si no quisiera mandarlo todo al infierno y aceptarla.

A pesar de todas mis honorables intenciones, si pudiera llamarlas así, no había resistido la tentación de mirar dentro de sus bragas. Algo de lo que ahora me daba cuenta de que había sido un completo error porque no podía dejar de pensar en su sexo desnudo, el olor de su excitación y sus labios exteriores regordetes. Si volvía a pedirme sexo, no sabía si tendría fuerzas para volver a rechazarla. Todavía no podía entender cómo lo había logrado antes. Su coño era como una fruta madura, y no quería nada más que...

«¿Como en un contrato?». El temblor en su voz me impidió sumergirme en otra fantasía de Caterina.

Se aventuró otro paso hacia la mesa y luego juntó las piernas. Mantenerse alejado de ella sería un infierno, especialmente después de que se mudara conmigo. Pero esto era demasiado importante para mí como para mancharlo con un revolcón alrededor de una mesa de sala de juntas. Me froté la barba incipiente de mi mejilla para ocultar mi sonrisa y perseguir las imágenes sucias que inundaban mi mente.

«Sí, pero antes de que te lo muestre». Caminé alrededor de la mesa y recogí mi carpeta. «Ambos firmaremos un acuerdo de confidencialidad». Revisé la carpeta hasta que encontré la hoja que tenía el nombre de Caterina.

«Si te sientes tan avergonzado por tu perversión, tal vez deberías, ya sabes, no hacerlo». Miró los papeles que puse frente a ella.

«Soy dueño de un club de sexo, Caterina. Este acuerdo es para tu protección. Y la tranquilidad de todos mis clientes». Hice un gesto en la dirección de las fotos que había elegido mostrarle.

Sus labios se abrieron ligeramente. «¿Estas mujeres te pagaron para que les hicieras esto?».

«Por supuesto que no. En el momento en que se tomaron estas fotografías, eran mis sumisas». Me senté y le indiqué que ella hiciera lo mismo. Parecía más cómoda cuando

estábamos a la altura de los ojos. «Muchas de ellas siguen siendo miembros del Crucible. Ya no están conmigo, pero siguen siendo, para todos los efectos, mis clientes».

Volví a llenarle el vaso y ella tomó un sorbo distraídamente mientras leía el acuerdo de confidencialidad. Desde que asumí el cargo de líder de La Sociedad, había cerrado muchos tratos. Ninguno de ellos era tan importante como éste.

Si Caterina dijera que sí esta noche, finalmente tendría todo lo que siempre había deseado. Con ella a mi lado, La Sociedad no solo podría sobrevivir a su amenaza actual, sino también prosperar y florecer como algo nuevo, algo más relevante para los tiempos actuales.

«¿Qué le diríamos a la gente?», levantó la vista. «Las familias van a pensar que algo pasa si de repente me mudo a tu palacio». Ella hizo un gesto con la mano en dirección a las vitrinas empotradas.

«Pueden pensar lo que quieran. Siempre y cuando no les digas para qué estás aquí». Me incliné hacia delante y apoyé los brazos en las rodillas. «Lo que hagamos a puerta cerrada no es asunto de ellos».

«¿Qué les voy a decir a mis amigos? Tengo un empleo al que debo presentarme».

«Puedes renunciar».

«Qué cosa tan chovinista para decir. No voy a dejar toda mi vida solo para complacerte. No soy un juguete». Me fulminó con la mirada.

La necesidad de llevarla arriba y atarla me invadió. No estaba mintiendo antes cuando dije que estaba haciendo esto por los dos. Necesitaba que ella se entregara a mí. Necesitaba que ella fuera mía. Necesitaba controlar todo en su vida. Eso dependía de mí. El Kinbaku me permitía una manera de hacerlo que no fuera perjudicial para ella. Si pudiera tenerla solo una hora al día, esta necesidad incesante de poseerla mantendría un nivel manejable.

«Nunca dije que fuera el príncipe azul. Sé que lo que estoy pidiendo va más allá de lo que una persona debería pedirle a otra, y es por eso que necesito tu consentimiento, por escrito. Prometo que no te haré aceptar nada que no puedas soportar».

«Puedo aceptar con no decírselo a la gente. Podría inventar alguna historia sobre mudarme con mi prima lejana». Ella se recostó, pareciendo satisfecha consigo misma.

«No le decimos a la gente que somos parientes porque no lo somos. No miento, ¿recuerdas?».

«No, no lo haces. Solo me estás pidiendo que mienta en tu nombre».

«Te estoy pidiendo que no reveles los detalles de nuestras sesiones».

«¿Sesiones? ¿Así es como las llamamos?». Pasó su mano por una de las fotos y luego la retiró con un toque de miedo en sus ojos.

Quería abrazarla y decirle que no había nada que temer. Pero hasta que aprendiera a confiar en mí, ninguna cantidad de palabras o abrazos la convencerían de algo diferente. Después de todo, esta era Caterina Alfera. La mujer más testaruda e indeleble que jamás había conocido.

Pero esta noche, todo lo que tenía de mi lado era esperanza y tenía que aceptarla. Busqué dentro del bolsillo de mi maletín y saqué una cuerda de un metro. Pensé que cualquier cosa más larga la asustaría.

Su cuerpo se sacudió por la sorpresa. «¿Llevas esas cosas contigo en todo momento en caso de que surja una emergencia de bondage?».

«No». Arqueé una ceja y me puse de pie. Cuando me senté en la mesa junto a ella, ella no se inmutó. Progreso. «Te traje esto». Le mostré mi palma, sintiéndome como un mago a punto de hacer un truco para su audiencia. «Dame tu mano». Lentamente hice dos nudos, los torcí hacia adentro y creé un puño con una bonita trenza.

Contuvo la respiración mientras lo deslizaba por su mano hasta su muñeca. Cuando tiré del extremo de la cuerda en la dirección opuesta, ella automáticamente apretó los suaves hilos y dejó que mis dedos rodearan su muñeca. A la suave piel se le puso la piel de gallina.

Caterina podía ser muy atractiva cuando no me insultaba o huía. Su respiración era uniforme mientras me veía tirar suavemente, atrayéndola hacia mí. Nunca había tenido que empezar de esta manera con un fondo de cuerda. Resultaba mucho más satisfactorio de lo que pensé que sería.

Dime que sí.

«¿Te dolió?».

Ella me miró resplandeciente y luego parpadeó un par de veces. «No».

«¿Puedes zafarte de esto?».

Se quitó la cuerda y se recostó. «Sí».

Sus dedos soltaron la cuerda y cayeron suavemente sobre mi mano. Nunca antes nos habíamos tomado de la mano. Si se dio cuenta, no lo demostró. Nos quedamos así: su brillante mirada verde pegada a la mía, nuestros cuerpos cerca, respirando el mismo aire.

«Firma y luego responderé todas tus preguntas», susurré.

Sus pezones se animaron bajo la fina tela de su vestido y se inclinó hacia mí. Como de costumbre, el hechizo nunca duraba mucho con ella. Sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos y apartó su mano de mí.

«Listo». Rápidamente garabateó su nombre y empujó el papel hacia mí. «Déjame ver el contrato. Si estás intentando disuadirme de ayudar a papá, no funcionará. Ya he tomado una decisión».

«Quiero esto más de lo que te imaginas. Pero necesito que vengas a mí con los ojos bien abiertos». Me estiré detrás de mí y agarré su carpeta.

«¿Todas tus sumisas reciben una carpeta?».

«Las sumisas de cuerda. Sí».

Ella jadeó. «¿Tantas?».

«He estado haciendo esto durante mucho tiempo. Me gusta que las cosas estén en orden».

«¿Tuviste sexo con todas ellas?», preguntó casualmente mientras abría la carpeta.

«¿Qué importancia tiene esto para nuestro acuerdo?». Una media sonrisa apareció en mis labios.

«Supongo que no la tiene». Ella se encogió de hombros, mientras su mirada permanecía pegada a la página. Después de unos cuantos latidos, se puso de pie. «No puedo leer mientras estás sobre mí con tu mirada melancólica». Miró el reloj de pie que había junto a la entrada. «Dios mío. ¿Cómo se ha hecho tan tarde? Tengo que volver al hospital».

Mierda. Esperaba empezar esta noche. Aunque necesitaría más tiempo para digerir todo lo que le acababa de decir. Aunque no me gustaba la decepción. «Aaron te llevará. Espero una respuesta mañana».

«¿Mañana? Papá está en el hospital. No puedo mover todas mis cosas aquí y hacer lo que tú quieres». El miedo en sus ojos se disipó y fue reemplazado por determinación. Estaba en su modo profesional de hacer.

Solo podía esperar que eso significara que ella estaba lista para aceptar mis términos. Pasó una mano por sus rizos sueltos. Cristo, ansiaba enterrar mis dedos en su cabello, absorber su aroma y besarla. Una Noche Más. Podría soportar una noche más sin ella.

«No necesitarás tus cosas».

Ella me miró con el ceño fruncido. «Esto es demasiado. Tengo que ver a papá y luego buscar

en Google todo esto».

«No esperaba menos. Encontrarás todo lo que necesitas en esta carpeta».

Recogió sus papeles y aminoró el paso cuando llegó a las fotos. Con una rápida mirada hacia mí, ella también las recogió y las metió en su carpeta. *Buena chica.* Caminé detrás de ella mientras se dirigía hacia las puertas dobles. La presión en mi pecho crecía con cada paso. Como si supiera que, si ella se iba esta noche, la perdería para siempre.

Apoyé mi mano en el panel de madera. Cuando se giró para mirarme, la arrinconé. «Si tú y Michael dejan el país, ten en cuenta que no hay un solo rincón en esta Tierra donde podrían esconderse de mí».

Su escote subía y bajaba mientras luchaba por recuperar el aliento. El rojo en sus mejillas era tan jodidamente excitante que no podía soportarlo más. Me incliné para absorber su perfume y deleitarme con su energía. Cuando di un paso atrás, ella levantó la barbilla.

«Ya veo. Entonces, esto de la confianza es un trato unidireccional. Necesito entregarme a ti, ¿pero ni siquiera puedes darme esta pequeña libertad de ver a papá?». Empujó mi pecho una vez más, antes de deslizar sus manos hacia mis pectorales.

¿Podría sentir mi corazón acelerarse bajo su palma? La mirada asombrosa en sus ojos me indicaba que sí. *Hemos terminado de fingir, cariño. ¿No es verdad?* Me devané los sesos pensando en una buena razón por la que Caterina y yo no podíamos tener esto. Solo esta vez. El plan era el plan. Un beso no podría arruinarlo.

Presioné mi muslo contra su centro. Ella me recompensó con una pequeña señal de placer y mi nombre en sus labios. «Rex». Sus ojos se cerraron. Caterina necesitaba esto tanto como yo.

«Puedes irte. Pero mañana recibiré mi respuesta».

La mirada que me dirigió fue de puro deseo y cruda necesidad. Una pizca de su aroma provocó una llama debajo de mi ombligo. De repente, la habitación quedó demasiado silenciosa, el aire espeso y caliente y mi pulso fuera de control. Como agua que se va rápidamente por el desagüe, mi control se alejó de mí, más y más lejos, hasta que no pude recuperarlo.

Nuestras miradas se cruzaron. Era tan hermosa y, por una vez, no me estaba mirando con odio. Oh, joder. Capturé su boca con la mía, pasando mi lengua por sus labios, mientras tomaba su mejilla para mantenerla en su lugar. Toda la frustración reprimida brotó de mí en ese beso. Todas las veces que me había dicho que me odiaba y todas las veces que me había rechazado. Le quitaba todo ahora, presionando mi cuerpo contra su suave carne. Jesús, anhelaba enterrarme dentro de ella. Ella me llamó de nuevo, frotando su mancha húmeda en mis pantalones.

Podría tomarla ahora, pero ¿dónde nos dejaría eso? ¿Yo pagando por sexo? ¿Ella usando su virginidad para salvar a su padre? Antes, había negado ser virgen. Pero yo sabía la verdad. Sabía que se había reservado para alguien bueno. Esa había sido la influencia de su madre y ella tenía razón. Alguien como Caterina merecía mucho más. Merecía un hombre que pudiera darle todas esas cosas que quería, como un hogar y una familia. Yo no era ese hombre. Pero tenía otras cosas que ofrecerle.

Bebí de sus labios con avidez, incluso después de haber decidido que tenía que detenerme. Me tomó unos minutos más abandonar esta fantasía, donde Caterina tenía sus brazos alrededor de mi cuello, besándome como si nunca antes la hubieran besado. Profundicé el beso y luego me alejé. Su respiración se entrecortó por el cambio abrupto ahora que ya no tenía mi cuerpo soportando todo su peso contra la puerta.

Si antes no tenía motivos para odiarme, ahora los tenía. El fuego en sus ojos me indicaba que no se había tranquilizado. La frustración hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. No debería haber hecho eso. Nuestra relación era demasiado frágil para este tipo de confusión adicional.

«Aaron te llevará a casa para que puedas quitarte ese vestido antes de ver a Michael». Señalé las manchas húmedas por toda su falda.

Intenté no pensar en su bonito coño, todo hinchado para mí, esperando. En cambio, la imaginé yendo a casa y tocándose. Una sonrisa apareció en mis labios. Por primera vez, supe sin lugar a dudas que Caterina estaría pensando en mí la próxima vez que llegara al clímax.

«Eres un cabrón». Alisó la tela. Cuando sintió la humedad allí, sus mejillas se pusieron de un rojo brillante. Frunciendo los labios, giró sobre sus talones y salió de la sala.

Di dos zancadas y me detuve antes de empeorar las cosas. Antes de enviarlo todo al infierno y follarla hasta la próxima semana en la mesa de la sala de juntas. Por Dios, ella ya había dicho que sí. Pasé ambas manos por mi cabello y volví a mi silla.

Yo: Va en camino. Llévala a su casa.

Aaron: Ya está en el auto.

Yo: No te apartes de su lado.

Aaron: sí, señor.

Toqué la mancha blanca descolorida de mis pantalones y me llevé los dedos a la nariz y la boca. *Mañana. Empezamos mañana.*

Capítulo 9

Notas de anteriores sumisas

CATERINA

Dios, lo odiaba. Cogí la botella de agua que Aaron me había dejado en la bandeja de bebidas del asiento trasero y la bebí. ¿Qué había pasado exactamente? Fui a ver a Rex para pedirle un favor y darle lo único que pensé que quería, pero luego, me rechazó y terminó haciendo una contraoferta con algo mucho, mucho peor que sexo.

Miré mi vestido. El calor subió a mis mejillas. Nunca en un millón de años hubiera imaginado que Rex tendría este efecto en mí. Todo lo que había hecho esta noche había resultado muy excitante. ¿Cómo eso había sido posible? Siempre había pensado que era atractivo, bueno no, más bien un loco excitante con una cara diabólica que lo hacía peligroso. Nunca antes me habían tocado así. Mi piel todavía ardía en los lugares donde había colocado sus fuertes manos.

Y Jesús, ¡ese beso!

En la universidad, tonteé mucho. Incluso si nunca llegaba hasta el final, me había acercado bastante. Había besado al menos a cinco chicos. Pero ninguno de ellos me había hecho sentir como Rex. Él tomaba el control y me devoraba. Me estremecí por el aire fresco. Ahora que había varios kilómetros entre nosotros, la temperatura de mi cuerpo disminuyó drásticamente.

Me llevé los dedos a los labios y dejé que mi cabeza descansara en la ventana. El recuerdo de Rex envió más aleteos a mi coño. No se habían detenido desde que metió su muslo entre mis piernas y presionó contra mi centro. Había estado tan cerca de correrme delante de él. ¿Qué diablos me había pasado? Bebí más agua y miré justo cuando Aaron se detenía en mi edificio. No le había pedido que me trajera aquí. Sin duda estaba siguiendo las órdenes de Rex. Lo dejé pasar porque necesitaba cambiarme antes de regresar al hospital para ver a papá.

Ya deberían haber terminado de tomar todas sus pruebas. Abrazando la carpeta cerca de mi pecho, salí del auto tan pronto como nos detuvimos y me dirigí directamente a mi apartamento, con la esperanza de no encontrarme con ninguno de mis vecinos. No eran ruidosos ni nada por el estilo, pero yo estaba demasiado agotada en ese momento para tener una conversación civilizada con otra persona.

Entré y fui directamente a la ducha para quitarme el olor de Rex y toda nuestra interacción. Después de limpiarme, me vestí con un par de jeans y una camiseta. Cuando me senté a ponerme las botas, vi la carpeta manila sobre la cama. Mi pulso se aceleró de inmediato. El contrato era un documento grueso. Ni siquiera podía empezar a imaginar qué tipo de términos tendría Rex para mí. Mierda. No tenía tiempo para esto. Tenía que ver a papá. Me levanté, agarré mi bolso grande y metí los papeles dentro.

Aaron estaba hablando por teléfono cuando me acerqué a él. Lo guardó inmediatamente e hizo eso de moverse rápidamente para dejarme entrar al auto. Una vez más, no tuve que decirle

adónde iba. Él sabía que necesitaba ver a papá.

«Gracias». Encontré su mirada en el espejo retrovisor.

«Solo estoy haciendo mi trabajo», bajó la cabeza.

En el hospital, Aaron me dejó en la entrada principal, donde el enfermero Sam salió a recibirme. Si esta era la manera que tenía Rex de suavizar las cosas conmigo, supuse que estaba funcionando. Yo era una bola de nervios esperando saber sobre las pruebas y la cirugía de papá.

«Señorita Alfera, me dijeron que venía hacia aquí. El señor Alfera está despierto. Sus pruebas están en buena forma. Está programado para la cirugía a primera hora de la mañana». Me acompañó por el pasillo hasta el ascensor.

Conté al menos cinco de los muchachos de Rex en el camino. Estaban junto al vestíbulo principal, los ascensores, la estación de enfermeras y dos cerca de la habitación de papá. Cuando éramos niños, papá insistía en que tuviéramos un equipo de seguridad. Con el tiempo, se acostumbró a la idea de ser un ciudadano normal y renunció a las estrictas precauciones. Ahora que estaba bajo la protección de Rex, parecía que los guardaespaldas se necesitaban nuevamente.

«Gracias. ¿Podría quedarme con él? Le pregunté al enfermero Sam cuando abrió la puerta de la habitación privada de papá.

«Por supuesto. Conseguiré algunas mantas y una almohada». Él sonrió y se fue por donde habíamos venido.

La habitación de papá olía a desinfectante y a plástico nuevo. Pero para ser una habitación de hospital, era agradable. Los grandes ventanales del otro extremo dejaban entrar mucha luz y ofrecían una magnífica vista de la ciudad. Ver a papá así me rompió el corazón y también me asustó muchísimo. No podía perderlo a él también. Caminé hacia su cama. Tan pronto como puse una mano sobre su pie cubierto con una manta, abrió los ojos.

«Hola, Bells. Esperaba que te quedaras en casa esta noche». Me dio unas palmaditas en la mano.

«No puedo hacer eso sabiendo que estás aquí».

«Tanto alboroto. Estos médicos deberían saber que no se puede reparar un corazón roto». Señaló las máquinas conectadas a su brazo. «No necesitas preocuparte por mí».

«Lo haré de todos modos». Le di lo que esperaba fuera una sonrisa feliz. Me dolía el corazón por él. «Entonces, ¿el gran día es mañana?».

«Supongo». Él se encogió de hombros. «Estoy cansado. Tal vez si dejaran de incomodarme y me dejaran dormir, mejoraría más rápido».

«¿Comiste?».

«Sí». Lo dijo sin expresión.

«¿Quieres ver la televisión?».

«Eso suena bien». La tristeza en sus ojos era insoportable.

Sabía lo que quería decir: que no necesitaba una cirugía cardíaca. Necesitaba que mamá volviera. Parpadeando para contener las lágrimas, me ocupé del control remoto. Hojeé la guía hasta que encontré un documental sobre los leones que viven en el África subsahariana. En cuestión de minutos, la respiración de papá adquirió un ritmo uniforme. Su corazón débil tenía que ver con lo cansado que se sentía. Hasta su cirugía, los médicos no podían hacer mucho más para ayudarlo.

El enfermero Sam regresó con un juego de almohadas y una manta azul y luego me dio un rápido resumen de lo que me esperaba por la mañana. Cuando se fue, me acomodé en el sillón reclinable de gran tamaño cerca de la ventana. Apoyé mi bolso en el costado de la silla y puse mi mano sobre el contrato.

Pensé en Rex y en todas las fotos que me había mostrado. Fotos que había traído conmigo. La sangre corrió a través de mí cuando mi cabeza se giró hacia papá. Se quedó dormido rápidamente con su rostro alejado de mí. De alguna manera sentí que tenía un poco de privacidad.

Soltando un largo suspiro, tomé la carpeta y la puse en mi regazo. Hojeé las páginas sin leer nada en particular. Cuando llegué al final, noté un conjunto de notas escritas a mano. La portada tenía el membrete de Rex. Me froté las manos húmedas en los pantalones y tomé la carta. Su tono era profesional y cortés, lo que me hizo preguntarme si esas eran sus propias palabras. En la vida real, era más severo y exigente.

Me concentré en el último párrafo.

Caterina:

Puedes hacer tu propia investigación sobre kinbaku o shibari, pero no encontrarás lo que buscas. Por eso he incluido tres testimonios de mujeres que han sido mis parejas en esto. Ellas saben de ti y se han ofrecido amablemente a responder todas tus preguntas. Espero que aceptes su oferta.

Rex

¿Estaba bromeando? ¿Su contrato incluía cartas de sumisas anteriores? Supuse que no estaba tan equivocado. No necesitaba saber de dónde venía el kinbaku ni qué implicaba. Necesitaba escuchar a mujeres que lo habían hecho. Más específicamente, quería saber qué clase de Dom era Rex. ¿Sería cruel? ¿Rudo e impaciente como lo había sido su beso? Me retorcí en mi asiento al pensar que tal vez nuestras sesiones podrían incluir más besos como ese.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos y abrí la primera nota, frunciendo el ceño ante su animado tono. Violet estaba emocionada de que hubiera decidido aceptar la oferta de Rex. Ella me aseguraba que había intentado volver a su agenda durante los últimos dos años y no había tenido suerte. Ponía los ojos en blanco cada vez que me llamaba ‘chica afortunada’. Dejé de contar a la quinta vez. Violet tenía algunos consejos sobre ejercicios en el suelo para mantenerse flexible y promover la conciencia corporal. ¿Qué carajo? Terminaba su testimonio ofreciendo un último consejo.

Disfruta tu tiempo. Pero hagas lo que hagas, no te enamores de él. Estarás sola en ese esfuerzo. El corazón de Rex no funciona de esa manera.

Por suerte para mí, ya odiaba al chico. Mi problema sería no arrancarle los ojos durante una de nuestras sesiones de bondage. Dejé caer la cabeza entre mis manos. Gracias a Rex, la sesión de bondage ahora estaba en mi vocabulario. Lo odiaba, claro. Tiré las mantas a un lado y caminé hacia el guardaespaldas que estaba afuera. Aaron también se había unido al equipo de seguridad. Él no estaba aquí por papá. Él estaba aquí por mí. Dios, ¿para qué? ¿Para asegurarse de que no saliera del país?

«¿Podrías poner su número en mi teléfono?», le di mi móvil.

«Por supuesto». Ni siquiera me preguntó de quién quería el número. Todo en nuestro mundo giraba en torno a Rex.

«Gracias». Me di la vuelta y regresé a mi cama improvisada. Mi corazón se aceleró un poco al saber que ahora tenía el número de Rex.

Pensé en lo que le diría. Más bien, fantaseaba con llamarlo para decirle que todo estaba mal. Que encontraría otra manera de conseguirle su dinero. Pero todos los escenarios que jugaban en mi cabeza no eran más que un mundo imaginario donde yo tomaba las decisiones en lugar de Rex. Miré fijamente la pantalla, con el dedo índice flotando sobre su nombre, mientras lo imaginaba sentado en la cabecera de la mesa de la sala de juntas con el tobillo apoyado en la

rodilla. Después de varios minutos, cerré los ojos. Cuando su rostro increíblemente hermoso apareció en mi mente, no lo ahuyenté. Abracé el contrato contra mi pecho junto con mi teléfono y me quedé dormida.

A la mañana siguiente, mi día comenzó con un torbellino de enfermeras y médicos que se llevaban a papá para operarlo. El enfermero Sam prometió darme actualizaciones por mensajes de texto y me recomendó que me fuera a casa ya que la cirugía y la recuperación tomarían horas. Entumecida, hice lo que me pidió. Pero después de varios minutos de pasear de un lado a otro en mi apartamento, decidí ir a trabajar. Necesitaba la distracción, sin mencionar que tenía varios proyectos pendientes que requerían mi atención.

Me metí en la ducha y me puse un traje con pantalón color melocotón. El conjunto tenía el efecto deseado de hacerme sentir como si tuviera el control de mi vida. Por supuesto, algo de eso desapareció cuando me encontré con Aaron afuera de mi edificio, y él rápidamente me informó que tenía órdenes de quedarse conmigo todo el día. Abrí la boca para decirle que no necesitaba una niñera, pero luego decidí que sería más fácil dejarlo acompañarme.

«Hola Cat». Sarah frunció el ceño desde detrás de su escritorio cuando me vio afuera de su oficina.

«Hola», me apoyé en el marco de la puerta.

«¿Cómo está tu papá? ¿Qué estás haciendo aquí?».

«Está en cirugía ahora mismo. Me estaba volviendo loca en mi casa esperando noticias».

«Bueno, no te enviaré a casa. Necesitamos la ayuda». Señaló hacia el conjunto de cubículos en medio del piso y la conmoción de voces, teléfonos sonando y teclados haciendo clic. «Un gran inversionista vendrá a ver cómo nos va. La jefa está fuera de sí tratando de obtener el estado de todos los proyectos y las finanzas».

«Será mejor que me ponga a trabajar entonces». Saludé y me dirigí a mi oficina al final del pasillo.

Me senté en mi silla y encendí mi computadora. Esta normalidad era exactamente lo que necesitaba hoy. Alisé la suave tela de mis pantalones y la voz de Rex hizo eco en mi mente. «No necesitarás tus cosas». ¿Qué había querido decir con eso? Eché un rápido vistazo al caos afuera de mi puerta y luego tomé el contrato de Rex de mi bolso.

Hojeando las páginas, llegué a la sección titulada: Arreglos de vivienda. Esperaba que yo viviera en su penthouse, que usara la ropa que él elegiría para mí todos los días y que básicamente fuera su mascota. ¿Por qué alguien que podía tomar decisiones querría hacer esto? Frunciendo los labios, agarré un bolígrafo rojo y comencé a tachar elementos con los que no estaba de acuerdo. No iba a dejar que Rex me intimidara con ninguna de estas tonterías.

De repente, el aire cambió en la habitación. En el piso, los miembros del personal habían dejado de charlar y escribir. Caminé alrededor de mi escritorio para ver qué había sucedido. Cuando Rex dobló la esquina al final del pasillo, la adrenalina me atravesó. Cruzó el camino con zancadas largas y confiadas y se dirigió directamente a la oficina de la esquina de mi jefe. ¿Qué diablos estaba haciendo aquí? Me escondí detrás de mi puerta, mientras mi corazón latía en mis oídos.

«¿Hola?», Sarah daba golpecitos en mi ventana.

«Sí». Mi cuerpo se sacudió por la sorpresa. Quizás lo había imaginado todo. Respiré y abrí la puerta. «¿Qué está sucediendo?».

«¿Viste el correo electrónico? Reunión improvisada en cinco».

«No, no lo vi». Miré mi reloj. Aparentemente, había pasado las últimas dos horas revisando el contrato de Rex. «Me pregunto de qué se trata». Agarré mi iPad y me moví para que ella me

guiara.

«Probablemente se trata de ese pez gordo del que te hablé».

Nuestra empresa rentaba todo el décimo piso, pero compartíamos el espacio de la sala de conferencias con otras compañías dos pisos más arriba. Para llegar al ascensor, teníamos que pasar por la oficina de la esquina. Lancé unas cuantas miradas mientras Sarah presionaba el botón de llamada un par de veces. Desde donde estaba, solo podía ver la espalda del hombre que estaba allí. Pero definitivamente era Rex.

«¿Vienes?», Sarah agitó una mano delante de mí para llamar mi atención.

«¿Qué? Quiero decir, sí». Subí a la cabina y las puertas se cerraron.

Tan pronto como empezamos a movernos, me relajé contra la pared de espejos. Rex simplemente tenía una manera de ponerme nerviosa. ¿Qué diablos estaba haciendo aquí? No podía esperar que yo fuera con él hoy. Apenas había terminado de leer la totalidad del documento que quería que firmara. Y tenía un montón de cambios que necesitaba hacer.

Seguí a Sarah a la sala de conferencias y encontré un asiento al final de la mesa. Cuando levanté la vista, me encontré con la mirada de Rex al otro lado de la pared de cristal. Estaba con mi jefa, quien prácticamente corría para seguir su ritmo mientras hablaba con gestos exagerados con las manos. ¿Un momento? ¿Esta era su reunión improvisada?

Capítulo 10

No puedo soportar la espera

CATERINA

«Jesús, mierda». Sarah me agarró el antebrazo y se inclinó hacia mí para murmurarme. «¿Es ese el Adonis del hospital?».

«No sé». Me encogí de hombros. «¿Es él?».

Sarah me miró con los ojos entrecerrados, incrédula. Como si alguien pudiera conocer a Rex y luego olvidarse de él, de su rostro o de la energía intensa que lo seguía a dondequiera que fuera. Tan pronto como entró despreocupadamente, un silencio se extendió por la mesa de la sala de conferencias. La mirada de Rex se apartó de mí mientras se paraba al frente de la sala. Intenté con todas mis fuerzas no poner los ojos en blanco ante eso. No podía irrumpir y empezar a actuar como si fuera el dueño de 'A-List' o de este edificio. A pesar de lo que creía; él no era el rey de todo.

Parecía tan fuera de lugar allí, rodeado de muebles de oficina baratos y deficiente iluminación. Rex Valentino era el líder de una sociedad criminal clandestina centenaria. El poder y el dinero habían sido parte de su educación. Había sido preparado para gobernar. Pensar en él sentado en su silla de cuero con respaldo alto, junto a libros viejos, caoba y whisky, tenía más sentido que esta sofocante sala de conferencias.

Mi jefa, Jill, se unió a él con una sonrisa nerviosa y ojos de disculpa, como si le pidiera permiso para estar tan cerca de él o para hacerse cargo de la reunión.

«Gracias a todos por unirse a nosotros en tan poco tiempo. El Sr. Valentino está aquí para conocer más sobre nuestra empresa y ver cómo hacemos las cosas. Por lo tanto, hoy asistirá a nuestra reunión semanal sobre el estatus. Lo cual, estoy consciente de que es un día antes». Levantó la mano cuando otros miembros del personal intercambiaron miradas preocupadas.

Rex cambió su peso y se metió las manos en los pantalones. A mi lado, Sarah apretó las piernas y dejó escapar un pequeño suspiro. No podía culparla. Rex con un traje oscuro era todo un afrodisíaco. Rápidamente escaneé la habitación. Todos estaban más o menos en el mismo trance, incluso los hombres. ¿Podrían sentirlo? ¿Sabían qué era Rex? Un mafioso despiadado.

Cuando volví mi atención a Rex, su intensa mirada se centró en mí. Una chispa revoloteó en mi vientre justo antes de que mi imaginación mostrara una serie de recuerdos retorcidos, una mezcla de los eventos de anoche y las fantasías que había plantado en mi cabeza. Debería tener miedo. ¿Dónde diablos estaba mi sentido de autoconservación?

«Haz como si no estuviera aquí». Una media sonrisa apareció en sus labios y luego se acercó a Jill para continuar con la reunión.

¿Había dirigido eso a mí? ¿Una pequeña broma interna? Ignorarlo habría sido mucho más fácil antes de que me besara, antes de que casi me hiciera correrme con solo el roce de su muslo.

Me ocupé de mis notas mientras él me miraba. No tenía que levantar la vista para saber que estaba haciendo exactamente eso. Estaba aquí para intimidarme y torturarme como siempre.

Excepto que esta vez había ido demasiado lejos. Cuando hacía el papel de depredador en su propio mundo mafioso, era como si estuviera contenido en las páginas de un oscuro libro de cuento de hadas. Pero, ¿aquí? ¿En mi trabajo? ¿En mi mundo? Me di cuenta de que él era muy real y también lo era su oferta de hacerme su sumisa de cuerdas, por el módico precio de un millón de dólares. Para mí, era mucho más que eso. Este acuerdo entre nosotros era para salvar a papá.

Levanté la vista y lo miré fijamente. Él no apartó la mirada. Tampoco sonreía. Simplemente me miraba como si fuera mi dueño, como si quisiera recordármelo. El contrato que esperaba abajo en mi oficina era simplemente una formalidad, nuestros términos de compromiso. Pero la parte donde mi cuerpo y alma ahora le pertenecían a él, había quedado sellada en el momento en que entré en su sala de juntas.

Jill hizo todo lo posible para llevar a cabo nuestra reunión de estatus como lo haría cualquier otro día, ignorando al rey de la mafia. Logré mantener la calma hasta que ella me pidió informar sobre las campañas en las que estaba trabajando y también sobre los nuevos clientes a los que había estado cortejando. Junto a ella, Rex frunció el ceño. ¿Por qué? ¿Incredulidad? ¿A qué pensaba que me dedicaba? ¿Llevar café y donas a Jill?

Lentamente, me puse de pie y presioné mi iPad para que aparecieran los números que había reunido la semana pasada. No me importaba lo que Rex creía acerca de mí, si pensaba que yo era inteligente o capaz. Nada de eso importaba, no por lo que él me quería.

«Continúa, Cat». Jill me hizo una señal para que yo comenzara.

«Gracias». Aparté la mirada de él y me concentré en mi jefa. Con el paso de los minutos, me volví muy buena fingiendo que él no existía. Su beso ardía en mis labios, pero rápidamente lo limpié con el dorso de mi mano y pasé a la tarea que tenía entre manos. Mis tres proyectos principales estaban adelantados a lo previsto, lo que puso una gran sonrisa en el rostro de Jill. «Sobre las nuevas cuentas, me reuní con el Sr. Suede y aceptó dejarnos probar su nueva campaña. En cuanto al señor Ricci, todavía tengo que localizarlo. Sé que se ha estado reuniendo con otras agencias. Solo necesito comunicarme con él por teléfono».

«¿Thomas?», preguntó Rex y de repente la temperatura en la habitación se disparó a un millón de grados. «Thomas Ricci es un buen amigo. Puedo conseguirte una reunión».

«No creo que sea necesario», respondí.

«Cat». La mirada de Jill se movía entre Rex y yo.

«De cualquier forma, eso es todo lo que tengo. Gracias». Me senté, mirándolo con dagas, mientras la sangre ardiente me recorría. No tenía derecho a venir aquí e interferir.

«Déjame saber si cambias de parecer». Me dedicó una sonrisa que hizo que Sarah gimiera a mi lado.

Tan pronto como Jill terminó la reunión, me puse de pie y salí corriendo de allí. Necesitaba la seguridad de mi oficina, donde Rex no podía llegar hasta mí. Sarah me alcanzó cerca de los ascensores. Corrió frente a mí y presionó el botón de llamada.

«Mis ovarios están disparados». Entró en la cabina y se apoyó en la pared del espejo. «Creo que estoy embarazada».

Al otro lado del camino, a través de la pared de cristal, Rex estaba en medio de la sala de conferencias hablando con Jill. Justo antes de que las puertas se cerraran, su mirada se dirigió a mí. Se me cortó la respiración y di un paso atrás, más cerca de Sarah.

«¿Crees que veremos más a Rex si decide invertir? No me importaría la dosis diaria de

atractivo visual». Sarah se agarró a la barandilla mientras el viejo ascensor chirriaba y chirriaba al bajar.

«Ni idea. Te veré más tarde, ¿de acuerdo?». Apreté mi iPad y salí.

«Sí, adiós».

Cerré la puerta de mi oficina y me apoyé en ella. ¿Por qué permitía que me afectara? Mi corazón latió con fuerza durante al menos otro minuto antes de recuperar su ritmo normal. ¡Aaay! Apreté los puños y caminé alrededor de mi escritorio para volver al trabajo. Mi primera tarea sería programar una reunión con el Sr. Ricci. Esa cuenta sería una gran victoria para la agencia. Pero quería hacerlo sin la ayuda de Rex. Ya le debía demasiado. ¿Qué me pediría a cambio de ese pequeño favor? Me estremecí ante la idea de que Rex quisiera más de mí además de mi completa rendición. ¿Qué más podía darle?

«Esa fue una buena reunión». Su voz me hizo regresar a la realidad.

Rex Valentino en mi oficina era un nuevo tipo de tortura.

«¿Qué quieres, Rex?», le brillaba. «No pensé que alguna vez podías salir de tu guarida».

Levantó la vista, como pidiendo paciencia al cielo. Luego, con dos largas zancadas, alcanzó mi puerta, la empujó y apretó el botón de cierre. Estábamos solos. Si gritaba, ¿alguien vendría a ayudarme?

«Tu sabes lo que quiero». Cerró las persianas de la única ventana de la habitación y luego se volvió hacia mí.

Mi mirada se posó en la carpeta que estaba sobre mi escritorio. Siguió la línea de visión y sonrió. «Oh. Ahí está».

Ocupó la silla frente a mí y se desabrochó la chaqueta antes de alcanzar el contrato. «¿Tienes alguna pregunta?». Sus cejas se alzaron con sorpresa cuando hojeó las páginas en tinta roja. Estaba segura de que en algún momento le había sonreído al pequeño demonio que había dibujado en la esquina de la página y etiquetado como Rex. «¿Un mes?». Él levantó una ceja.

Se refería a la sección donde decía que nuestro acuerdo sería por un año. Todo un puto año. «No puedo detener mi vida por más tiempo. Tengo veinte días de vacaciones. Eso es todo lo que puedo darte».

«Ese no es tiempo suficiente para cubrir la deuda de Michael. Seis meses».

«Tres».

«Seis». Apoyó los brazos en las rodillas. «¿Puedo recordarte que no tienes voz en este asunto?».

«No puedo tomarme tanto tiempo libre».

«Jill apoya mucho a su personal que trabaja desde casa. Mientras la agencia siga siendo suya, claro». Se rascó la barba incipiente de la mandíbula.

¿Jill? Decía su nombre con tanta familiaridad que tuve que preguntarme si se conocían desde antes. ¿Era así? Sacudí la cabeza para concentrarme en la segunda parte de su declaración. *"Mientras la agencia siga siendo suya"*, sonaba como si nuestros días en esta oficina estuvieran contados.

«¿Qué se supone que significa eso? Espera. ¿Estás comprando 'A-List'? ¿Por qué? ¿Qué quieres de una empresa de publicidad?».

«Es un buen negocio».

«¿Desde cuándo estás en el negocio de la publicidad? ¿Qué planeas hacer exactamente con nosotros?».

El pan de cada día de Rex era el crimen. Así había sido como La Sociedad había acumulado miles de millones en los últimos cien años. Lo que fuera que Rex estuviera pensando, tenía que

ser ilegal. O al menos, no bueno para la empresa. ¿Qué haría? ¿Desmontarla y venderla por kilo? Porque esa era la única manera que tenía de ganar dinero con nosotros. No podía hacerme esto.

«No hagas esto».

«No dirijo una organización benéfica, amor. No me digas cómo administrar mi propia empresa». Su tono duro y severo me indicaba lo serio que era acerca de esta transacción y lo poco que le importaban mi opinión o mis sentimientos.

«Eres despreciable. Estuviste en nuestra reunión durante una hora, miraste a todos a los ojos, sabiendo que estabas aquí para destruir sus medios de vida. ¿No tienes corazón?».

«No. Pensé que ya lo habíamos establecido». Volvió su atención al contrato. «Las condiciones de vivienda no son negociables. Vivirás conmigo mientras dure el contrato y vestirás lo que yo decida».

Parpadeé rápido, incapaz de encontrar su mirada oscura. Este no era el Rex que me había besado en la sala de juntas. El hombre sentado frente a mí era el cruel mafioso que yo sabía que era. Estaba aquí para cobrar la deuda de papá en forma de ese contrato. Había sido ingenua al pensar que tenía voz y voto en cómo sería nuestro acuerdo.

«Necesito tiempo para asegurarme de que papá esté bien. No puede estar solo todo ese tiempo».

«No lo estará. He hecho arreglos para que una enfermera se vaya a casa con él. Él estará atendido. Te lo prometo». Decía todo mientras seguía revisando mis cambios. «Las sesiones de conciencia corporal son para tu beneficio. Sin ellas, podrías lastimarte. Las harás». Parpadeó lentamente y luego dejó escapar un suspiro. ¿Estaba tratando de ser paciente conmigo? «Caterina, este contrato es por tu propio bien. Es lo que otras sumisas han aceptado porque funciona. Como experto en shibari, mi trabajo es hacer todo lo que esté a mi alcance para garantizar que estés a salvo». Su tono tenía una cualidad diferente, de alguna manera más amable y comprensivo.

«Ni siquiera sé lo que es la mitad de esas cosas». Señalé las páginas en sus manos. «¿Qué diablos es un camarón invertido? ¿Y para qué sirve la mordaza? ¿Y los amarres para el cabello? ¿Cómo es eso posible?».

«*Gyaku-Ebi*». Pronunció perfectamente las palabras que yo había omitido. «Yo te enseñare».

«¿Esas notas de tus clientes anteriores? Son una farsa. Me gustaría leer a las que calificaron con una estrella». Crucé los brazos sobre mi pecho.

La diversión se registró en sus ojos. «Solo tienes que confiar en mí».

«Y decidiste que la mejor manera de ganarte mi confianza es destrozar la empresa para la que trabajo».

«Esas dos cosas son mutuamente excluyentes».

«¿Qué? ¿Cómo? Este es mi trabajo. Me lo quitas solo porque quieres que sea tu mascota». Odiaba cómo hacía que mi voz temblara tanto cuando él estaba cerca.

«Mascota es el término equivocado». Se recostó tranquilamente. Estábamos en mi oficina y aún así, parecía como si fuera dueño de este lugar, como si fuera mi dueño. «Esta práctica será más esclarecedora si no te opones a ella. No luches conmigo por esto, amor». Sus ojos se suavizaron junto con sus rasgos. Se sintió familiar cuando hizo eso, cuando me consideraba como si fuéramos cómplices, socios, iguales. «No puedo soportar la espera».

Una cinta de deseo se arremolinó en mi centro. Esta versión de Rex era mucho más difícil de repudiar. ¿Él lo sabía? ¿Sabía cómo me afectaba cuando no estaba siendo un completo imbécil? Tenía que saberlo.

«Cena conmigo esta noche». No era una pregunta.

«Mi padre está en cirugía mientras hablamos. No tengo tiempo para citas».

«No es una cita. Es una reunión de negocios». Arrojó el contrato sobre mi escritorio. «Para finalizar nuestros términos. Firmarás el acuerdo esta noche». Cuando no me moví, se aclaró la garganta y asintió una vez. «Aaron te llevará a ver a Michael. La cena es a las ocho. Mi penthouse».

«¿No te cansas de dar órdenes a la gente?». Me puse de pie y apoyé las manos en el escritorio.

Lentamente, se puso de pie mientras pasaba su mirada por mi cuerpo. El calor subió a mis mejillas cuando las imágenes de su beso inundaron mi mente. Además, no pude evitar sentir dolorosamente que me había visto desnuda. Y más que eso, casi me había visto correrme. Mis pezones se endurecieron ante el recuerdo del traje de Rex frotándose contra mi pecho.

Se inclinó hacia adelante hasta que su rostro estuvo a centímetros del mío. «No. Tengo muchas ganas de que llegue el día en que hagas exactamente lo que te digo». Su cálido aliento rozó mi rostro. Olía tan bien, una mezcla de caoba y el almizcle característico de Rex. «Ocho en punto. Ponte el vestido».

«¿Que vestido?». Fruncí el ceño confundida.

Miró su teléfono con una sonrisa de satisfacción y luego apoyó las palmas de las manos en mi escritorio. «El que te están entregando en tu apartamento mientras hablamos».

Alcanzó mi barbilla y aparté la cabeza de él. Su sonrisa se desvaneció un poco, y eso me dio una oleada de satisfacción. No había ganado exactamente esta ronda, pero cualquier cosa que borrara esa sonrisa exasperante de su rostro era una victoria para mí. Aunque algo me decía que me haría pagar por ello más tarde.

Capítulo 11

Déjalo en mis manos

REX

«¿A casa, señor?», Frank, mi conductor y guardaespaldas, espera instrucciones mirándome por el espejo retrovisor.

«No, acabo de recibir un mensaje de texto del enfermero de Michael. Está despierto».

«Sí, señor». Puso el coche en marcha y se alejó de la acera para incorporarse al tráfico entrante.

Me acomodé en el asiento trasero de mi SUV y trabajé para controlar mi respiración. Cuando se trataba de Caterina, nada era sencillo, nada salía como yo quería y estaba perdiendo la paciencia. Aunque podía ver que ella había aceptado el hecho de que no había salida para ella. Si quería mantener a su padre fuera de la cárcel, tendría que decirme que sí.

Mi mano presionó la carpeta manila. Sonriendo, hojeé las páginas cubiertas de tinta roja. Había leído cada una de las cláusulas y había respondido con algo diferente, lo que significaba que estaba dispuesta a hacer que esto funcionara. Esperaba que ella se quedara en casa conmigo esta noche, pero necesitaba más tiempo. Ya había esperado dos años para esto, podría esperar un día más.

En el hospital, ingresé por una entrada privada del estacionamiento y tomé el ascensor hasta el tercer piso. Percibía algo malo. Pero nadie podría ser tan estúpido como para atacar a La Sociedad a plena luz del día y en un edificio público. Mientras avanzaba por el pasillo estéril, se me erizó el pelo de la nuca y ya no podía ignorar mis instintos. Metí la mano dentro de mi chaqueta, giré la correa de seguridad de mi pistolera y envolví mis dedos alrededor de la empuñadura de mi nueve milímetros.

Cuando doblé la esquina al final del pasillo, encontré a tres de mis hombres inconscientes en el suelo. Corrí hacia ellos y revisé sus pulsos. Joey y Mike todavía estaban vivos. Marco estaba muerto. Puta madre. ¿Quién había tenido el valor de venir a un lugar lleno de gente y hacernos esto? Cogí mi teléfono y llamé a Frank, quien contestó al primer timbre.

«Manda un equipo de limpieza aquí».

«Jesucristo. Ahora mismo, señor».

Metí el teléfono en el bolsillo y corrí hacia la habitación de Michael. Mi corazón latía fuerte y rápido. El ritmo constante aclaró mis pensamientos y me permitió concentrarme en lo que tenía que hacer a continuación. Saqué mi arma y presioné mi espalda contra la pared. Mientras escuchaba cualquier movimiento dentro de la habitación, puse un silenciador en el cañón. Luego me asomé al interior. Joder, había un hombre allí empujando una almohada sobre la cara de Michael, de espaldas a mí. Exhalé y entré en su línea de visión. Un solo disparo fue todo lo que me permití. Estábamos en un hospital por el amor de Dios.

Le di en la rótula. *Los muertos no cuentan historias*. Se dio la vuelta con una expresión confusa en su rostro. Su mirada se dirigió desde su rodilla hacia mí como si no pudiera entender qué le había sucedido. El shock del dolor desapareció y cojeó hasta el borde de la cama. Lo tenía acorralado. Si quisiera salir de la habitación, tendría que pasar a través de mí.

«¿Sabes quien es?», señalé con la barbilla a Michael, que parecía estar inconsciente.

«Un maldito criminal», escupió el hombre.

«¿Quién te envió?».

El hombre se tambaleó y levantó las manos en el aire. No había perdido tanta sangre como para marearse. Fruncí el ceño y le apunté con mi arma de nuevo mientras él retrocedía hacia la ventana abierta. En el siguiente suspiro, mientras finalmente me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, se aventó. Corrí hacia él, pero ya era demasiado tarde. De ninguna manera podría sobrevivir a una caída de tres pisos. Entrecerré los ojos y lo busqué en el tejado debajo de mí, pero ya no estaba. Saltar por la ventana había sido su estrategia de salida. Este hombre no era un idiota al azar. *Era un profesional.*

Después de asegurarme de que estábamos solos, presioné el botón de llamada a la estación de enfermeras. Sam entró apresuradamente a la habitación, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

«¿Qué demonios?». Frunció el ceño ante la sangre esparcida por el suelo, mientras comprobaba los signos vitales de Michael y le colocaba una máscara de oxígeno sobre la boca.

«Lo sé. Este fue un movimiento muy audaz». Desenrosqué el silenciador y enfundé mi arma.

Sam era uno de los nuestros. En nuestra línea de trabajo, tener un profesional médico con acceso a un hospital, era un activo invaluable. Era el mejor que teníamos, por eso lo habían asignado para cuidar al padre de Caterina.

«¿Se encuentra bien?». Se me apretó el pecho ante la idea de tener que decirle a Caterina que habían matado a su padre. Eso sería culpa mía si ocurría.

«Sí, el viejo es más duro de lo que todos pensamos».

«No dejes que las arrugas de mi cara te engañen, no soy tan fácil de matar». Michael se quitó la máscara y tosió. Elegí no mencionar que, cuando entré, Michael no había intentado defenderse. No se había movido en absoluto. Su mirada se clavó en la mía durante un largo minuto antes de aceptar asintiendo. «Me salvaste la vida. ¿Por qué?».

«Somos familia. Te necesito vivo».

«¿El trono ya te está provocando hemorroides?». Se rió de su propia broma.

Hubo un momento en que su voz de fumador me aterrorizó. Tiempo atrás lo admiraba como a un tío. Pero eso había sido antes de que abdicara, antes de que abandonara La Sociedad para siempre. Michael era un cobarde que no merecía el sacrificio de su hija.

«Lo sabrías, ¿no?». Metí las manos en los bolsillos. «Una vez más, le debes la vida a Caterina». Eso me consiguió la reacción deseada. Sus ojos turbios se llenaron de lágrimas y los apretó con fuerza. Había perdido a su esposa y estaba a punto de perder a su única hija. «Ese imbécil que intentó matarte era un profesional».

«Los pistoleros a sueldo no usan almohadas». Sam volvió a colocar la bolsa de solución salina de Michael y luego examinó las intravenosas que tenía en la mano.

«Lo hacen si intentan ocultar lo que son». Fijé la mirada en Michael. «La pregunta es, ¿ese imbécil está tratando de matar a Michael Alfera por viejos agravios, o simplemente estaba persiguiendo a un miembro de La Sociedad?».

«Lo último». Michael puso una mano en su frente.

El miedo que se registró en sus ojos envió una descarga de adrenalina a través de mí. Si

alguien tenía órdenes de ejecutar a nuestros miembros, eso significaba que todos estábamos en riesgo, que nuestra identidad había sido descubierta. Si quienquiera que fuera este imbécil sabía sobre Michael, sabía sobre Massimo, Enzo… y Caterina.

«Ahora ves que papá tenía razón. La Sociedad está bajo ataque. Alguien sabe que todavía estamos aquí. Y están empeñados en eliminarnos uno a uno».

Los motivos podrían ser cualquier cosa: venganza, dinero, alguien queriendo apoderarse de La Sociedad o simplemente queriendo desaparecernos.

«No pensé que eso fuera posible», gruñó Michael.

«Sam, danos un minuto». Me moví para que Sam saliera de la habitación.

Asintiendo, rápidamente salió y cerró la puerta detrás de él. Anoche había convocado una asamblea extraordinaria de todos los miembros de la Sociedad porque las familias necesitaban una tregua. Necesitábamos unir nuestros recursos y perseguir al hijo de puta que había matado a los Gallo y a papá. Si Michael se hubiera puesto de mi lado, todos se habrían alineado. Necesitaba hacerles entender que la amenaza era real.

«¿Te dijo algo?». Señalé hacia la ventana, una referencia a su posible asesino.

«Lo normal». Él resopló. «Que iba a morir como el cerdo que soy». Miró la pared con los ojos entrecerrados, como si intentara recordar los detalles del asalto. «Tal vez vi una placa dentro de su chaqueta. No sé. Sabes, en todos mis años en la mafia, solo conocí un grupo de personas preocupadas por los cerdos y cómo mueren».

«Policías».

Sacudió su dedo índice hacia mí. «Más específicamente, el FBI».

«¿Tienes pruebas? La placa podría haber sido falsa». Caminé hacia él. Por primera vez desde que murió papá, sentí que estaba progresando en la promesa que le hice.

«Tal vez».

«¿Qué más dijo?».

«Nada más. No buscaba venganza. Puedo decirte eso». Se puso la máscara de oxígeno sobre la boca. Después de algunas respiraciones, continuó. «En mi época tuve que cuidar de muchos padres, madres, hermanas, hermanos. Cada vez, sus familiares venían a buscarme con una pistola temblorosa en la mano y odio en los ojos. Nunca podrían simplemente dispararme. Querían que supiera por qué moriría por sus manos. Me contaban toda una historia triste sobre quiénes eran sus seres queridos, qué significaban para ellos, cómo les robé a alguien a quien querían». Su voz se apagó mientras luchaba por inhalar.

Caminé hacia él y lo ayudé con la máscara. Sus ojos me miraban como si preguntaran, «¿entiendes lo que quiero decir?». Una sonrisa apareció en sus labios como si encontrara divertida la ironía de todo esto. El anciano realmente creía que era difícil de matar. Quizá tenía razón. La verdadera ironía era que Michael había perdido las ganas de vivir y, sin embargo, seguía vivo. Había sobrevivido lo suficiente como para conocer el dolor de perder a alguien que amaba. A pesar de todo su dinero y poder, no había podido salvar a su esposa.

«Te llamó maldito criminal. Si no se trata de venganza, entonces solo queda el deber. ¿El imbécil que intentó matarte es un federal? ¿Un maldito uniformado?». Me reí entre dientes, frotándome la barba de varios días. «Un cerdo».

«Encuentra a mis hijos», suplicó Michael.

Verlo así, derrotado y solo, me revolvió el estómago. Egoístamente había puesto nuestro mundo patas arriba para estar con la madre de Caterina. ¿Y para qué? Nada de lo que había hecho había cambiado. Él y toda su familia estaban nuevamente en el meollo del asunto. Como siempre sucedía, una inocente como Caterina tendría que pagar por los errores de Michael.

«Por favor».

«Ya sé dónde están. Es hora de que vuelvan a casa», dije.

«Sí, ya». El anciano suspiró aliviado. «¿Y Caterina?».

«Gracias a ti. Yo me encargo de ella».

«Sus hermanos no lo tolerarán». Me miró directo a los ojos. «Ella no se merece esto. Ella es buena».

«No depende de ellos. Al igual que ya no depende de ti».

El viejo tenía razón. Caterina era buena. Pero a nuestros enemigos no les importaba quién o qué era ella. Tenían la intención de destruir nuestra forma de vida y ella era una gran parte de esa ecuación. Era mía para protegerla. «Ella estará a salvo conmigo. Una vez confiaste a mi padre las riendas de La Sociedad. Necesito que confíes en mí ahora».

Hace casi treinta años, Michael Alfera se enamoró de una artista. Perdió toda razón y sentido de lealtad. Él era el rey de todo, pero por su esposa Anna, decidió dejar La Sociedad y dejar a papá a cargo. Una decisión que finalmente me puso en mi camino actual. Nunca había querido ser rey. Pero el deber era lo primero. Ya era hora de que Michael recordara eso.

Asintió. «¿Qué necesitas?».

«Llama a la *signora* Vittoria y dile que esto tiene que ocurrir. Si las familias no se alinean, no sobreviviremos a esto que viene por nosotros».

«¿Y a cambio, mantendrás a mi familia a salvo?».

«Tienes mi palabra». Le ofrecí mi mano.

La miró durante varias respiraciones y luego lo aceptó con una débil sacudida. «¿Qué pasa ahora? Tu padre y yo nos hicimos de muchos enemigos en los años ochenta. El FBI nos ha pisado los talones desde siempre. Y claro, tienen tanta burocracia que superar que no pueden llegar hasta nosotros. Eso ha sido nuestra ventaja durante décadas. Pero no cometas el error de subestimarlos. Así no es como uno se mantiene con vida».

«Déjalo en mis manos».

Frank me alcanzó fuera de la habitación de Michael. «Todo está solucionado. Perdimos a Marco». Él frunció los labios. «Esos hijos de puta no pueden seguir haciéndonos esto».

«De acuerdo».

«¿Qué hacemos, jefe?».

«¿Has tenido noticias de Aaron?». Una tira de adrenalina revoloteó en mi estómago. ¿Quién sabía qué tan decidido estaba el imbécil que había intentado matar a Michael? ¿Habría ido tras Caterina tan pronto como saltó por la ventana? No tenía ninguna duda de que había sobrevivido a la caída.

«Aún no. Lo he intentado varias veces. ¿Voy a la casa de la señorita Alfera?».

«No. Yo me encargo. Necesito que sigas la pista de ese imbécil, que veas si alguien ingresa en un hospital o clínica con una pierna rota, un disparo en la rodilla o ambas cosas». Apreté el hombro de Frank. «No se saldrá con la suya. Tienes mi palabra».

«No puede quedarse solo».

«No lo haré». Señalé a dos de mis muchachos. «Están conmigo». Luego me volví hacia Frank. «Necesito a Michael vivo. Trae más hombres aquí. Consigue todo un puto ejército si es necesario».

«Sí, señor».

Salí del hospital con mis hombres detrás de mí. Mi mano descansaba sobre la pistola enfundada dentro de mi chaqueta. Caterina se había quedado en su oficina después de que la dejé. Aaron estaba con ella, pero si no se había comunicado con nosotros era porque algo había

salido mal. Me detuve en la entrada del hospital y esperé a que mis muchachos hicieran sus controles. Cuando asintieron, corrí hacia la camioneta y me subí al asiento trasero.

«Regresaremos a Madison para recoger a Caterina». Saqué mi móvil del bolsillo y llamé a Aaron. Mi pulso se aceleró mientras esperaba timbre tras timbre. Cuando no respondió, pronuncié una serie de malas palabras y luego le dejé un mensaje para advertirle.

«Acelera. No contesta».

Michael me había advertido que no subestimara al FBI. Bueno, hoy, los uniformados habían cometido ese error. Este ataque a Michael, a plena luz del día, mientras todavía estaba en el hospital, era un insulto directo hacia mí. Decía que pensaban que yo daría un paso atrás y dejaría que nos jodieran.

Sin embargo, dos cosas buenas habían surgido de este incidente con los supuestos federales. Primero, tenía una idea de quién tenía en la mira a La Sociedad. Y dos, ya había tomado una decisión sobre mi acuerdo con Caterina.

Antes, había estado dispuesto a ir al ritmo que ella necesitara porque sabía que era demasiado para digerir en una noche, porque sabía que ella estaba preocupada por su padre. Pero ahora que su vida estaba en riesgo y me necesitaba, no podía esperar más. Caterina no abandonaría mi penthouse después de esta noche.

Capítulo 12

Átame, amárrame

REX

Puntos rojos nublaron mi visión cuando mi chofer se pasó el semáforo para adelantarse al tráfico. Los rápidos latidos de mi corazón se habían convertido en un extraño zumbido en mi cabeza, como el bombardeo de mil abejas. No me importaba el dolor en mi pecho. Me daba concentración. Todo lo que podía desear era que este dolor no fuera permanente. Cuando perdí a mamá, entré en un lugar muy oscuro, un estado mental del que nunca pensé que me recuperaría hasta que comencé a estudiar kinbaku.

Mi conductor se abrió paso entre el tráfico en un caos de chirridos de neumáticos y bocinazos. Cuando doblamos la esquina y su edificio apareció a la vista, tragué profundo y me concentré en recuperar el control de mi respiración. Si el FBI perseguía a Caterina esta noche, no tendría más remedio que tomar represalias de una manera que nunca antes habían visto.

La Sociedad había pasado a la clandestinidad poco después de la Gran Depresión. Las familias descubrieron que lidiar en secreto era mucho más eficiente que tener que enfrentarse a los federales en todo momento. De vez en cuando, el FBI estaba a punto de descubrir quiénes éramos y cómo operábamos. Pero todas esas veces, después de dar vueltas y agotar sus recursos, no obtenían más que humo.

En lo que respecta a las lealtades, no confiaba en Michael en lo más mínimo. Cuando dirigía La Sociedad, todo lo que hacía era servirse a sí mismo. Me importaba un carajo si ahora se consideraba reformado, simplemente porque había encontrado el amor y formado una familia. Actuaba como si fuera el primer hombre en ganarse toda esa dicha.

Sin embargo, sería un idiota si no tomaba en serio su advertencia. No tenía pruebas de que los uniformados nos perseguían. En mi mundo, todos eran culpables hasta que se demostrara lo contrario. De ninguna manera esto sucedería bajo mi supervisión. No estaba dispuesto a dejar que los cerdos nos mataran a todos uno por uno.

«Manten el auto en marcha». Toqué a mi conductor en el hombro y luego me volví hacia mi otro chico. «Revisa el perímetro».

Me atreví a dirigirme a la entrada principal. Por algún milagro, las puertas de la cabina del ascensor se abrieron tan pronto como llegué. Subí y presioné el botón de llamada del piso de Caterina. Por segunda vez hoy, desenfundé mi arma, pero la mantuve escondida dentro de mi chaqueta por si me encontraba con alguno de los vecinos de Caterina. A los civiles les gustaba llamar a la policía cuando estaban asustados. Si hubiera pensado que la policía podría encargarse de este asunto por nosotros, los habría llamado yo mismo.

Después de lo que pareció una eternidad de la música de vestíbulo de hotel en el elevador, este se detuvo. Inspiré y, en el siguiente suspiro, salí y en silencio me dirigí a la puerta de

Caterina. Su voz furiosa se filtraba a través de las paredes en un remolino de muebles derribados y gemidos ahogados. No me di tiempo para hablar con mi chico. Caterina estaba en peligro. Tenía que salvarla.

Desenfundé mi arma y entré. La temperatura de mi cuerpo pasó de fría a caliente mientras caminaba hacia Caterina que sostenía un cuchillo en la garganta de Aaron.

«¿Qué diablos está pasando?». Cerré la puerta de golpe. La estantería tembló y yo hice una mueca. Hasta aquí lo de mantener a sus vecinos fuera de esto.

«¿Me estás tomando el pelo?». Ella me lanzó una mirada que en realidad me hizo retroceder. «Hay un maldito extraño en mi casa. Un tipo que tú...», agitó el cuchillo en mi dirección, lo que le dio a Aaron la oportunidad de alejarse de ella, «enviaste para espiarme. ¿Soy yo quien debería preguntar qué diablos está pasando en esa cabeza tonta tuya?».

Inspiré y contuve la respiración hasta que mi cerebro procesó el hecho de que Caterina estaba a salvo. Encabronada como todos, pero viva y coleando. Con toda la paciencia que pude reunir, porque sabía que este malentendido no había sido culpa suya, enfundé mi arma y desvié la mirada hacia Aaron. «Llamamos y no respondiste. Conoces las reglas».

Sus mejillas y orejas se pusieron rojas. Si estaba enojado o avergonzado, no lo sabría. Sería ambas cosas si una mujer como Caterina me hubiera vencido de la manera en como lo había hecho con él. Había sido entrenado para manejar cualquier tipo de situación. «Arrojó mi teléfono por la ventana».

«¿Por qué?», me pellizqué la nariz.

«Lo quería fuera de mi apartamento». Apoyó las manos en las caderas y mi mano ansiaba contar con un trozo de cuerda.

«Recibí el mensaje sobre el equipo de limpieza. Pensé que sería más seguro si mantenía mis ojos en ella».

«¿Mientras me vestía?».

«No iba a mirar». Los ojos de Aaron se abrieron de par en par por el pánico. Sabía lo que Caterina significaba para mí. Sabía cuál sería el castigo si siquiera la tocaba.

Levanté la mano para que se detuviera. «Entiendo. ¿Despejaste el apartamento?».

«Sí, señor».

«Hiciste lo correcto. Ve a buscar tu maldito teléfono». Hice un gesto hacia la puerta. Cuando se cerró detrás de él, volví mi atención a Caterina. Tenía las mejillas sonrojadas mientras estaba lista con un gran cuchillo en la mano. Con las manos en alto en señal de rendición, caminé hacia ella. «Entiendo que no confías en mí, pero hoy te pusiste en peligro con tus travesuras».

«Entiendo que creas que eres mi dueño debido a la deuda de mi padre, pero no es así. Y no puedes enviar tipos al azar para que irrumpan en mi casa. Ahora que lo pienso, tampoco tú puedes hacerlo». Levantó el brazo como si apuntara a mi cara, en lugar de a mis entrañas.

«Jesús, joder. No tenemos tiempo para esto». Los bombardeos en mi cabeza regresaron y todo lo que podía pensar era en llevarla a un lugar seguro. Cerré el espacio entre nosotros, agarré su muñeca y la apreté hasta que la soltó con un gemido. «Tu vida está en peligro. Tenemos que irnos».

«Sal de mi casa. Olvídate de nuestra cena». Ella empujó mi pecho. «Crees que todo el mundo te persigue».

«Eso es porque así es». Me incliné, envolví mi brazo alrededor de la parte posterior de sus piernas y la levanté sobre mi hombro.

«¿Has perdido la cabeza?». Ella apretó mi chaqueta del traje. Cuando se dio cuenta de que tenía acceso a mi arma, su cuerpo se retorció mientras sus manos recorrían mi espalda.

Si no estuviera intentando dispararme, habría disfrutado de su toque. «Ni siquiera lo pienses». Me atreví a avanzar hacia los ascensores. La pantalla digital en el panel lateral mostraba que estaba dos pisos más abajo.

«Entonces, bájame». Ella quedó inerte sobre mi hombro y luego comenzó a gritar y patear. «¡Ayuda!».

La dejé en el suelo y le tapé la boca con la mano. Mi teléfono vibró con un mensaje, y solo porque esta noche todo había salido mal, supe que no eran buenas noticias. «Necesito ocuparme de eso», le susurré al oído. «Si vuelves a correr o gritar, nuestro trato se cancela».

Ella se puso rígida en mis brazos y luego asintió. Tan pronto como lo hizo, saqué mi teléfono de mi bolsillo. «Hijo de puta».

«¿Estás teniendo un mal día?», ella sonrió.

«No, cariño. Tú estás teniendo un mal día. Yo, estoy tratando de ayudarte». La agarré del brazo, posiblemente un poco más fuerte de lo necesario, y me dirigí hacia las escaleras. Aaron había encontrado a uno de mis muchachos noqueado en el patio detrás de su edificio. Eso solo podría significar una cosa. Los federales también habían venido a buscarla. Mientras corríamos al nivel del garaje, llamé a Aaron. «¿Dónde estás?».

«Patio. Los dos hombres entraron. Es seguro salir».

«Entiendo. Nos encontraremos allí». Colgué y me volví hacia Caterina, quien finalmente se dio cuenta de que esto no era un juego. «¿Cuál es la mejor manera de llegar a la entrada trasera?».

«A través del garaje. Hay una puerta de acceso en el otro extremo».

«Vamos». Me moví para que ella liderara.

El terror en sus ojos me indicaba que tenía un millón de preguntas rondando por su mente. Pero sabía que ahora lo que necesitaba era ponerse a salvo y recibir respuestas más tarde. Aceleró el paso, agarrándose a la barandilla para mantener el equilibrio hasta llegar al piso inferior. Jadeando en busca de aire, empujó la puerta y señaló hacia el otro extremo.

Asentí y tomé la iniciativa a partir de ahí. Protegiéndola con mi cuerpo, avanzamos cubriéndola con mi espalda. Llegamos a un callejón que olía a basura y tenía algunos autos estacionados a un lado. Eso era algo bueno porque significaba que Aaron tenía una manera de llegar hasta nosotros.

En el siguiente instante, mi SUV dobló la esquina con las ruedas chirriando. Quién sabría si Caterina alguna vez había tenido algún tipo de entrenamiento, pero incluso ahora, que sabía que estaba en peligro, mantuvo la calma y, para mi satisfacción, obedeció mis órdenes.

«Entra». Abrí la puerta cuando el auto se detuvo bruscamente frente a nosotros. Ella hizo lo que le pedí e incluso me hizo espacio en el asiento trasero. «Vamos». Toqué el hombro de Aaron. «¿Donde están los otros?».

«Los metí en un taxi. Están de camino al Crucible».

«Bien». Me recosté y solté un suspiro antes de alcanzar la mano fría de Caterina. «¿Estás bien?».

«Sí». Ella se alejó de mí como si mi toque la repugnara.

Me tragué el insulto y me concentré en lo que teníamos que hacer. Nos ocuparíamos de nuestro contrato más tarde. Avanzamos en silencio el resto del camino. Relajé mis músculos tensos tan pronto como cruzamos la entrada a mi garaje privado. Lo habíamos logrado. Caterina estaba a salvo. Mientras ella permaneciera aquí, estaría bien, tal como lo había prometido.

Para esta noche, esperaba un tipo diferente de cena para nosotros, más como una cita y menos como un acuerdo. Pero nuestro encontronazo con posiblemente el FBI, había arruinado

mis planes. Ella no podría ponerse su vestido. Apreté mis manos en puños. ¿Por qué cuando se trataba de Caterina, nada salía como yo quería? Todo lo que tocaba tenía la capacidad de salirse de mi control.

«¿A dónde vamos?». Finalmente habló cuando entramos en la cabina del ascensor.

«Hoy no pudimos terminar nuestra conversación».

Cuando las puertas se abrieron, la acompañé por el pasillo carmín. El olor del edificio antiguo me calmó y me ayudó a encontrar mi centro nuevamente. A mi lado, Caterina se movía inquieta mientras caminábamos hacia la sala de juntas. Bien, ella recordaba esta habitación. La última vez que había estado aquí, se ofreció a mí. Tragué y saqué de mi mente las imágenes eróticas de ella.

«¿Qué quieres de mí?». Se dirigió a su silla junto a la mesa, como si el mueble pudiera salvarla de mí.

La rodeé y ocupé mi asiento. Apoyando mis manos en la nueva carpeta manila, me incliné hacia ella y sonreí. Ella finalmente estaba aquí. «Aquí hay una copia revisada del contrato».

«Espera. ¿Qué?». Ella frunció el ceño en señal de desaprobación o confusión. ¿Quién diablos lo sabría? «Nos sacó de mi apartamento alguien que posiblemente quería hacerme daño. ¿Y en lo único que puedes pensar es en firmar tu estúpido contrato?».

«Quería darte más tiempo. Pero eso no va a suceder ahora. Esta parte de nuestro acuerdo debe realizarse ya».

«¿Por qué?».

«Porque no saldrás de aquí esta noche. Y no por mucho tiempo».

«¿Qué?».

«Te quedarás aquí. Y no creo que pueda soportar dormir en la habitación de al lado hasta que acordemos nuestros términos».

«Estás loco».

«El hecho sigue en pie». Empujé los papeles hacia ella. «Necesito que firmes».

Hojeó las páginas. Cada vez que se detenía en una página en particular, fruncía los labios y sacudía la cabeza. Me recliné y crucé el tobillo sobre la pierna. Después de mucho tiempo, cerró la carpeta y me miró. «Literalmente solo cambiaste dos cosas».

«Concedí mucho en muchas cosas».

Ella negó con la cabeza y mi corazón se aceleró. ¿Iba a decir que no?

«¿Qué pasó hoy? ¿Quién iba detrás de mí?».

«No es necesario que te preocupes por eso».

Ella puso los ojos en blanco. «Puedo cuidarme yo misma. No soy tu frágil mascota». Señaló hacia el contrato. «Dímelo. No firmaré hasta que me lo digas».

«Yo me estoy encargando de eso».

Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Jesús. La seguí y cerré la puerta de golpe antes de que ella cruzara el umbral.

«Este es un lugar conocido». Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos. «Tal vez te gustaría hacer un tipo diferente de trato».

Mi polla seguro que quería hacerlo. Apoyé mis manos a cada lado de su cabeza, presionando con fuerza contra la puerta para fortalecerme. Ella era una gran distracción.

«¿Que paso hoy? Y no mientas».

«No miento». Di un paso atrás. «Hoy, alguien intentó matar a Michael. Llegué justo a tiempo y le disparé al agresor en la rodilla. Escapó».

«¿Cómo está papá?».

«Él está bien. Es más duro de lo que piensas». Solté un suspiro. Contarle sobre el incidente me hizo sentir más ligero. «Llamé a mi guardaespaldas personal para que enviara un equipo de limpieza al hospital. Aaron vio la solicitud y, afortunadamente, pensó en permanecer más cerca de ti para protegerte hasta que yo llegara allí. Hizo lo correcto».

Ella me miró con una expresión en blanco. «Tiré su teléfono por la ventana y le dije que fuera a buscarlo». Golpeó la puerta con la cabeza y luego su cuerpo se sacudió. «Necesito ver a papá».

«No hasta que resolvamos esto».

«No puedes retenerme aquí». Ella se puso de pie, enfrentándome.

«Te dije la verdad». Extendí mi brazo hacia la mesa. «¿O mentiste acerca de firmar después de que te contara lo que pasó?».

«Esto es ridículo». Ella prácticamente se plantó rudamente en su silla. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando cogió el bolígrafo que le había dejado allí y firmó.

La adrenalina caliente me recorrió. De repente, el aire se sintió más ligero y tenía un sabor más dulce. Finalmente la tenía aquí. Después de dos años, Caterina aceptaba venir a verme. Ella había aceptado ser mía. Sí, el mundo se estaba desmoronando fuera de estos muros. Pero al menos ahora nos teníamos el uno al otro.

«¿Por qué querrías que tu enemigo viviera bajo tu techo?». Observó la biblioteca al otro lado de la habitación. «Átame. Amárrame. Pero, nada cambiará entre nosotros».

«Nunca fuimos enemigos, amor».

«Sí lo somos». Ella se puso de pie. «Estás a punto de descubrir cuánto. Porque en ninguna parte de ese estúpido contrato dice que tengo que ser amable contigo».

Me froté la barba de varios días en la mejilla. «Hoy fue un día largo y jodido. Terminemos bien. Mi asistente te ayudará a prepararte».

Capítulo 13

Si tú quieres, podemos hacer que sea real

CATERINA

Ya había firmado el contrato. A partir de ahora, y durante los próximos seis meses, me convertía en el juguete de Rex. Había aceptado reducir el tiempo de nuestro acuerdo, pero no accedió a dejarme regresar a la oficina. No es que importara si se estaba preparando para comprar la empresa y venderla por piezas. Al menos ahora podía hablar con papá y decirle que se había librado de Rex. El estrés de su deuda literalmente lo estaba matando.

«Quiero ver a papá».

«¿Entiendes lo que está pasando?».

«Por supuesto. No soy idiota. De alguna manera, La Sociedad está bajo ataque. Y aunque papá y yo no tenemos nada que ver con eso, de todos modos, estamos siendo atacados».

Se acercó más a mí y me crucé de brazos. Esta noche, su olor tenía un toque añadido de peligro y sudor. Y maldita sea si eso no era embriagador y distraía. Conteniendo la respiración, me alejé, pero todo lo que él tuvo que hacer fue extender la mano para traerme de regreso a su espacio. ¿Cómo iba a sobrevivir seis meses con él tan cerca?

«Eso es correcto. Excepto por una cosa». Apartó un mechón de pelo de mi mejilla. «Tienes todo que ver con La Sociedad».

Lo miré, esperando que pudiera ver cuánto lo despreciaba. «Todo se debe a ti. Todo esto es obra tuya».

«Si necesitas fingir que Michael no tuvo nada que ver con tu situación actual, está bien. Te dejaré creerlo». Su sexy barba hizo un ruido áspero cuando se frotó la mandíbula con los dedos. «¿Tienes hambre?».

«No».

Él puso los ojos en blanco. «Me acompañarás a cenar más tarde».

«No lo creo. Las comidas no estaban en el acuerdo».

Una pequeña victoria. Si pudiera llamarla así. Pero algo en su exasperante sonrisa me provocaba querer lastimarlo con mezquindad. Agarró su teléfono de la mesa y lo tocó. «¿Qué te parece esto dentro de los puntos que no están en el contrato?». Me mostró la pantalla. Cuando apareció el enfermero Sam, traté de coger el dispositivo, pero él lo sostuvo con el brazo extendido. «Tu tiempo conmigo puede ser tan difícil o placentero como tú lo quieras. Solo recuerda eso».

«¿Por qué odias tanto a papá? Sé que estás haciendo esto para lastimarlo». Señalé con la barbilla el estúpido contrato.

«No lo odio». Sus ojos se suavizaron. «Ya no».

«Señorita Alfera. ¿Cómo está?», Sam me saludó desde la pantalla y me salvó de otra

discusión con Rex.

«¿Cómo está él?». Me acerqué. A Rex en realidad, ya que todavía sostenía el teléfono.

«Mucho mejor. ¿Quiere hablar con él?».

Asentí con lágrimas en los ojos. «Sí, por favor».

«Bells, ¿estás bien?». Papá tocó el dispositivo con una mano. Me lo imaginé acariciando mi mejilla para calmarme. No parecía alguien que casi hubiera sido asesinado. «Sam dice que la cirugía salió bien. Pero todavía me queda un largo camino por recorrer antes de volver a la normalidad».

«Eso es genial, papá». Le sonreí, secándome la cara.

«Bells, no te preocupes por mí. Estoy bien atendido aquí».

Abrí la boca para recordarle que alguien había logrado colarse en su habitación hoy, pero en lugar de eso, miré a Rex y le pregunté en murmullos, ¿está a salvo? ¿Cómo sabemos que no se repetirá el incidente de hoy?

«Está en una clínica privada cercana. Sam y doce de mis hombres de mayor confianza están con él».

«Gracias», murmuré. Tener a papá entre nosotros añadía una capa de incomodidad a nuestro acuerdo ya poco ortodoxo. Por el bien de papá, sentí que necesitaba ser amable con Rex.

«Por favor, recuérdale a Rex la promesa que me hizo. Te veré pronto. ¿De acuerdo?».

«¿Qué prometiste?», le pregunté, pero papá ya se había ido. Cambié mi mirada hacia la de Rex. «¿Qué prometiste? Y no me digas que no quieres preocupar mi cabecita con detalles. Si tiene algo que ver con papá, necesito saberlo».

«Bien». Me hizo una señal para que me sentara y luego se sentó en su silla de respaldo alto.

Encajaba muy bien sentado en su trono en esta sala del viejo mundo. Cuando volvió a dudar, me preparé para lo peor. «Puedo soportarlo. Lo que sea».

«Michael está seguro de que quienquiera que vaya tras él, irá también por su familia». Inhaló. «Creo que todos podemos estar de acuerdo en que tiene razón en eso, dado lo que pasó en tu casa. Quiere que encuentre a tus hermanos».

Le sonreí. Enzo y Massimo se habían ido hacía dos años, desde que mamá había fallecido. «No pierdas el tiempo», le dije mientras tomaba asiento. «Traté de llamarlos cuando papá tuvo el ataque al corazón. No recibí respuesta. No les importa».

«Haré que les importe». Él tomó mi mano.

Su suave caricia desenredó algo dentro de mí. Supuse que, si alguien podía traer a mis hermanos de regreso a Nueva York, sería el todopoderoso Rex. «¿Por qué harías eso?».

«Hice una promesa». Sonrió ante nuestros dedos entrelazados. «Necesitaré una cosa a cambio».

Me aparté de él, pero él apretó con más fuerza. Ya tenía un contrato firmado que me convertía en su juguete durante medio año. ¿Qué más podría querer? ¿Sexo? Había dicho que no pagaba por tener sexo, pero técnicamente encontrar a mis hermanos era más bien un favor. Apreté mis piernas, odiando mi cuerpo por la forma en que respondía, la forma en que se derretía cada vez que Rex estaba cerca. ¿No entendía que Rex era malo para nuestra salud?

Se rió entre dientes, devolviéndome a la realidad antes de que mi imaginación mostrara más imágenes de la última vez que Rex me besó. «Sé lo que estás pensando. Pero no es eso». Tiró del dobladillo de mi camiseta y mis pezones se animaron. «Quiero tu ayuda».

«¿Qué?», fruncí el ceño. «¿Qué podría hacer por ti?».

«Parece que después del ataque de hoy, tú y yo tenemos un objetivo común». Lanzó una mirada hacia el techo como si buscara las palabras adecuadas. «Incluso si Michael hizo un trato

con el diablo para abandonar La Sociedad, tú sigues siendo parte de ella. Tus hermanos también. Porque quienquiera que esté detrás de nosotros no recibió la nota de que su familia salió bajo fianza».

«¿Qué quieres de mí?».

«Únete a mí. En público. Muéstrales a las otras familias que los Alfera han acordado hacer una tregua conmigo. Necesito que trabajemos juntos. No puedo estar cuidándome las espaldas mientras lucho contra el FBI».

«¿El FBI intentó matar a papá?». Puse una mano sobre mi boca. Se suponía que eran los buenos. ¿Cómo podían intentar asesinar a un anciano que acababa de ser operado?

«A estas alturas todo es especulación. Pero debemos operar bajo ese supuesto hasta que demostremos lo contrario. Te necesito». Me apretó los dedos.

Por primera vez desde que conocí a Rex, él pedía en lugar de exigir. El simple gesto me calentó hasta lo más profundo. Pero más allá de eso, tenía razón. Ya fuéramos parte de esta familia mafiosa o no, mi familia estaba involucrada en esta nueva guerra contra el FBI. Si quería que sobreviviéramos, tenía que aceptar la petición de Rex de una tregua.

«Está bien. Haré lo que quieras».

Se reclinó en su silla y dejó escapar un suspiro. «Hoy vienen algunos invitados. Todo lo que tienes que hacer es aparecer conmigo».

«¿Hablas en serio? ¿Alguna vez duermes?». Miré la hora en el reloj de pie detrás de mí. «Ya es bien entrada la noche».

«¿Creías que los mafiosos mantenían el horario de oficina?».

«No sé qué pensé». Me puse de pie. «¿Es esto lo que debo esperar? ¿Un encuentro con el FBI por la mañana y luego fiestas sexuales por la noche?».

Apretó los puños y se puso de pie. La mirada en sus ojos decía que estaba más decidido que enojado. «Hay alguien que quiero que conozcas. Quiero que nos vea juntos».

«Pensé que habías dicho que no mentías». Apoyé mis manos en mis caderas solo porque sabía que eso le molestaba. «Sabes que para alguien que no miente, seguro que pasas mucho tiempo manipulando la verdad. Lo cual deberías saber que eso es lo mismo que mentir».

En dos zancadas, cerró el espacio entre nosotros y envolvió su brazo alrededor de mi cintura. Mi cuerpo más o menos se estrelló contra su duro pecho. «Rex». Jadeé y empujé ligeramente sus hombros.

«Si tú quieres, podemos hacer que sea real». Pasó por mis labios, luego se acercó a mi mejilla y continuó. «Cada vez que dices mi nombre, mi resolución se va por la ventana».

Sus manos se detuvieron en mi espalda baja durante varios segundos como si estuviera tratando de decidir si quería llevarme a la mesa como había dicho antes o no. O tal vez estaba esperando que yo diera el primer paso. Mientras tanto, a mi clítoris palpitante ya se le habían ocurrido un montón de malas ideas, como ¿qué pasaría si me movía un centímetro y dejaba que me besara de nuevo? Inspiré y él dejó caer las manos tan rápido que pensé que tal vez alguien había entrado. Pero cuando lo comprobé, todavía seguíamos solos.

«Sostenerte de mi brazo podría funcionar». Bajó su mirada hacia mi centro por una fracción de segundo antes de agregar, «Tendrás que cambiarte de ropa».

«No traje nada qué ponerme».

Él sonrió. Un gesto genuino que hacía que la temperatura en la habitación subiera varios grados. «Encontrarás lo que necesitas en tu habitación. Yo te acompañaré». Caminó hacia la puerta y la abrió.

Afuera, en el vestíbulo, dejó escapar un suspiro mientras inspeccionaba el final del pasillo

como si considerara algo. Ya había estado en esta parte del edificio varias veces. Sabía que el ascensor que conducía a su penthouse estaba justo enfrente.

«Creo que será una buena idea que conozcas dónde están los pasadizos secretos. Hay una puerta por ahí». Señaló el rincón más alejado del vestíbulo. «Las escaleras te llevarán al penthouse».

«Está bien».

«Vayamos por allí ahora».

Empujó el panel de madera y se abrió una puerta delgada. La escalera subía y bajaba. Sabía que estaba dos pisos más arriba, así que me dirigí en esa dirección. Los escalones de cemento y las barandillas de acero contrastaban marcadamente con la habitación que habíamos dejado atrás, con su papel tapiz de seda, su enorme chimenea y sus muebles de aspecto antiguo. Esta sección del edificio estaba pensada como una ruta de escape, no para impresionar a los invitados.

Cuando llegamos al piso de Rex, marcó un número en el teclado de seguridad y luego abrió la puerta. Al otro lado de la pared, estábamos en un pequeño vestíbulo con un reluciente candelabro colgando del techo. Aquí volvíamos a los tiempos modernos con una decoración fresca y elegante, con paredes beige y suelos de mármol brillante. Lo seguí hasta las enormes puertas dobles de la izquierda.

Esta tenía que ser la entrada principal a su penthouse. «¿Tendré una llave?».

«No», no agregó nada más y abrió la puerta.

El ascensor que habíamos usado ayer estaba a mi derecha, frente a la gran escalera que conducía a los dormitorios superiores. Mi ritmo cardíaco se aceleró cuando me di cuenta de que la combinación de colores gris y beige de su sala de estar, la chimenea de mármol y la vista de la ciudad me resultaban familiares.

«Te quedarás en la misma habitación que antes». Avanzó hacia los escalones. «Debería estar desbloqueado». Se mantuvo cerca de mí mientras subíamos las escaleras y recorríamos el amplio pasillo adornado con espejos altos y arreglos florales frescos. «Estaré justo a tu lado. Dejaré pasar media hora y llamaré a la puerta».

Me quedé allí y lo vi entrar a su propia suite. Al menos no esperaba que compartiera cama con él. Eso habría sido espeluznante. Y agonizante para mí. Sacudiendo la cabeza para aclarar mis pensamientos sucios sobre Rex durmiendo a mi lado, entré al dormitorio. Todo estaba exactamente igual que antes, con la cama a un lado y la zona de estar al otro. La decoración del sofá y la ropa de cama era elegante, en tonos cremas y grises.

Mientras me dirigía al baño, casi esperaba que la asistente de Rex saliera. Ella no lo hizo y yo estaba agradecida por ello. No necesitaba testigos esta noche para verme convertirme oficialmente en la muñeca mafiosa de Rex. Ni siquiera se había inmutado ni había mostrado un mínimo de arrepentimiento cuando dijo que solo quería que me colgara de su brazo.

Como la noche anterior, me duché rápidamente y me puse una bata de baño mullida. Esta noche no había escapatoria para mí. Se me ocurrió que probablemente esa era la razón por la que Mary Anne no había estado aquí. Rex sabía que esta vez no iba a huir de él.

Me recogí el cabello en una trenza francesa suelta y usé los artículos y el maquillaje en el tocador, antes de dirigirme a la habitación contigua para elegir algo que ponerme. Como mi traje del trabajo no era lo suficientemente bueno para Rex y sus invitados, tuve que asumir que me quería con un vestido de coctel. Entré en el vestidor y me quedé inmóvil, mirando la única prenda que colgaba allí, un vestido con corsé de color óxido.

La blusa transparente se ajustaba ceñida a la cintura, mientras que la falda era plumosa y fluida con una abertura que llegaba hasta mi entrepierna. Afortunadamente, el conjunto venía con

ropa interior a juego. Era sexy. Tenía que darle eso. Respiré profundamente y me puse el vestido, el Jimmy Choos a juego y la pulsera de diamantes. Básicamente, los únicos artículos que se encontraban en el armario.

Veintinueve minutos y cincuenta segundos después, Rex llamó a mi puerta. Caminando por la habitación, jugueteé con mi atractivo, sabiendo que estaba siendo mezquina al hacerlo esperar. Era su propia fiesta. Podía llegar tarde si quisiera. Volvió a llamarme. Más fuerte esta vez.

«Caterina». Me llamó y yo me mantuve firme. «Carajo, Caterina. Si ella se va, te juro…».

Una serie de blasfemias en italiano resonaron en el pasillo. No hablaba el idioma, pero conocía algunas de esas palabras. Golpeó la puerta con la mano una vez más justo antes de irrumpir con una mirada salvaje en los ojos. Cuando me vio parada en medio de la habitación, se detuvo en seco y se pasó una mano por su cabello perfectamente peinado. Al hombre no se le debía permitir usar esmoquin. No era justo cómo hacía que sus ojos azules parecieran aún más azules, más profundos e intensos.

«Estoy lista». Señalé el vestido de repente lamentando mi mezquindad. «Esto fue todo lo que encontré allí».

Lentamente, se acercó a mí y acunó mi cuello. «Hermosa».

Los dedos de mis pies se curvaron cuando su cálido aliento revoloteó en mi cara y profundamente en mi escote. El mundo de Rex era desconocido y estaba plagado de peligros y misterios. Todo acerca de este lugar me hacía querer salir corriendo y nunca mirar atrás. Pero su toque me hizo sentir que podía hacer esto. Me sentía segura aquí con él.

Vislumbré mi reflejo en el espejo de tamaño completo junto a la puerta del baño. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir seis meses así? Más importante aún, ¿cómo se suponía que iba a ayudar a papá y a mis hermanos y al mismo tiempo mantener mi cordura y mi sentido de identidad? Porque una cosa era segura, cuando Rex pidió mi rendición total, no solo se refería a mi cuerpo y mi mente. Por la forma en que su mirada recorrió cada centímetro de mí ahora, supe que también pretendía reclamar inequívocamente mi corazón y mi alma.

Capítulo 14

Bunny, Bun, Hun

CATERINA

Rex me acompañó a su ascensor privado. Mientras bajábamos al nivel del Crucible, me preparé para ver otra ronda del club sexual de Rex. Pero cuando la puerta se abrió, estábamos en otro piso. La habitación estilo almacén tenía ventanales que ofrecían una vista fantástica de la ciudad. No es que ninguno de los clientes lo notara mientras mantenían la mirada pegada a sus cartas. Éste tenía que ser el lugar donde papá había perdido millones de dólares jugando.

La música sonaba de fondo, pero no demasiado alta como para que fuera imposible mantener una conversación. No es que Rex tuviera nada que decirme después de encontrarme en mi suite. Durante todo el camino hasta aquí, mantuvo su mano firmemente en mi cintura, como si tuviera miedo de que me fuera si no lo hacía. Me guió expertamente a través de las mesas de juego y las áreas para sentarse hasta que llegamos a la barra, que cubría toda la longitud de la sala.

«¿Ya está aquí?». Sus largos dedos tamborilearon sobre el mostrador mientras esperaba impacientemente que el barman se diera vuelta y respondiera. Se había separado un poco de mí, pero su brazo permanecía firmemente alrededor de mí.

«Sí, señor. Llegó aquí hace un minuto».

«Bien». Rex volvió su atención a mí. Su mirada bajó a mi escote y luego a mis labios antes de presionar su boca contra mi sien. «Realmente te ves impresionante con ese vestido».

«Rex». Coloqué mi brazo entre nosotros. Su proximidad y su tono suave eran muy excitantes. ¿Por qué?

Él gimió y me acercó aún más a él. «No digas mi nombre a menos que lo digas en serio».

«¿Cómo se supone que debo llamarte?», respondí. «¿Mi señor?».

«Eso suena muy bien viniendo de tus labios». Deslizó su pulgar por mi mejilla.

Una chispa de calor se desprendió debajo de mi ombligo. ¿Era él fingiendo que estábamos juntos? ¿O era solo otro juego suyo para torturarme? A mi cuerpo no le importaba de ninguna manera. Real o no, me fundí con él y me perdí en el brillo de sus ojos. El hombre se veía exasperantemente sexy.

Su mano se deslizó hacia abajo para cubrir mi cuello. «Tengo muchas ganas de que llegue nuestra primera sesión esta noche».

¿Qué? La habitación se balanceó un par de veces mientras las palabras se registraban completamente en mi mente. Se refería a una sesión de bondage. Tenía la intención de hacerme todas esas cosas de las fotos en unas cuantas horas. De repente, no podía respirar al imaginarme como en esas fotos. Apretadamente atada con los brazos a la espalda, suspendida a varios metros del suelo. Mi cuerpo dando vueltas y vueltas en una habitación oscura.

«Shh». Rex acunó mi cara mientras ocultaba mi boca floja. «No tengas miedo».

«Entonces, los rumores son ciertos». Una mujer con voz profunda de fumadora apareció en mi visión periférica. «Caterina Alfera ha vuelto a casa».

La mujer de mediana edad se ajustó el chal de visón sobre sus orgullosos hombros mientras me estudiaba con curiosidad. Llevaba un vestido negro de lentejuelas hasta el suelo que la hacía parecer de tres metros de altura. Su cabello gris estaba recogido en un moño. Se posaba sobre su cabeza como una especie de corona. Todo en ella, su presencia, su energía e incluso la forma en que sostenía sus manos gritaban poder y dinero de abolengo.

Una sonrisa malvada apareció en los labios de Rex antes de girarse para mirarla. «*Signora* Vittoria. Me alegra que haya podido venir». Él me miró. «No creo que te hayan presentado adecuadamente».

«Caterina. Esta es Vittoria Salvatore». Él le ofreció un breve asentimiento. «Ella representa a la familia Salvatore».

La mujer era un 'Don'.

«*È un piacere conoscerti, dolce bambina*». Ella tomó mi mano entre las suyas mientras su mirada se clavaba en la mía, como si intentara mirar dentro de mi alma o tal vez beber de ella.

Vittoria me asustaba muchísimo.

«Es un placer para mí, también», respondí en mi idioma.

Aunque entendí algunas palabras, en realidad no hablaba italiano. Papá hablaba con fluidez, pero nunca hablaba el idioma en la casa. Supuse que esa era su forma de dejar ir este mundo mafioso, de demostrarle a mamá que realmente estaba fuera. Sin embargo, ahora que había conocido a Rex y a Vittoria, podía ver que todo lo que papá y mamá pensaban que tenían fuera de La Sociedad era solo una ilusión.

«Nunca pensé que vería este día. Estoy feliz de que se demuestre que estoy equivocada». Apretó el brazo de Rex y sonrió. Un gesto que tenía un toque de calidez. Por supuesto, la señora mayor tenía debilidad por Rex. «Mi sobrina quedará devastada».

«Lo cual me recuerda. Anoche se fue con tanta prisa que no pudimos terminar nuestra conversación». Rex avanzó hacia la gran escalera detrás de ella.

El piso del nivel superior ofrecía una vista de todo el piso. Pero lo más importante es que era privado, solo para gente muy importante. Intenté mantener la calma, pero esto era demasiado para mí. Rex quería mi ayuda. Pero si quería que hablara con Vittoria o la convenciera de algo, se había equivocado de chica.

«Creo que tienes razón». Ella me sonrió.

Rex puso su mano en la barra y eso fue todo lo que el barman necesitó para atendernos. «Caterina tomará una copa de rosado. Envía una botella de Macallan arriba».

Cuando me miró, quitó su brazo de mi cintura. Perder su apoyo me hizo sentir perdida y fría.

«Esperaba dejarte en buena compañía». Examinó la habitación y frunció los labios. «Lo lamento». Rozó mi mejilla con sus labios. «Quédate aquí. Te vendré a buscar cuando termine con Vittoria».

¿Termine? Algo se retorció en mis entrañas. Le fruncí el ceño confundida. No, no estaba celosa, por supuesto que no. Pero si se suponía que él estaría aquí conmigo, tenía curiosidad por saber qué tipo de negocios tenía que 'terminar' con Vittoria y una botella de whisky caro en la sala VIP.

«Toma todo el tiempo que necesites». Tomé el vino que el barman puso frente a mí y tomé un largo trago.

«Me gusta esa mirada que tienes». Me dedicó una sonrisa de complicidad mientras llevaba mis dedos a sus labios húmedos.

«Engreído».

Fuera lo que fuese lo que pensaba que estaba pasando, estaba completamente equivocado. Lo observé mientras acompañaba a Vittoria a la sala vacía y con poca luz. Me giré para mirar hacia la barra y bebí un poco más, mirando mi reflejo en la pared del espejo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y tragué. Este lugar no era para mí. Este no era mi mundo. Yo pertenecía allí donde vivía la gente real. Este retorcido y oscuro mundo de cuento de hadas era más de lo que podía soportar. No es de extrañar que mamá estuviera ansiosa por salir, de por qué había hecho todo lo que había podido para asegurarse de que nunca necesitáramos un favor de la mafia.

«Ahí estás».

Miré hacia arriba y vi una cara en el espejo justo encima de mi hombro. Me parecía familiar, pero no podía ubicar su rostro. «Hola, soy Violet». Se dejó caer en el taburete junto al mío. «¿Eres Caterina?».

Mierda. La antigua sumisa de Rex. La chica de la calificación de las cinco estrellas. La que me escribió una carta de dos páginas sobre lo genial que era Rex siendo tan excelente.

«Rex me pidió que hablara contigo». Ella me sonrió.

Moví mi cuerpo para ver mejor la sección VIP. Rex apareció en lo alto de las escaleras con su teléfono pegado a su oreja. De inmediato, el teléfono de Violet sonó en su bolso. Sus mejillas se sonrojaron mientras sacaba su móvil y miraba a Rex.

«Oye», ella asintió y se volvió hacia mí para entregarme el teléfono. «Quiere hablar contigo».

Mierda. Dejé que Rex me trajera aquí y ni siquiera pensé en pedirle mi teléfono. Ahora que lo pienso, ni siquiera había traído mi bolso. «Dejé mis cosas en mi apartamento». Hablé por el altavoz.

«Lo sé. Aaron te las traerá». Hizo una larga pausa mientras me observaba desde el desván. «Me gustaría que pasaras algún tiempo con Violet. ¿Lo harías?».

«¿Por qué?». Mi mirada pasó de la alta figura de Rex al rostro ansioso de Violet.

«No quiero que tengas miedo esta noche», dijo con naturalidad.

«Oh. Mmm. Bien».

¿Qué elección tenía realmente?

Tan pronto como acepté su solicitud, colgó. Incliné la cabeza en su dirección, pero ya se había ido. Dejé escapar un suspiro. Entre dormir en el hospital, trabajar y pasar horas cumpliendo el contrato de Rex, estaba más que exhausta. ¿No se sentía él cansado también? Había pasado la tarde persiguiendo a los malos. ¿Cómo era posible que todavía tuviera ganas de su perversión?

«Oye, ‘bunny’». Violet chocó su hombro contra el mío. Cuando levanté ambas cejas con sorpresa, ella chasqueó los dientes. «Bunny, bun...hun. Simplemente te llamaré hun».

[Nota de la Trad.: *“Bunny, bun, hun” son términos para referirse a una persona de forma cariñosa. El término que usa Violet para Cat es el de ‘hun’, algo como ‘cariño’, en español. Otro término importante es que, en el bondage, las sumisas de las cuerdas son llamadas en inglés como Rope bunny, que son las mujeres que disfrutan estar atadas.*]

«Caterina, mejor», le dije.

«Solo estaba tratando de romper el hielo. Puedo ver que estás nerviosa. No lo estés. Rex es el mejor atador que he tenido». Ella me sonrió. «Me sentí honrada cuando me pidió que te ayudara».

«¿En qué me estás ayudando exactamente?», bebí un sorbo de mi vino.

«Como te dije en mi carta». Saltó de su asiento y se paró detrás de mí. «Mira al espejo». Señaló hacia la pared llena de botellas de licor y luego comenzó a masajearme el cuello.

«Relájate».

Hice ademán de apartar su mano. Era inquietante que una completa extraña me tocara con tanta familiaridad en un lugar público. Pero entonces ella golpeó un nudo particularmente apretado a lo largo de mi hombro, y me aflojé, prácticamente me derretí en su toque.

«Rex tenía razón. Llevas el peso del mundo sobre tus hombros». Ella inclinó la cabeza para encontrar mi mirada en el espejo. «Apuesto a que tus caderas también están muy apretadas». Intercambió sus manos para que sus dedos izquierdos frotaran el conjunto de nervios cerca de mi columna mientras su otra mano masajeaba mi cadera.

Nuevamente, si no estuviéramos en una casa de juego, todo esto habría sido el paraíso. Hizo su magia hasta que recordé dónde estábamos. Un escalofrío me recorrió al pensar que otras personas podrían saber quién era Violet. Si lo hicieran, adivinarían por qué estaba aquí y qué planeaba Rex hacerme más adelante.

«Vaya». Se apartó. «Te estás poniendo rígida sin ningún motivo. Seguiremos trabajando en eso por la mañana». Me dio unas palmaditas en los omóplatos y luego saltó al taburete. «¿Qué te preocupa? Cuéntamelo».

«Bien. ¿Quieres saber?». Lancé una mirada detrás de mí. «Es humillante. Está haciendo esto para castigarme. Me odia a mí, a mi familia y a mi padre más que a nadie».

«Ay, hun». Me frotó el brazo frío unas cuantas veces. «Él está haciendo esto por ti. No a ti. La humillación no tiene nada que ver con eso». Su amable sonrisa estaba llena de lástima. Como si fuera una chica perdida que necesitara que alguien como Rex me salvara. «Dale una oportunidad».

«¿Sabes lo que es él?». Me aclaré la garganta. «Quiero decir, aparte de su perversión. ¿Sabes a qué se dedica?».

Necesitaba entender que Rex no era un buen tipo que quería ayudarme. Literalmente había pagado un millón de dólares para que me quitara la ropa y le dejara atarme formando un pretzel. O cualesquiera que fueran esas posiciones en las fotografías que me mostró.

«¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?». Ella me miró con el ceño fruncido. «Veo que tiene mucho trabajo por delante. Este es mi consejo. Acércate a él con la mente abierta. Hablaremos de nuevo mañana».

«¿Mañana? ¿Por qué?».

«Voy a ser tu instructora de conciencia corporal. ¿No te dijo eso?».

«No. No lo hizo. O tal vez lo hizo. No sé». Me froté las sienes para aliviar la avalancha de imágenes aterradoras que inundaban mi mente. Seis meses era muchísimo tiempo.

El barman me entregó otra copa de vino. Cuando la alcancé, la mano de Rex apareció de la nada y la deslizó lejos de mí. «Creo que una copa es suficiente por esta noche».

«Disculpa» Fruncí los labios y le lancé una mirada desagradable. Una cosa era decirme qué ponerme, pero decirme cuánto podía o no beber, ese era mi límite absoluto.

«Necesito que estés sobria para más tarde». Ni siquiera intentó bajar la voz para que Violet no lo escuchara.

«¿Por qué?».

«No puedo tener tu consentimiento mientras estés incapacitada. ¿Tuvieron ustedes, señoras, una buena charla?», dirigió su pregunta a Violet.

«Lo hicimos», Violet tomó mi mano entre las suyas. «Tienes razón. Está muy tensa. Todo su lado derecho es un gran nudo».

«Sí, lo es». Encontró mi mirada.

«¿Y eso qué significa?». El ácido ardía en la boca de mi estómago ante la idea de que Rex

había hablado con Violet sobre mí y lo que pensaba de mi cuerpo.

«Te explicaré todo por la mañana». Me dio unas palmaditas en la muñeca y se bajó del taburete. «Te veré temprano mañana».

«Si, claro». La miré mientras le daba un beso en la mejilla a Rex y luego desaparecía entre la multitud.

«¿Estás lista para irnos?». Rex pasó su brazo alrededor de mi cintura y me sacó del asiento.

El calor subió a mis mejillas ante la enorme implicación de su pregunta. ¿Estaba lista para una sesión con él? Demonios, no. Pero tampoco quería quedarme aquí y arriesgarme a encontrarme con otra de sus amigas. ¿Cuántas exsumisas pensaba traer para enseñarme?

«Pensé que habías dicho más tarde». Coloqué mi mano entre nosotros, poniendo énfasis en la última parte de mi comentario. Esperaba que mi ceño fruncido le recordara cuánto lo despreciaba, cuánto no quería estar aquí con él, cuánto me estaba lastimando. «Creo que quiero quedarme. Quiero decir, me encantaría conocer a más amigas tuyas».

«Sé lo que dije. Pero no puedo esperar más». Se inclinó y rozó su nariz con la mía. «Y para que conste, Vittoria y Violet no son mis novias, ni tampoco mis exnovias. Al menos no en el sentido que implica tu tono». Él se rió entre dientes. «Estoy seguro de que a Vittoria le encantaría eso».

«No puedo hacer esto». Presioné mi mano contra mi frente, mientras mi corazón amenazaba con romperme las costillas. «No me obligues a hacer esto».

Rex me rodeó con sus brazos hasta que soportó la mayor parte de mi peso. «Camina», ordenó mientras me guiaba entre la multitud. Zapatos de tacón Prada y costosos zapatos de cuero italianos entraban y desaparecían de mi campo de visión hasta que se volvieron borrosos. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en respirar o más bien en el hecho de que no podía respirar. Antes de darme cuenta, estábamos de nuevo arriba en el penthouse de Rex. Y yo estaba completamente sola.

Crucé el umbral con su cuerpo detrás de mí. Me di vuelta y sostuve su mirada. Sus rasgos se relajaron cuando alcanzó mi mejilla. ¿Era eso una sonrisa? Había pensado que había ganado, y técnicamente así era, pero ¿tenía que estar tan satisfecho al respecto?

«Rex». Deslicé mi mano dentro de su chaqueta de esmoquin.

Mis dedos tocaron el mango frío de su arma y me descontrolé. En un momento de pura locura y en un intento de mantener el control, agarré su arma y apunté a su corazón.

Capítulo 15

Mira hacia el espejo

REX

«¿Qué planeas hacer con eso?», levanté las manos en señal de rendición.

Mi corazón latía con fuerza por exasperación y deseo. Así era como Caterina me hacía sentir todo el maldito tiempo. ¿Por qué se negaba a escucharme? ¿A confiar en mí? ¿Por qué no podía dejar de desearla? Había literalmente una docena de mujeres abajo esperando que las invitara a mi lugar. Mi vida sería mucho más fácil si pudiera dejar de pensar en Caterina Alfera.

«Déjame ir. Ahora».

«Sabes que no puedo hacer eso». Caminé hacia ella. «Primero, hay un objetivo en tu espalda. No durarías ni un día ahí fuera. Y segundo, tu padre no ha pagado su deuda».

«No me importa». Ella apretó los dientes y me regaló una de sus miradas de "te odio".

«No eres la primera persona en apuntarme con un arma. O, en todo caso, dispararme». Entré en su espacio personal y ella presionó el cañón de mi arma contra mi pecho. «No quieres matarme. Puedo verlo en tus hermosos ojos verdes».

«Rex». Ella retrocedió, todavía sosteniendo mi arma, pero con menos convicción que antes.

«Se trata de la sesión de cuerdas. Tienes miedo de disfrutarlo».

Ella sacudió su cabeza.

«Tienes miedo de que te guste. Tienes miedo de que tal vez no me odies tanto como dices». Pasé uno de mis dedos por sus labios. Un momento después, ella se fundió en mí y seguí adelante. «Estás lista».

«Rex».

«Deja de decir mi nombre». Realmente, cada vez que ella pronunciaba esa palabra, sentía que mi resolución se desvanecía y cedía ante ella.

Apoyó su mano en mis pectorales, alejándome, pero también clavándome las uñas. Apuesto a que estaba mojada y lista para mí. Cuando no me incliné para besarla, sus mejillas se sonrojaron de un rojo brillante. La decepción en sus ojos me hirió. Me desarmaba. Ella me desarmaba.

Carajo.

Apreté mi boca contra la de ella. Ella se abrió levemente con un gemido silencioso y rozó con sus dientes mi labio inferior. El sabor del vino en su lengua me hizo caer en una espiral descendente. Mi muslo se frotó contra su centro mientras la hacía retroceder, lentamente, hasta que el sofá nos aisló. Presionándola con mi cuerpo, agarré su muñeca y le quité el arma de los dedos.

«Te necesito», susurré y profundicé el beso. «Tú también me necesitas. No mientas».

En mi mente, ya le había dado la vuelta y le había desabrochado el vestido. Le había besado la boca y el cuello hasta que ella me rogó que la follara fuerte. Si ella me lo pedía, si decía esas

dos palabritas… fóllame… sabía que no podría decir que no. Jesucristo, tenía que llevarla arriba antes de que todos mis planes se fueran al infierno.

Me aparté, jadeando para recuperar el aliento. «Hay una muda de ropa esperándote en tu suite. Tienes diez minutos. Deja tu cabello como está». Me dolió físicamente dar un paso atrás y dejar caer las manos a los costados. «Ve».

«Eres un cabrón». Sacó la falda de su vestido de entre mis piernas y corrió hacia la gran escalera.

Me quedé allí lleno de anticipación mientras ella desaparecía en el pasillo más allá del rellano. Saboreando el momento, la seguí. Este siempre había sido nuestro baile. Desde que nos volvimos a conectar después de que regresé de la universidad. El tira y afloja de sus sentimientos hacia mí era enloquecedor.

Ella me deseaba. Eso lo sabía. Pero sus instintos le decían que cualquier tipo de relación conmigo sería mala para ella. Y no estaba equivocada. Todo eso estaba a punto de cambiar. Porque ahora tenía una forma de comunicarme con ella. Hablar realmente con ella fuera de lo que se suponía que debían ser nuestras vidas, fuera de nuestra obligación para con La Sociedad.

Acorté mi paso frente a su puerta. Los aleteos en mi pecho amenazaban con salirse de control. Había mucho en juego en esta primera sesión. Si pudiera lograr que Caterina entendiera este nuevo idioma, podríamos tener una oportunidad. Sonriendo, corrí a mi habitación contigua a la de ella y rápidamente me quité el esmoquin, los zapatos y los calcetines. Me puse un par de sudaderas grises y nada más, luego caminé a lo largo de la habitación mientras esperaba un minuto más para ir a verla.

Exactamente, a los diez minutos, llamé a su puerta. Esta vez no me hizo esperar como antes. Finalmente había comprendido que todas las pequeñas rabietas del mundo no podían cambiar mis planes para ella. No esta noche. *Jamás.*

Ella estaba parada en el umbral, orgullosa e increíblemente sexy con esos ajustados pantalones cortos de yoga negros y una camiseta. Sus mejillas se sonrojaron bastante. Y en ese momento, decidí que comenzaríamos con una cuerda de color rosa champán que combinara con su piel bañada por el sol.

«No vamos a llegar muy lejos». Me moví hacia la puerta al otro lado del pasillo.

«No pensé que lo haríamos». Ella me miró y parpadeó rápidamente varias veces. «Nunca te había visto vestido tan casual».

«Estoy vestido para la ocasión». Le sonreí.

«¿Podemos terminar con esto de una vez?». Ella me hizo a un lado para asegurarse de no tocarme.

«¿Qué pasó? Primero quieres irte. ¿Ahora tienes prisa por quedar atada?».

Se detuvo frente a la sala de cuerdas. «Disfrutas la persecución. Decidí no darte más de eso. Haz lo peor».

Saqué una llave dorada de mi bolsillo y la metí en la cerradura. Cuando la puerta se abrió, ella frunció el ceño.

«Creo que te inventaste toda una historia en tu cabeza sobre qué son las sesiones de cuerdas. ¿Estás decepcionada?». La acompañé a la suite casi vacía.

«¿No hay cama?».

«No la necesitamos». Salté a la pared lateral donde guardaba haces de cuerda enrollada y agarré la rosa pálida. Me tomé mi tiempo para darle tiempo para explorar la habitación.

«¿Eso es Central Park?». Caminó hacia las altas ventanas, frotándose el brazo.

«Sí». Inhalé el aire con aroma a hierba dulce y me paré en la estera de yoga colocada frente

al espejo enmarcado que llegaba hasta el suelo. «Ponte de rodillas».

Se dio la vuelta y frunció los labios. «Sí, señor». Ella puso los ojos en blanco. «¿Es así como se supone que debo llamarte?».

«Rex está bien».

«Pensé que no te gustaba que usara tu nombre». Sus pies descalzos golpearon los cálidos pisos de madera mientras caminaba hacia mí.

«Yo tengo el control en esta sala. Y a partir de ahora solo hablarás cuando te haga una pregunta directa. De rodillas». Hice un gesto hacia la alfombra.

Su mirada cayó al suelo. Después de algunas respiraciones erráticas, se arrodilló frente a mí. Bajo el suave parpadeo del candelabro, su piel brillaba como las luces de la ciudad más allá de las ventanas. Ella era una gran distracción. Tuve que recurrir a mi extenso entrenamiento para controlar mi respiración y concentrarme en nuestra sesión.

Le agarré el pelo en la nuca y tiré suavemente para que me mirara a los ojos. Sí, el fuego y el odio todavía estaban ahí. «Mira hacia el espejo».

Cuando ella movió su cuerpo, me arrodillé y la abracé por detrás, observando su reacción al otro lado del camino. Su pecho subía y bajaba mientras esperaba mi próximo movimiento. Me senté sobre mis tobillos y tiré de su cintura para invitarla suavemente a hacer lo mismo. Ella obedeció con un gran suspiro, como si hubiera temido que explotáramos si nuestra piel desnuda se tocaba.

Su suave piel en mi pecho era todo lo que pensé que sería. Normalmente, en este punto de la sesión, le pediría a mi pareja que cerrara los ojos y se concentrara en su respiración. Pero todavía no podía hacer eso con Caterina. Ansiaba que ella me mirara en este entorno. Necesitaba ver que ella no me tenía miedo a mí ni a lo que yo era. Ella sabía que yo era un mafioso, una bestia en un mundo de criminales. Y en cierto modo, ella entendía que yo tenía que ser así.

Pero la práctica con cuerdas era un asunto completamente diferente porque ella no sabía cómo había terminado aquí, por qué el kinbaku se había convertido en parte integral de mi supervivencia.

Busqué en mi bolsillo y saqué mi teléfono, un par de tijeras para cuerda y un reloj de arena. Cuando miré su reflejo, sus ojos estaban muy abiertos y había dejado de respirar.

«Estos objetos...», deslicé todo hasta la parte superior del tapete, lejos de nosotros, pero aún a nuestro alcance, «son para tu seguridad. Nuestra hora comienza ahora. Te mueves cuando te mueva y respiras cuando te diga, como te diga. Déjame pensar por ti. Lo que sea que te esté esperando fuera de esta habitación, estará ahí cuando te despiertes. ¿Lo entiendes? Sí o no».

Vio mi reflejo en el espejo y luego miró el yute que serpenteaba por su pierna. Presioné su cadera y sus labios se abrieron, pero no salió ninguna palabra. Nos sentamos en un punto muerto durante unos segundos, antes de que ella finalmente cediera.

«Sí». Dejó que su costado descansara sobre mi antebrazo, fundiéndose en mí, toda piel suave y latidos suaves.

Eso era todo.

La tenía.

Ella era mía.

Colocando mi palma sobre su clavícula, giré el reloj de arena con mi mano libre. «Respira hondo y mantenlo. Mantenlo ahí».

Cuando soltó un poco de aire, la abracé con más fuerza y dejé que los extremos de la cuerda volvieran a caer sobre sus muslos desnudos, esta vez con un poco de fuerza.

«Exhala y cierra los ojos».

Mi mano tembló de anticipación mientras sujetaba sus muñecas y rápidamente le hice una atadura de una sola columna. Mientras usaba todo mi cuerpo para mantenerla contenida, junté sus manos contra su esternón. «Combina tus inhalaciones con las mías».

Su cabeza se inclinó hacia un lado y descansó sobre la curva de mi cuello y hombro. Llené mis pulmones de aire y ella hizo lo mismo. Esa fue mi señal para agregar más intensidad a nuestra sesión. Usando todo mi cuerpo para encerrarla, enrollé la cuerda alrededor de su cuerpo dos veces, apretada y rápidamente. Anudé el yute en el centro de su espalda y usé la cuerda restante para agregar su pie al nudo. Mientras tanto, varié el ritmo como en un baile. Rápido, rápido, lento, rápido, rápido, lento. Para mantenerla intrigada, para mantener su mente en mí y en nadie más, ni en Michael, ni en sus hermanos, ni en su madre muerta. Solo en mí.

En ese momento, yo era el único que existía en su mundo. Una oleada de adrenalina me invadió. Tener tanto control sobre Caterina Alfera me hizo sentir que podía dominar el mundo. Todas mis preocupaciones, todas las personas que morían a mi alrededor, todo el caos, todo quedaba silenciado y minimizado por este poder que giraba en espiral a través de mí.

Todas mis fantasías con Caterina en esta misma pose palidecían en comparación con la realidad. El calor de su cuerpo y el olor de su excitación eran algo que no había considerado. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando el deseo se desplegó debajo de mi ombligo. Tuve que usar todo mi entrenamiento para recuperarme y calmarme.

Agarré su trenza francesa y empujé mi brazo a lo largo de su columna para alejarla de mí. El aire frío que rozó entre nosotros me ayudó a recuperar el control. Era una visión en esa pose, con el cuello largo y sedoso, el pecho agitado y el ceño fruncido. Ella se echó hacia atrás, buscando el calor de mi cuerpo, pero la mantuve en su lugar, encajando mi codo en el medio de su columna. Quería que ella experimentara esta sensación por sí misma.

El roce del yute sobre su piel, combinado con el estiramiento, era un tipo de dolor delicioso que sabía que ella disfrutaría. Aunque ella se negara a admitirlo, Caterina y yo éramos muy parecidos. Ella necesitaba esto tanto como yo. Todo su cuerpo lo gritaba.

Pasé la cuerda por encima de su hombro y justo por debajo de su mandíbula. Presionando mis labios contra su piel, exhalé un aliento caliente en su mejilla. Cuando ella respiraba exactamente como yo, le solté el cordón de la garganta. El hecho de que ella no se inmutara ante el ligero estrangulamiento del lazo significaba que confiaba en mí completamente.

Joder, ahora que la tenía rendida, quería más de ella. Quería enterrar mi polla profundamente dentro de ella y mostrarle todas las cosas que podríamos tener juntos. Quería hacerla venir mientras decía mi nombre una y otra vez. Moví su cabeza hacia un lado y rocé sus labios. Ella apretó las piernas y articuló, «Rex».

«Aquí estoy». La rodeé con un brazo, desenredé la cuerda y la dejé caer en cascada a su alrededor. «Siempre he estado aquí... despierta», le susurré al oído.

Sus ojos se abrieron de golpe. Cuando puso mi mirada en el espejo, parpadeó un par de veces y luego lanzó una mirada hacia el reloj de arena. Se nos acabó el tiempo y había sido todo lo que pensé que sería con ella. Ahora no tenía dudas de que ella era mi reina. Aunque las circunstancias nos unían, siempre habíamos sido hechos el uno para el otro. La pregunta más importante ahora era, ¿estaría ella de acuerdo?

Ella apartó su cuerpo y se volvió hacia mí. Aunque era libre de irse, permaneció de rodillas con las manos firmemente plantadas en el suelo, como si temiera que si la soltaba se caería. Sus ojos se llenaron de lágrimas y lentamente se llenaron de la ira y el odio habituales. Si me hubiera disparado abajo con mi propia arma, habría sido menos doloroso.

«Te puedes ir». Me quedé con los brazos cruzados sobre el pecho.

Abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras. En cambio, ella me miró con un ligero temblor en el labio. Pude ver que tenía un millón de cosas pasando por su mente. Sin duda la mitad de esos eran insultos que quería gritarme.

«Respira, Caterina». La alcancé, pero ella se alejó de mí.

«Te odio». Se puso de pie y salió corriendo de la habitación.

Me pasé una mano por el pelo y miré hacia la puerta. Queriendo ir tras ella, ¿pero de qué serviría? Ella había visto mi verdadero yo y ahora no había vuelta atrás. Quizás me equivoqué y Caterina no tenía la capacidad de dejar su odio a un lado. Todo este tiempo pensé que podía hacerla cambiar de opinión. Pensé que podría hacerla enfrentar sus sentimientos y ver que podíamos hacer algo completo con nuestros pedazos rotos.

¿Cómo pude haberme equivocado tanto con ella?

Capítulo 16

Su corazón no funciona de esa manera

CATERINA

¿Entonces ese era su maldito plan? ¿Hacerme desearlo solo para mostrarme cuánto no me quería de regreso? Cerré la puerta de golpe detrás de mí, aliviada de que no me estuviera siguiendo, de que hubiera terminado de torturarme por esa noche. Pisoteé hasta el centro de la habitación, de cara a las luces de la ciudad.

Un momento. ¿Qué? Abracé mi cintura. ¿Cuándo había decidido que quería tener sexo con Rex? La ira burbujeaba en la boca de mi estómago. Desde el momento en que dijo que quería mi rendición, cuando me besó, cuando tomó mi mano, había plantado esa semilla. Pero él nunca tuvo la intención de seguir adelante y apagar este fuego que ardía en mi núcleo.

Me senté en la cama, sin molestarme con las luces. Un pequeño escalofrío me recorrió y poco a poco la hora que había pasado con Rex volvió rápidamente. La música sensual y su toque estaban tatuados en mi piel ahora. Había sido hipnótica la forma en que me movía y me hacía sentir completa, más ligera y sin ninguna preocupación en el mundo. Me dejé caer sobre el colchón. Por más decepcionada y herida que me sentí cuando me desestimó como si no fuera nada, no quería que ese sentimiento desapareciera. Quería su cuerpo cerca del mío. *Lo* deseaba.

Hubo un momento en la sesión en el que pensé que me iba a follar justo en esa alfombra, en esa habitación vacía y con poca luz. Mi clítoris palpitaba dolorosamente. Si no hubiera estado fuertemente atada, me habría arrojado sobre él y le habría rogado que me tomara ya. ¿Qué me pasó? Él era la razón por la que papá estaba en el hospital, por la que mi familia estaba arruinada.

Me puse en posición fetal y deslicé la mano dentro de mis pantalones. Enterrando mi rostro en la almohada, gemí ante el dulce alivio. Las lágrimas corrieron por mis mejillas mientras aceptaba la fantasía que se gestaba en mi cabeza: su ancho pecho y sus delgadas caderas se convirtieron en una imagen brillante en mi mente. Era todo piel suave y músculos duros. Justo como lo había hecho en la sala de cuerdas, entregué mi cuerpo a Rex, dejando que los recuerdos de él y de todo lo que me hizo inundaran mis sentidos de nuevo. Su cálido aliento rozó mi cuello y corrió hacia donde mis dedos se movían en un movimiento circular alrededor de mis pliegues.

«Rex». Lo llamé desafiante. No le gustaba que dijera su nombre. Entonces lo dije una y otra vez.

Me imaginé su intensa mirada sobre mi sexo mientras me frotaba cerca de mi dolorido capullo, pero sin darme lo que quería. Pensé en lo cruel que sería en la cama de esa manera. Cómo me haría desearlo hasta sentir que iba a explotar. Cómo tocaría cada centímetro de mí como lo hizo antes y me besaría hasta dejarme sin aliento. Y entonces, justo cuando ya no podía soportar más esa dulce tortura, supe que él me tocaría el sexo y me llevaría al orgasmo. Hice exactamente eso. Con golpes bruscos, me complací hasta correrme.

La liberación terminó rápidamente, como encender una cerilla que se apaga casi inmediatamente con el soplo del viento. Aaahh. Grité contra mi almohada con exasperación. ¿Cómo podría Rex jugar conmigo de esta manera? ¿Y cómo era posible que, a pesar de lo cruel y desdeñoso que podía ser, todavía lo deseara? Mis lágrimas dejaron manchas húmedas en la almohada. Quería darle la vuelta, pero estaba demasiado cansada para moverme. En lugar de eso, cerré los ojos con fuerza y grité. *Duérmete. Duérmete*. Intenté concentrarme para poder quedarme dormida.

«Mi hermosa Caterina». La voz de Rex resonó en la habitación oscura mientras el colchón se hundía bajo su peso.

Mi cuerpo se despertó sobresaltado o volvió a la plena conciencia. Intenté girar mi cuerpo para alejarme de él, pero él me abrazó con fuerza.

«¿Qué quieres?». Apenas reconocí mi voz ronca.

«Escuché gritos. Quería asegurarme de que no estuvieras lastimada». Sus brazos se sentían tan bien a mi alrededor.

Olía a incienso, el mismo olor a madera del cuarto de cuerdas y a su propio almizcle varonil. ¿Me escuchó correrme? ¿Realmente había gritado lo suficientemente fuerte como para que me sorprendiera diciendo su nombre? El calor me invadió, seguido de sudor frío. ¿También me había visto?

«No estás sola, Caterina».

Si ese fuera el caso, no estaría aquí. Me aferré a su cuerpo, agarré su camiseta y enterré mi cara en su pecho. Y ahora mi humillación era completa. Él tenía mi rendición. Y él sabía exactamente cuánto lo deseaba. Mis ojos se cerraron mientras él acariciaba mi mandíbula y mi cuello.

* * *

«Despierta, hun». La voz de Violet me despertó.

¿Qué? Miré hacia la almohada donde estaba apretando las sábanas. ¿Rex había venido a mi habitación anoche? ¿O lo había soñado todo? Presioné una mano contra mi frente. Jesús, el hombre me estaba volviendo loca.

La brillante luz del sol parecía estar por todas partes en la habitación y me lastimaba los ojos. «¿Qué hora es?». Me tapé la cabeza con las mantas. Al parecer, en algún momento de la noche, me había metido debajo de la ropa de cama. ¿O Rex me arropó antes de irse?

«Es mediodía. ¿Siempre duermes tan tarde?». Colocó una bandeja con comida en la mesa auxiliar. El café olía increíble e hizo que mi estómago rugiera de hambre por el omelet esponjoso en el plato.

«No, en realidad nunca lo hago». Cogí la taza y bebí. «Ah, gracias. ¿Qué estás haciendo aquí?».

«Nuestra sesión de conciencia corporal comenzó hace dos horas. Lo olvidaste, ¿no?». Se dejó caer en la cama y me sonrió. «¿Cómo estuvo tu primera sesión?».

«Hmm... no preguntes». Mis mejillas se sonrojaron por la forma en que había deseado a Rex la noche anterior. El calor se apoderó de mí cuando recordé que, en mi frenesí, me había masturbado con Rex, y que había una gran posibilidad de que lo hubiera hecho mientras él miraba.

«¡Tan bien!», ella rió.

«¿Nunca tuviste relaciones sexuales con él?», solté y luego parpadeé. «Lo lamento. Eso no es

asunto mío».

«Una vez». Ella se encogió de hombros y poco a poco su sonrisa se desvaneció. «Fue un error. Me confundí y pensé que estaba enamorada de él».

«¿Qué pasó?», agarré la bandeja y comencé a comer.

«Solo eso. Una noche estaba en el Crucible. Subí al salón VIP y le rogué que me tomara. Él lo hizo. Pero luego me dijo que habíamos terminado. Dijo que no podía amarme. ¿Recuerdas lo que dije en mi carta? Disfrute su tiempo con él, pero comprende que el amor no está en el menú. Su corazón no funciona de esa manera. Fue honesto al respecto desde el principio».

«Pero ¿por qué estás aquí entonces? ¿No te molesta estar cerca de él?». Mi ira volvió. ¿Cómo podía Rex jugar con sus emociones de esa manera?

«Eso fue hace dos años. Lo superé. Estaba en un lugar realmente oscuro cuando me conoció. Le debo mi vida. Mi tiempo con Rex me curó. El Shibari fue una gran parte de eso. Es simplemente un hermoso recuerdo. Sin mencionar que estoy con alguien nuevo. Él me ama y yo lo amo. Entonces no, no me molesta verlo. Estoy aquí porque me encanta la idea de presentar una nueva 'bunny' a la comunidad. Te lo dije. Fue un honor para mí que me pidiera que te ayudara».

«¿Shibari?».

«Oh, es solo otro término para la esclavitud erótica con cuerdas». Cogió una fresa de la bandeja y me la dio. «Termina y comencemos».

Terminé mi desayuno y corrí al baño para ducharme y lavarme los dientes. Por mucho que no quisiera hacer la sesión de entrenamiento para Rex, la energía de Violet era contagiosa. Tenía curiosidad por saber qué tenía que enseñarme. En el vestidor encontré una muda de ropa. Una prenda suave y ligera que consistía básicamente en pantalones cortos ajustados y una camiseta sin mangas.

«¿Quién trae esta ropa?», me encontré con Violet en la terraza.

Había estado en la suite varias veces y antes no había notado el espacio al aire libre. Violet contempló la vista soleada mientras se sentaba en una silla al aire libre con cojines de arena blanca. Ella me sonrió cuando me uní a ella. «Mary Anne. Ella es muy astuta». Ella le guiñó un ojo.

«Me imagino» Entonces Violet conocía a la asistente de Rex cuyo único trabajo parecía ser cuidar sus sumisas. «¿Era esta tu habitación?».

«¿Qué quieres decir, hun?».

«Antes, cuando em...», me detuve.

Se sentía mal decir "cuando fuiste suya". No me gustó el nudo que se me revolvió en el estómago cuando los pensé a los dos juntos. Y luego me imaginé montones y montones de carpetas manila y todas las mujeres que había invitado a su cuarto de cuerdas, todas las mujeres a las que había abrazado y atado como lo había hecho conmigo. Mi temperatura corporal subió unos grados mientras me imaginaba haciendo otra sesión y volviendo a vivir todas esas sensaciones. Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos y me concentré en Violet.

«Oh no, hun. Yo regresaba a casa todos los días». Ella ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Rex protege mucho su privacidad. Me ayudó a encontrar un lugar no muy lejos de aquí. También me consiguió un trabajo. Un buen empleo».

Rex la había ayudado. Por mucho que me gustara pintarlo como el villano, las palabras de Violet no estaban reñidas con el hombre que había llegado a conocer. Podía verlo haciendo todas esas cosas por ella. «¿En qué tipo de problemas estuviste antes?».

«Ya sabes, lo habitual, sexo, drogas». Ella se miró las manos y sacudió la cabeza. «Él

desmanteló uno de esos burdeles. ¿Sabes lo que quiero decir?».

Asentí.

«Llevaba un año trabajando allí cuando me encontró. Lo vi matar a un hombre ese día… mi proxeneta, supongo que es la palabra». Levantó su mirada hacia mí. «Sin embargo, Rex fue amable conmigo. Como dije, él me salvó».

«Lo siento mucho». La rodeé con mi brazo. «Me alegro de que te haya encontrado».

«Yo también. Llevo tres años sobria». Ella me sonrió. «¿Estás lista para empezar?».

«Seguro. ¿Dónde me quieres?».

«Aquí mismo». Dio unas palmaditas en el asiento. «Voy a mapear tus hombros. Te ayudará a descubrir cómo respirar y dónde colocar los brazos durante las ataduras».

Dejé escapar un suspiro y me froté la sien. «Todavía no puedo acostumbrarme a esa terminología. La gente normal no usa esas palabras a diario. Desde luego, no justo después del desayuno».

«Solo mantén la mente abierta». Ella se rió entre dientes.

Acostumbrarse a la idea de ser la sumisa de Rex no era el problema. El verdadero problema era que mi cuerpo pensaba que Rex estaba en el menú. Violet me había advertido dos veces contra esto. Rex podría haberle pedido ayuda a cualquiera de sus sumisas anteriores. Estaba segura de que había elegido a Violet por su experiencia con él. Necesitaba escucharla y dejar de desearlo de esta manera. Tenía que recordar que para él las sesiones de cuerdas eran solo una perversión, un juego con un nuevo juguete.

Pasé el resto del día con Violet haciendo estiramientos de los flexores de la cadera y hablando como si fuéramos viejas amigas. Ella era hermosa y divertida. Cada vez que contaba un chiste que me hacía reír, no podía evitar preguntarme por qué Rex no podía enamorarse de ella.

Un suave golpe en la puerta envió una descarga de adrenalina por mi cuerpo. No había visto a Rex desde anoche. No estaba segura de cómo iba a enfrentarlo de nuevo. «Adelante». Cambié mi peso sobre el colchón con el corazón martilleando en la garganta.

Mary Anne entró con el conjunto del día para mí y yo me senté sobre las almohadas como un globo desinflado.

«Al señor Valentino le gustaría que cenara con él esta noche». Levantó el vestido a la altura de los ojos antes de colocar los artículos en la silla tapizada cerca de la ventana.

La última vez que nos vimos, había sido amable con ella, pero solo para que bajara la guardia. Esperaba que mi pequeño truco de escape de esa noche no la metiera en problemas. «Lamento lo de antes». Miré a Violet sentada en la cama a mi lado con las piernas estiradas frente a ella.

«Estabas asustada». Ella me sonrió con amabilidad en sus ojos y se encogió de hombros, como si Rex trajera chicas asustadas a su penthouse todo el tiempo. «La cena es en una hora».

«¿Cena? Dios mío. No me di cuenta de que era tan tarde». Violet trepó por la cama y se puso de pie de un salto. «Tengo que irme».

«¿Por qué no te quedas?». Me encontré con Violet a medio camino de la puerta tan pronto como Mary Anne desapareció en el baño. «Me encantaría la compañía».

Ella rió. «Me gustaría poder quedarme, pero tengo que irme. Te veré mañana». Ella pasó un brazo alrededor de mi cuello. «Sé amable contigo misma». Ella agitó un dedo hacia mis cejas. «Incluso ahora puedo ver que estás pensando demasiado en todo. Rex te ofrece un regalo, un escape de hechizos. Acéptalo» Ella besó mi mejilla y se fue.

Soltando un suspiro, me desplomé en la cama. No estaba lista para volver a ver a Rex ni para estar en sus brazos. Me puse boca abajo para echar un vistazo a la ropa que Rex me había

enviado. Era un vestido tubo sin espalda y con tirantes finos. Me recordó el vestido de coctel que llevaba cuando me lancé hacia Rex por primera vez. La ira y la vergüenza revolotearon en mis entrañas ante el recuerdo. Esa noche me convencí de que lo estaba haciendo para salvar a papá de la cárcel. Y sí, esa parte era cierta. Pero me mentiría a mí misma si no admitía que a mí también me había excitado la idea de tener sexo con Rex, el despiadado rey de la mafia que odiaba a papá.

«Puedo ayudar a que se prepare». Mary Anne estaba al pie de la cama.

«No, gracias». Dejé caer mis pies descalzos sobre la lujosa alfombra debajo de la cama. «No necesitaré ayuda. Por favor, hazle saber al Sr. Valentino que no lo acompañaré a cenar. No tengo hambre».

Los ojos de Mary Anne se abrieron por la sorpresa. «¿Está segura de que quiere que diga eso?».

«Lo estoy».

«Se lo haré saber», ella asintió rápidamente y salió.

La suite se sintió demasiado silenciosa y demasiado vacía cuando la puerta se cerró detrás de ella. Me acurruqué en la cama y pensé en papá solo en una cama de hospital. ¿Habían respondido Massimo y Enzo a mis mensajes? ¿Dónde diablos estaban? Papá los necesitaba. Yo los necesitaba. Lágrimas calientes picaron mis ojos.

«Necesitas comer». La voz de Rex me devolvió a la realidad.

«No tengo hambre». Me levanté de la cama para poder mirarlo adecuadamente. «Dejabas que Violet se fuera a casa». Me estremecí ante el tono quejoso de mi voz.

«Ella no tenía un objetivo en la espalda como tú. Estás aquí por tu propia seguridad». Cerró el espacio entre nosotros y efectivamente succionó todo el oxígeno de mis pulmones. «Te unirás a mí para cenar».

«¿Y si no lo hago?», le lancé una fuerte mirada.

«Tendremos que encontrar una manera de abrirte el apetito». Pasó sus labios por mi mandíbula. Su aliento caliente se filtró hasta mi sostén deportivo y luego mis pantalones. Y así, estaba mojada y lista para él. Pasó su brazo alrededor de mi cintura y me susurró al oído. «Aún me debes una hora por hoy».

Una cruda carga chispeó en la cúspide de mi sexo y me fundí en él. «Rex». Agarré el frente de su camiseta y luego me di cuenta de que estaba vestido con un par de sudaderas de color gris oscuro y sin zapatos.

«Traté de mantenerme alejado. Lo juro». Metió su muslo entre el mío y me hizo caminar hacia atrás. «Deberías haber dicho que sí a cenar conmigo».

Antes de que mi cerebro pudiera entender lo que estaba haciendo, estaba en medio del pasillo esperando que abriera la puerta de la sala de cuerdas.

Capítulo 17

Él no está en el menú

CATERINA

Él no está en el menú.

Lo repetí varias veces en mi cabeza hasta que el alboroto en mi pecho se tranquilizó. El calor se filtró a través de mis pies descalzos mientras caminaba por los pisos de madera con calefacción. Detrás de mí, Rex cerró la puerta y caminó hacia la pared de cuerdas. Me froté las sienes y traté de no pensar demasiado en las cosas. Sí, el hombre tenía una pared de cuerdas. Eso era normal en su mundo porque él era Rex Valentino y eso significaba que podía hacer lo que quisiera.

Caminé hacia una elegante silla sin brazos, tapizada en terciopelo azul oscuro. Sobre la mesa auxiliar dorada, un plato con dos varitas de incienso fusionaba el aire con un aroma terroso. ¿Este mueble había estado aquí antes? Pasé la mano por la suave tela. Tenía que haber estado porque todo le resultaba familiar. La noche anterior había estado demasiado nerviosa y enojada para absorber realmente todos los detalles, aunque el aroma a hierba dulce había permanecido conmigo durante horas, en mi piel y en mi cabello.

Me di vuelta y mi mirada se centró en el espejo que llegaba hasta el suelo. Esa parte no me la había perdido. El calor recorrió mi piel mientras los recuerdos de lo que vi allí anoche pasaban por mi mente. Estábamos a punto de hacerlo todo de nuevo.

Cuando me coloqué frente a Rex, alcanzó su camiseta detrás de él y se la puso. Las luces de la ciudad iluminaban cada plano de su pecho y abdominales. Jesús, el hombre tenía el cuerpo de un Adonis. Y ahora sabía lo duros que estaban sus pectorales. Sabía lo bien que encajaba yo en sus brazos.

«De rodillas». Su tono autoritario enviaba descargas de deseo a través de mí.

Cerré el espacio entre nosotros. Algo en el hecho de estar en una habitación semioscura me alentaba. «¿Qué ganas tú con esto? Entiendo que es una cuestión de control para ti. Pero si planeas hacerme esto durante los próximos seis meses, debes saber cómo me hace sentir. ¿O es eso? ¿Te diviertes haciendo que las mujeres te quieran solo para poder rechazarlas?».

«Colócate ahí». Hizo un gesto hacia la gruesa alfombra, ignorando mi pregunta.

En esta habitación, sus intensos ojos azules eran más serenos y brillantes. Él tenía el control de sus emociones y de mi cuerpo. Odiaba que pudiera hacerme retorcer de deseo, mientras él no se veía afectado por nada de eso.

«Lo olvidé. Sin hablar». Caí de rodillas.

«Así es».

La secuencia de sus movimientos era la misma que anoche. Se arrodilló detrás de mí, luego sacó su teléfono, el reloj de arena y unas tijeras del bolsillo de sus pantalones deportivos y los

colocó encima de la colchoneta. El suave vello de su pecho se erizó sobre mi espalda. Suavicé mi cuerpo, amoldándome a él: mi cabeza, mis caderas y mis piernas se acomodaron suavemente en su espacio. Pasara lo que pasara en una hora o dentro de seis meses, no me importaba. Ansiaba sentirme viva otra vez.

Al instante, comenzó a sonar una lenta melodía de piano y, de repente, me di cuenta de que sus manos sobre mis hombros me masajeaban suavemente y aplicaban presión debajo de mis omóplatos. «Respira hondo y mantenlo». Sus labios rozaron el punto blando detrás de mi oreja y luego continuaron. «Tu piel es tan suave, como el terciopelo».

Un leve ardor se apoderó de mi pecho, pero no me atrevía a dejar escapar el aliento. No hasta que él me lo dijera.

«¿Qué gano con esto? Te entiendo, Caterina. A todas ustedes». Me rodeó con sus brazos y luego guió mis piernas para que se cruzaran frente a mí como si fuera su muñeca.

Supuse que en este punto de la sesión yo era su muñeca, su parte inferior de la cuerda, solo suya.

«Vacía tus pulmones... lentamente... suavemente».

Hicimos unas cuantas rondas más de respiración hasta que nos pareció natural que nuestras inhalaciones y exhalaciones mantuvieran el mismo ritmo. El ritmo de la canción aumentó y una mujer cantaba en voz baja en italiano. Iba demasiado rápido para que yo lo entendiera, pero se escuchaba sola. Rex cortó la cuerda enrollada y la dejó caer sobre mi pierna. La dura sensación del yute en mi muslo efectivamente impidió que mi mente divagara.

«Déjame pensar por ti». Puso mis manos detrás de mi espalda hasta que mis muñecas se cruzaron justo en el medio. «Cierra tus ojos».

La sensación de la brillante cuerda sobre mi piel, el sonido que hacía golpeando la colchoneta, combinado con las vibraciones de la cuerda contra mi torso mientras tiraba de la cuerda, era una sensación como ninguna otra. Y eso era todo lo que mi cuerpo y mi mente necesitaban para rendirse al malvado juego de Rex. Me miré en el espejo mientras él envolvía cuidadosamente el yute alrededor de mi pecho, luego se inclinaba hacia mí mientras mantenía su mirada pegada a la mía. Él despertaba la atención de todos mis sentidos de una manera que para mí resultaba muy erótica y excitante.

Continuó trabajando en la atadura, usando una sola mano para anudar una segunda cuerda a la que tenía. Violet me había dado instrucciones sobre unos cuantos arneses sencillos. Esta noche, Rex había decidido hacer el amarre japonés *takate kote*. Sabía lo que vendría.

[Nota de la Trad.: *Takate kote, Box Tie o Gote, es una atadura de la parte superior del torso, donde los brazos quedan inmovilizados hacia la espalda, formando una U o X*]

Cuando estuvo listo, mis pantalones cortos estaban empapados de deseo y anticipación. Hizo una pausa para respirar y luego tomó firmemente mi pecho para asegurar la cuerda donde quería. Una cruda carga se desató en mi núcleo como respuesta. Sus grandes manos encajaban perfectamente alrededor de cada montículo mientras repetía el proceso dos veces más. Cuando terminó, mi corazón dio un vuelco en mis oídos.

«Rex».

El nombre se había convertido en sinónimo de “Por favor, te deseo”. Las lágrimas picaban en mis ojos por la frustración. Pero eso no me impidió dejar que mi mente divagara hacia el lugar donde Violet me había advertido que no fuera.

«Lo sé». Con bruscos tirones y ajustes, aseguró la cuerda detrás de mí. El estiramiento se sintió bien en mis brazos, pero la parte que cubría mis senos era una agonía. Deseaba más que la presión. Quería sus manos sobre mí otra vez. En lugar de darme lo que necesitaba, tiró hasta que

todo mi torso descansó sobre sus muslos y mis tetas quedaron prácticamente a la vista para él.

Mis pezones doloridos rogaban por su toque. Si la sonrisa que apareció en sus labios era una indicación, sabía exactamente cómo me afectaba. «El olor de tu excitación se ha convertido en una droga para mí». Deslizó más cuerda delante de mí, justo sobre mis pezones tensos y luego entre mis piernas. «¿Por qué contigo las cosas nunca salen como las planeé?».

«Tal vez porque me forzaste a venir aquí. Me hiciste prisionera solo para lastimarme a mí y…». Quise decir papá. Pero, en verdad, no tenía idea de por lo que estaba pasando, ni de todas las cosas que Rex me había obligado a hacer para saldar su deuda. Esto era solo entre Rex y yo. Se trataba de nosotros y de nadie más.

«¿Y sientes dolor en este momento?». Agarró mis muñecas atadas e hizo otro nudo sobre mi palpitante coño.

Cuando me di cuenta de que estaba tan cerca de correrme, una ola de calor me atravesó. Era una mezcla de vergüenza y deseo puro.

«Responde».

«No», jadeé. «Por favor». Quería mover mis caderas hacia su mano, pero la posición en la que estaba hacía que solo él pudiera moverme. Él decidía cuánta sensación darme y cuánta quitarme. «Rex».

«Aquí estoy. Y no voy a ir a ninguna parte». Se puso de rodillas y me llevó con él para mirarme al espejo. Jadeé y cerré los ojos. No quería ver en qué me había convertido en sus manos. «Quiero ver tus ojos verdes cuando llegues al clímax. Será un agradable cambio de ritmo con respecto al odio habitual que me arrojas cada vez que me acerco a ti».

Sacudí la cabeza. Todo con Rex tenía un precio. El de mi liberación en este momento era mi humillación. Quería que lo observara mientras me hacía correrme. Mi clítoris me gritaba para que dijera que sí. Solo esta vez. ¿A quién le importaba si Rex ganaba esta ronda? ¿No siempre era el caso con él de todos modos? Siempre conseguía lo que quería. Por eso, yo estaba aquí, cuarenta y cinco pisos sobre Manhattan, literalmente atrapada en una torre de marfil.

«Abre los ojos», susurró. Su aliento caliente se deslizó por mi brazo e hizo que mi sexo palpitara un poco más fuerte.

La mujer del espejo no era yo. No reconocía su mirada salvaje en sus ojos ni las ondas desordenadas que caían en cascada sobre sus hombros. Mi caja torácica se expandió con un aliento áspero e hizo que la cuerda rozara mis pezones. Lo hice de nuevo para calmarme, y luego otra vez. Era un pequeño acto de desafío aquí y darme placer cuando Rex se negaba.

«¿Qué quieres que haga?», le pregunté cuando él no se movió.

«Solo mírame».

Lo hice. En ese punto estaba tan excitada y caliente por él, que sólo me tomó tres golpes antes de que mi núcleo explotara en un ramo de ondas calientes que despojaron cada parte de mí. Y no se parecía a nada que hubiera sentido nunca. Continuó trabajando conmigo hasta agotarse y hasta el último momento de mi orgasmo. Todo el tiempo, su mirada permaneció fija en la mía. Mis ojos brillantes en el espejo me traicionaron, ofreciéndole una mirada de gratitud. Me desplomé hacia atrás sobre su pecho mientras pequeñas convulsiones se apoderaban de mi coño y se disparaban hacia mis pechos. En ese momento, Rex tiró de la cuerda alrededor de mis muñecas y todo el arnés se desenredó sobre mis hombros. Por un segundo, un extraño pánico se apoderó de mí al recordar las palabras de Violet cuando le pregunté si había tenido relaciones sexuales con Rex.

“Su corazón no funciona de esa manera”.

Me puse de rodillas y me volví para mirarlo. Dolía estar tan lejos de él. De repente, la

habitación se volvió demasiado fría y demasiado vacía. ¿Se iría ahora? ¿O me diría que había terminado conmigo? Mis ojos se llenaron de lágrimas al darme cuenta de que quería a Rex conmigo, que si se iba ahora mi corazón se rompería en dos.

«Eres tan jodidamente perfecta». Acunó mi mejilla y apretó su boca contra la mía.

Me besó fuerte y desesperado mientras yo pasaba mis manos por su pecho y su suave cabello. Sin preguntar ni ceder, pasó su lengua por mis labios, probándome y animándome a hacer lo mismo. Acepté lo que me ofreció porque sabía que no duraría. Según sus reglas, este acuerdo había terminado.

Su piel olía a incienso y menta. Deseaba todo de él, pero en el fondo de mi mente, me armé de valor para lo que estaba segura que vendría después. El reloj de arena estaba vacío y se nos había terminado el tiempo. Él se apartó primero y me dirigió una sonrisa de complicidad que me hizo querer abofetearlo y luego besarlo de nuevo.

«¿Qué pasa ahora?». Me quité el arnés flojo por mi cabeza. Después de que él había tenido relaciones sexuales con Violet, la despidió inmediatamente después. O al menos, imaginaba que así había sucedido ya que ella no dio más detalles. Ella dijo que solo lo habían hecho una vez. «¿Ha terminado tu pequeño experimento? Violet me contó lo que pasó con ella».

«Me imaginé que podría hacerlo». Él se puso de pie. Supuse que quería pasear a mi alrededor para poder expulsarme correctamente.

«Fui demasiado lejos». Me lamí los labios. Ciertamente, que Rex me viera correrme con su cuerda contaba como sexo. Me levanté, aunque mi postura no tenía la fuerza que esperaba. Primero, había estado atada durante casi una hora. Segundo, mi clítoris estaba demasiado sensible, como si esperara otra ronda... o dos. Me pasé una mano por el pelo para aclarar mis pensamientos. «Rompí tu regla».

Él se rió entre dientes, frotándose la barba de varios días en su mejilla. «Mi pequeña virgen. Si pensabas que eso era sexo, tienes mucho que aprender». Se acercó más a mí. «Cuando tú y yo tengamos relaciones sexuales, no tendrás la menor duda de que efectivamente serán relaciones sexuales. Ahora que estás aquí, no te dejaré ir. ¿Cuándo vas a entender eso?».

¿Cuándo? ¿Por qué parecía que había dicho sexo cien veces?

«Deja de decir esa palabra». Intenté irme, pero él me agarró del codo. Debería haber sabido que usaría su regla de no sexo para jugar otro juego mental conmigo.

«Espera». Levantó la vista y soltó un suspiro. «Nos estamos desviando nuevamente. Pensé que el orgasmo podría ponerte de mejor humor».

«Yo no… no necesito que me hagas ningún favor. Puedo arreglármelas sola muy bien». Lo empujé fuera del camino. No necesitaba que me tranquilizaran.

«¿Oh? ¿Es así?».

«Eres un cabrón». Salí de la habitación.

Después de estar en una habitación con poca luz durante tanto tiempo, las luces del pasillo me lastimaban los ojos. Parpadeé rápido y no me detuve hasta que estuve a salvo en mi habitación. Por supuesto, Rex también me siguió hasta allí.

«Para que conste». Cerró la puerta detrás de él. «Todo lo que quería esta noche era una cena. Pero arrojaste a mi cara mi amable invitación».

«¿Qué?». Apoyé mis manos en mis caderas. «Eso no estuvo ni remotamente cerca de una invitación. Era una orden dura. No puedes simplemente chasquear los dedos y esperar que la gente cumpla tus órdenes».

Se encogió de hombros y lentamente cruzó los brazos sobre el pecho. Porque, por supuesto, en su mundo, todo lo que tenía que hacer era agitar una mano y las cosas sucederían exactamente

como él decía.

«Punto a favor». Dio un paso hacia mí. «¿Podemos empezar de nuevo? Necesito hablar contigo. Jesucristo, ni siquiera podemos tener una conversación civilizada. Nunca había tenido que lidiar con esto».

Me senté en la cama, sintiéndome agotada. La buena noticia era que Rex solo quería hablar. No me estaba echando. Un momento. ¿Qué? Dejé caer mi cabeza entre mis manos. No, la buena noticia sería que yo regresara a casa y cuidara de papá. O, al menos, debería estar buscando a mis hermanos. Ellos también estaban en peligro.

El colchón se hundió y el calor de su cuerpo me envolvió como un capullo. «Cena conmigo. Por favor».

«¿Qué quieres de mí?».

Había suficiente ceremonia en la sala de cuerdas como para poder fingir que era otra persona: alguien que deseaba a un rey de la mafia, alguien que vendió seis meses de su vida para salvar a su padre. Me dije a mí misma que la mujer del espejo no era yo en absoluto. Pero compartir una comida y una conversación era un asunto diferente. Me volví para encontrarme con sus ojos increíblemente azules. Rex y yo no éramos amigos.

«Hay muchas cosas que quiero de ti. Pero esta noche me gustaría hablar sobre lo que Michael nos pidió que hiciéramos. Confío en que no lo hayas olvidado».

Miré hacia mis pies. «Te refieres a encontrar a Massimo y Enzo».

«Sí».

«¿Sabes dónde están?».

«Sí y no». Tomó mi mano y me acercó a él. «Los he estado vigilando. Pero son inteligentes. No quieren que los encuentren. Creo que, si lo intentáramos, haríamos un buen equipo».

«¿Por qué no dijiste eso hace una hora?». Miré sus dedos jugando con los míos.

«Probablemente por la misma razón que no pudiste aceptar una comida sencilla conmigo». Una sonrisa apareció en sus labios. «¿Estás lista para hacerlo ahora?».

«Eres insoportable».

«Lo tomaré como un sí. Alístate en media hora». Saltó de la suite, dejándome completamente confundida acerca de nuestro acuerdo, sobre el no sexo que teníamos y ahora esta idea de que podríamos trabajar juntos para encontrar a mis hermanos.

Capítulo 18

Los malvados no tienen descanso

REX

Cerré la puerta detrás de mí y me desplomé contra la pared. Caterina Alfera iba a provocar mi muerte. ¿Cómo podía mover mis hilos de esa manera? La pregunta más importante era cómo carajo iba a mantener mis manos alejadas de ella mientras trabajábamos juntos para encontrar a sus hermanos. Por mucho que la deseara, el sexo entre nosotros podría complicarse. Y no estaba preparado para eso.

Me dirigí a mi suite de al lado y directamente a la ducha. Aunque haría falta algo más que una buena friega para quitarme el olor de Caterina. No se equivocaba cuando mencionó que habíamos llegado demasiado lejos. Si hubiera sido una sesión con cualquiera de mis otras parejas, habría terminado la relación. El sexo no era lo que necesitaba en esas horas. Necesitaba evadirme y sentir que tenía el control. Incluso si la mayor parte fuera artificial, todavía funcionaba para mí. *Me mantenía cuerdo.*

Pero con Caterina, temía que la línea entre el deseo y la práctica de la cuerda se hubiera difuminado desde que se dejó caer el vestido en la sala de juntas y se me ofreció. La había visto convertirse en la mujer que era ahora durante más de dos años, desde antes de que muriera su madre.

En ese tiempo, había desarrollado sentimientos hacia ella que hasta ahora estaba seguro que se disiparían con seis meses de ella en mi penthouse. Pero cuanto más tenía de ella, más la deseaba. Esto era exactamente lo contrario de lo que le había prometido a su madre. Realmente había hecho un desastre con todo.

Dejé correr el agua fría y me metí. Pero después de unos minutos, el chorro no hizo nada para calmar mi deseo. Por más que lo intentaba, mi mente reproducía una y otra vez el espectacular clímax de Caterina. El tono ronco de su voz cuando dijo mi nombre me puso duro de nuevo.

Apoyé una mano en la losa de mármol y consideré mis opciones, que eran pocas. Desde que Michael había venido a verme en busca de ayuda, no había podido dejar de pensar en Caterina y en la posibilidad muy real de que viniera a vivir conmigo. Eso se traducía en una cosa: no podía verme follándome a nadie, más que a ella.

Agarré mi erección y tiré de la punta. Era esto o irrumpir en la habitación de Caterina y tirar nuestro contrato por la ventana. Sonreí y me acaricié unas cuantas veces más. Saber que ella no diría que no al sexo conmigo hizo que mi polla se endureciera aún más. Joder, la mujer era una hermosa contradicción. Me imaginé su largo cuello mientras yacía sobre mi muslo, jadeando de deseo. Sus perfectas tetas se veían tan orgullosas atadas en capas de yute mientras suplicaba ser liberada.

«Caterina».

Bombeé más fuerte. Mientras mi corazón aumentaba el tamborileo en mi pecho, dejé que mi cerebro agregara el detalle final y más perfecto: mi nombre en sus labios una y otra vez, mientras ella frotaba su lindo coño sola en su cama. Salí disparado hacia la pared cuando un orgasmo me atravesó. Acariciándome unas cuantas veces más, esperé hasta que la última ola de placer desapareciera y los ojos verdes de Caterina se desvanecieran en el fondo de mi mente.

«Mierda», murmuré y terminé de lavarme.

Ahora que no me sentía tan nervioso, podía concentrarme en lo que tenía que hacer esta noche. Necesitaba encontrar a Massimo y Enzo, pero para eso necesitaba ganarme la confianza de Caterina. Todo ese espectáculo de mierda de antes era prueba de que ninguno de nosotros sabía cómo comunicarse con el otro. Cada vez que hablábamos era como un maldito juego de susurros chinos.

Sonriendo al idiota frente al alto espejo del tocador, me vestí con el traje azul marino que había planeado usar para nuestra cena antes de que Mary Anne me diera la noticia de que Caterina no iba a acompañarme. Tal vez ahora que ambos habíamos obtenido una especie de liberación, nuestra conversación sería mucho más fluida. Era poco probable, pero tenía que intentarlo. Salí de la habitación y fui directamente a su suite. Llamé una vez. Y para mi sorpresa, abrió la puerta inmediatamente, con el ceño fruncido.

«Vengo en son de paz». Levanté las manos en señal de rendición.

«Lo dudo mucho». Miró su vestido tubo y sus zapatos de Prada.

¿Y qué si se parecía al vestido sexy que llevaba el día que vino a hacer un trato conmigo? ¿Por qué eso la molestaría? Probablemente porque todo lo que hacía yo la excitaba de manera incorrecta.

«Estás preciosa». Sonreí y luego lo recordé. Mierda.

A propósito, no había incluido ropa interior para ella esta noche. No es que hubiera planeado nada. Simplemente quería ver su reacción. Quería que pensara en su coño desnudo durante la cena. Quería que pensara en mí. Pero eso fue antes de que hiciéramos una especie de tregua. O, mejor dicho, antes de darme cuenta de que necesitaba pedir una.

«¿Estás lista?». Me dirigí hacia el rellano. «Vamos a cenar aquí».

Con los labios fruncidos, caminó frente a mí. La alcancé con un par de zancadas largas y puse mi mano en su espalda baja. Sus ojos se alzaron con sorpresa cuando la conduje hacia el ascensor, pero aparte de eso, no objetó, como si estuviera tratando con todas sus fuerzas de no pelear conmigo.

No me hacía ilusiones equivocadas de que ella lo estaba haciendo por mí. Para Caterina, la familia lo era todo. Estaba aquí porque quería encontrar a sus hermanos. Estaba aquí porque se lo había prometido a Michael.

Subimos en silencio a la cabina del ascensor hasta la azotea. Las luces de la ciudad eran el escenario perfecto para una cita con Caterina. Si esto fuera eso, por supuesto.

«Es hermoso aquí arriba». Caminó hasta la gran mesa instalada en medio del jardín de la azotea.

«Sí. Me había olvidado de eso. No vengo a menudo». Este lugar había sido el oasis de mamá. «Pensé que podrías disfrutar del aire fresco». Acerqué su silla al lado de la mía.

«¿Sabes que es casi medianoche? ¿Alguna vez duermes? ¿O mantienes el horario comercial normal?». Dijo tan pronto como su trasero en forma de corazón tocó el asiento. Cuando la falda le subió por la pierna, se quedó helada. Sin duda había recordado que no llevaba ropa interior. Sus piernas se juntaron y mi polla se estremeció. Si esa no era la definición de ironía, no sabía cuál sería.

«Supongo que los malvados no tienen descanso». Me aclaré la garganta y me moví a mi asiento. «Tenemos trabajo que hacer».

«Entonces, ¿cuál es el plan para encontrar a mis hermanos? Por eso estamos aquí, ¿verdad?».

«Así es». Hice una señal hacia la puerta para llamar la atención de Mary Anne.

Corrió hacia nosotros y colocó un juego de carpetas de manila entre nosotros. «La cena también está en camino, señor».

«Gracias. Podemos encargarnos desde aquí».

Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, abrí la carpeta y la giré para que Caterina pudiera leer. Mientras ella se ocupaba de ponerse al día con cada pieza de información que yo había recopilado sobre sus hermanos desde que falleció su madre, el chef entró con platillos cubiertos. Quería mantener la comida sencilla, como comía todas las noches.

«*Mangiate bene*», mencionó el chef cuando destapó la comida y después salió.

«Gracias», Caterina se quedó mirando el Bronzino a la sartén y las verduras asadas. «¿Pensé que comías caviar y lo bañabas con la sangre de tus enemigos?».

«Eso suena como una receta para la indigestión». Me recliné para mirarla a los ojos. «No soy la bestia que crees que soy».

«¿No? ¿Solo te funciona mal una tuerca en el cerebro? ¿Eh?». Ella se rió entre dientes y sacudió la cabeza ante la obra de arte que el chef había preparado para nosotros.

«Los paquetes de fideos ramen no son buenos para ti». Me moví para que ella comiera.

«Me encanta el ramen. No lo descartes hasta que lo pruebes. Espera. ¿Está eso en mi expediente?». Ella ladeó la cabeza. «¿Sabes qué? No respondas eso».

«Sí está». Serví vino en su copa. «Realmente deberías reducir el consumo de sodio y comida chatarra».

«Realmente deberías ocuparte de tus propios asuntos». Inhaló profundamente durante la comida mientras colocaba una servilleta en su regazo. «Este es mi favorito». Tomó un bocado de pescado y luego gimió. «Excepto que este es mejor».

«Ella lo aprueba». Tomé un largo sorbo de mi copa. «Entonces, ¿qué piensas? Perdí la pista de tus dos hermanos hace aproximadamente un mes. ¿Dónde debería buscar a continuación? Lo dejé pasar antes porque no había confirmado que el FBI fuera una amenaza real para nosotros. Pero ahora, cada minuto que pasan fuera de mi alcance, donde no puedo protegerlos, son un blanco fácil».

«No puedo creer que esto esté sucediendo. ¿No es trabajo del FBI meterte a ti a la cárcel y pedir un juicio justo?».

«Les gusta pensar eso. Pero esto con La Sociedad siempre ha sido algo personal. Creo que empezó con papá y Michael. Mi abuelo solía contarme historias de una época en la que los funcionarios del gobierno acudían a nosotros en busca de ayuda. Solíamos mantener la paz en las calles. Protegíamos a los nuestros».

«Lo sé. Papá también solía contarme historias». Ella me ofreció una sonrisa genuina.

«No les dejaremos ganar. Cualesquiera que sean sus razones para venir por nosotros, ya sea por algo personal o simplemente porque quieren una insignia brillante por capturar una gran ballena, el final del juego es el mismo. Nos quieren a todos muertos. No puedo dejar que hagan eso».

«¿Por qué no han venido por ti?».

«No estoy seguro». Me encogí de hombros. «O no saben quién soy o tienen planeado algo más grande. Jesús, ni siquiera puedo decir con certeza que esto sea obra del FBI. Estoy corriendo a ciegas aquí».

«Todos estos asesinatos no tienen sentido. ¿No tienen leyes para eso? ¿Quizás un agente que se ha vuelto rebelde?». Dejó el tenedor y se inclinó hacia delante. «Si encontramos a mis hermanos, tal vez puedan ayudar».

«Eso es lo que espero. Necesitamos una tregua para poder combinar nuestros recursos y resolver esto».

La presión en mi pecho se levantó un poco. Caterina finalmente entendía el tipo de peligro en el que estábamos todos. Con el apoyo de Michael, y ahora el de Vittoria, tendríamos la oportunidad de atrapar al hijo de puta que se atrevía a ir tras de nuestras familias.

Terminamos nuestra cena en silencio. Por la profunda V entre las cejas de Caterina, me di cuenta de que realmente estaba tratando de descubrir dónde podría encontrar a sus hermanos. Su teléfono no nos había llevado a ninguna parte. Aunque les había enviado mensajes de texto varias veces, habían sido inteligentes al no responder. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo.

«Puedes tener esto». Dejé su móvil sobre la mesa. «Le hemos agregado algunos protocolos de seguridad. Puedes usarlo para llamar a Michael ahora».

«Gracias». Ella me sonrió y luego miró hacia la pantalla. Después de un rato, su sonrisa se desvaneció. No era de extrañar. Sus hermanos no se habían puesto en contacto. «Me están ignorando. Papá podría haber muerto».

«¿Conoces a alguno de sus amigos en Ibiza? ¿Alguien que pueda darnos una pista de hacia dónde se fue Massimo? Estuvo allí mucho tiempo y luego desapareció».

«No precisamente». Ella contuvo el aliento con reconocimiento en sus ojos. «Su expediente no dice nada sobre el yate de Enzo, el Lady Anna». Su mirada bajó hasta su copa. «Le puso el nombre de mamá. De todos modos, lo guarda en Port d'Eivissa».

«Consultamos con las autoridades portuarias, pero dijeron que no sabían nada sobre ellos. Por supuesto, Enzo podría haberles pagado para comprar su silencio». Agarré mi propio teléfono y envié un mensaje de texto a mi equipo de seguridad. Envié un equipo allí hace unas semanas para establecer contacto. Todavía deberían estar allí.

Antes no teníamos motivos para creer que las autoridades portuarias nos mentirían. Pero ahora que sabíamos que Enzo tenía una conexión con el puerto deportivo de allí, sería fácil regresar, ofrecer suficiente motivación y luego hacer las preguntas correctas. ¿Sería tan simple como eso? ¿Enzo y Massimo aparentemente habían desaparecido de la faz de la Tierra porque todo este tiempo habían estado mar adentro?

«Si navegaron hacia algún lugar cerca de Ibiza, lo sabremos pronto». Alcancé su mano, medio esperando que ella la retirara. Cuando no lo hizo, mi corazón dio un vuelco. Jesús, me picaban los dedos por alcanzar su muslo. ¿Me dejaría frotarle el coño otra vez? *Mierda*. Sacudí la cabeza y agarré la botella de vino. «Deberías ver la vista desde el otro lado. Vamos».

Cuando tiré de sus dedos, ella se puso de pie y me siguió hasta la zona de asientos frente a Central Park, que era una vista impresionante a esta hora de la noche. Caminó hacia la pared de bloques de hormigón con la boca ligeramente abierta.

«Si viviera aquí, pasaría mis días en este mismo lugar».

«Estarás aquí durante los próximos seis meses. El lugar es tuyo». Le entregué una copa de vino fresco. «El jardín de la azotea pertenecía a mi madre. Acéptalo como un ofrenda de paz».

«Nunca antes la habías mencionado». Tomó la copa y bebió.

Fruncí los labios y sacudí la cabeza una vez, una petición silenciosa para dejarlo en paz.

«¿Que pasará ahora?».

«Estamos esperando noticias». Cerré el espacio entre nosotros. Cada vez era más difícil mantener mis manos alejadas de ella. Especialmente cuando me miraba con tanto asombro en

esos hermosos ojos. «Lo que hagamos con nuestro tiempo depende de nosotros».

«Rex».

Mi respiración se entrecortó. «No digas mi nombre a menos que lo digas en serio». Envolví mis brazos alrededor de su cintura.

«¿Qué estoy haciendo aquí?». Puso su mano dentro de mi chaqueta, justo sobre mi corazón.

«Pensé que el contrato era muy claro».

«Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Por qué la cena? ¿Por qué esta vista? ¿Por qué estoy aquí sin ropa interior ni sostén?».

«No sé». Presioné mi frente contra la de ella.

«Simplemente te gusta confundirme, ¿no?». Ella moldeó su cuerpo al mío, presionando su sexo en mi muslo. La fina tela de su vestido estaba empapada. «Admítelo».

«Me siento vivo cuando estoy contigo. Cuando me disparas tus dagas, lo único que quiero hacer es...».

Mi maldito teléfono decidió sonar en ese momento. Probablemente era lo mejor. Toqué la pantalla. «¿Tienes algo, Frank?».

«Sí, jefe».

Miré hacia Caterina y ella se puso firme. Sabía que se trataba de sus hermanos. Sabiendo que probablemente me arrepentiría más tarde, puse la llamada en altavoz. «Adelante».

«Massimo pasó el último mes en el yate de su hermano. Pero esta mañana tomó un avión de regreso a Estados Unidos».

«Viene a Nueva York». Caterina se tapó la boca.

«No, no es así. Se dirige a Atlanta».

«¿Atlanta?», preguntamos al unísono. «¿Qué carajo hay en Atlanta?».

«No sé. ¿Necesita que forme un equipo, jefe?».

«Sí. Saldremos por la mañana». Colgué el teléfono y miré a Caterina.

Tenía los ojos húmedos de lágrimas. De repente, ya no parecía tan derrotada como antes, cuando vino a mí para salvar a su padre. Tener un hermano en la ciudad realmente podría arruinar todos los planes que tenía para ella.

Caterina había firmado un acuerdo de confidencialidad, por lo que estaba seguro de que no divulgaría los detalles de nuestro acuerdo. El problema era que sus hermanos me odiaban tanto como ella. Si descubrían que ella vivía conmigo, podrían comenzar una guerra, que era lo último que necesitaba con los federales siguiendo nuestro trasero.

Entonces, la pregunta del millón de dólares era, ¿cómo diablos iba a salvar a los hermanos Alfera de ser masacrados y, al mismo tiempo, mantener a Caterina conmigo? El sonido de sus zapatos llamó mi atención. Ya se iba.

«¿Adónde vas?». Corrí hacia ella y la agarré del codo antes de que llegara al ascensor.

«Voy a recoger mis cosas». Ella jaló su brazo.

«¿Por qué?». Yo me alcé sobre ella. Y así, volvíamos al punto de partida.

«Porque voy a ir contigo».

«Por supuesto que no».

Capítulo 19

Mi pequeña virgen

CATERINA

«No puedes decirme que no puedo ir». Di un paso atrás. No porque tuviera miedo de Rex, sino porque necesitaba espacio, distancia para pensar con claridad. «Pediste mi ayuda. ¿Recuerdas?».

«Lo sé».

«Si no hubiera sido por mí, nunca habrías pensado en volver a Ibiza e indagar más».

«Lo sé también». Sus hombros se relajaron. «Eres tan testaruda».

El tono profundo y aterciopelado de su voz adormeció mis sentidos. Cuando alcanzó mi mejilla, ni siquiera se me ocurrió alejarme de él. Todo este día había sido surrealista. Pasé la mayor parte aprendiendo sobre Kinbaku. Luego, como mi vida era una locura, dejé que me atara y me masturbara. El recuerdo de ese orgasmo me invadió mientras él pasaba una mano por mi espalda baja. Al principio, la vergüenza parpadeó en mi estómago, pero luego se convirtió en algo más, algo así como anhelo y deseo, todos entrelazados.

«Agradezco la ayuda. Pero no sabemos por qué Massimo va a Atlanta. No sabemos si está solo o con alguien más. No sabemos si lo están persiguiendo». Me acercó a él. «Lo único que sabemos con certeza es que estamos volando a ciegas. No te quiero en medio de todo esto. Es muy peligroso».

«Lo entiendo». Metí mi mano entre nosotros. «Pero tú me metiste en esto, en este mundo mafioso tuyo. No puedes mantenerme escondida. No funciona de esa manera».

Levantó mi barbilla para mirarme a los ojos. Al principio pensé que iba a besarme otra vez. La parte testaruda de mí inmediatamente decidió dejarlo. Pero cuando no se movió, me di cuenta de que estaba tratando de solucionarlo todo. ¿Rex se preocupaba por mí? ¿Le importaba lo que yo pensara? ¿Sobre mi seguridad?

«Supongo que todo se reduce a esto». Me sentí más cerca de él. «¿Cuánto quieres encontrar a mi hermano? Si descubre que estoy contigo, se lo pensará dos veces antes de volver a huir».

Era una posibilidad remota porque, técnicamente, Massimo ya me había dejado cuando más lo necesitaba. En los últimos dos años, nunca se acercó a mí, ni siquiera para ver si el dolor de perder a mamá ya me había matado. Mis ojos se llenaron de lágrimas como siempre que pensaba en mi familia rota. Me preparé para la avalancha de emociones que tendía a seguir: la tristeza, la autocompasión y todo el arrepentimiento. Pero Rex me abrazó con más fuerza. No se movió ni intentó decirme alguna frase cliché, como que ‘el tiempo cura todas las heridas’. Ambos sabíamos que no era así.

«Sé que duele», susurró después de un largo rato.

«Déjame ir contigo. Prometo que haré todo lo que digas».

Levantó y enterró su nariz en mi cabello. «Eso es algo que me gustaría que sucediera al menos una vez antes de morir».

«¿Es un sí? ¿Me dejas unirme a tu equipo?». Le sonreí. «Operación: ¿Encontrar a Massimo?».

«Sí, creo que tienes razón. Massimo podría escucharme si estás conmigo». Se inclinó y presionó sus labios contra los míos.

El acto se sintió tan íntimo y normal, como si fuéramos una pareja, lo cual no lo éramos. Éramos sólo dos personas jugando a la soga, y ahora jugando a detectives.

«¿Se te ocurrió alguna vez que podrías, no sé, llamar a la policía?». Lo dije como una linda broma. Pero Rex no se rió. En cambio, apartó las manos de mí y frunció el ceño.

«Si pensara que podrían ayudar, lo haría. Pero el incidente con Michael me hace cuestionarlo todo. Por ahora, solo podemos confiar en los nuestros». Miró mi vestido. «Deberías descansar un poco. Mañana será un largo día».

«Sí, debería ir a empacar». Me dirigí hacia el ascensor y luego me detuve para mirarlo. «No tengo nada que empacar».

Él sonrió y tuve que morderme la lengua para no atacarlo. Después de todo, había aceptado dejarme ir con él. Metió la mano en su abrigo y sacó su teléfono. «Mary Anne, la señorita Alfera y yo viajamos mañana. ¿Podrías empacar dos maletas?». Escuchó su respuesta y luego continuó, «Sí, eso servirá».

«Gracias». Puse los ojos en blanco. «Un día tendrás que decirme de qué se trata todo este asunto de la ropa».

«Sí, supongo, algún día tendré que hacerlo». Se dirigió hacia el ascensor. «Te acompañaré de regreso a tu habitación».

«Eso no será necesario».

«No, pero es lo que quiero hacer».

Su mirada estaba llena de promesas indecentes y de ideas realmente malas. Me separé primero y salí. Permaneció en silencio mientras bajábamos por el ascensor y luego subíamos la gran escalera. Me imaginé que así sería una cita nocturna con Rex. Vistas impresionantes, vino caro y una cena con un toque *gansteril*. No tenía ninguna duda de que por mi culpa alguien a miles de kilómetros de distancia, en Ibiza, recibía una buena paliza por mentir. Y luego otra ronda para que dijera la verdad sobre mi hermano. ¿Cómo iba a salir con hombres normales después de conocer a alguien como Rex? Y lo que es más importante, ¿por qué no estaba asustada en este momento?

Nos detuvimos en mi puerta y él la abrió para mí. «Buenas noches, Caterina».

«Buenas noches». Me alejé de él y él me agarró el brazo.

«No importa lo que pase mañana, necesito que recuerdes nuestro acuerdo porque no tengo ninguna intención de dejarte ir. ¡Malditos sean tus hermanos!».

«Buenas noches, Rex», aparté el brazo y le cerré la puerta en la cara.

¿Qué demonios significaba eso? ¿Que no podía contarles a mis hermanos sobre el contrato que firmé? Ya lo sabía. Por un lado, no quería romper nuestro trato y ver a papá ir a la cárcel. Pero más que nada, no quería que Enzo y Massimo supieran hasta qué punto había caído papá desde la muerte de mamá. Papá probablemente sufriría otro infarto por vergüenza si mis hermanos se enteraran de su adicción al juego. Michael Alfera era un hombre orgulloso. Papá odiaría que sus hijos vieran su lado más débil.

Caminé hacia la cama, donde Mary Anne había colocado un pijama, incluida la ropa interior. Sacudiendo la cabeza, me puse la ropa limpia y me metí en la cama. Mañana mi hermano

volvería a casa.

Horas después me desperté sobresaltada. Me senté y escuché sonidos en la habitación a oscuras. Mi teléfono marcaba las cinco de la mañana. Con el corazón latiendo aceleradamente, hice a un lado las sábanas. Tan pronto como mis pies tocaron el suelo, Mary Anne salió del baño privado.

«Jesús, me has dado un susto de muerte». Presioné una mano fría contra mi frente. «¿Alguna vez duermes? ¿Qué diablos?».

«Lo lamento. El señor Valentino me pidió que me asegurara de que estuvieras lista para su viaje». Señaló hacia la sala de vapor detrás de ella. «Su baño está listo. Puedo esperar y peinarla».

«¿Nuestro viaje?». Entre el susto y mi cerebro adormecido, sus palabras no se habían registrado del todo. «Dios mío, ¿volaremos pronto?».

«Sí». Ella levantó las manos. «Tiene una hora. Sin prisa. Todas sus cosas están empacadas y cargadas en el auto».

Me froté la cara con ambas manos. ¿Mis cosas? ¿Qué cosas? «No tienes que quedarte. Puedo hacerlo yo sola. De hecho, un baño parece una buena idea. Gracias». Caminé hasta el baño y cerré la puerta.

Mientras me preparaba, Mary Anne llegó con el desayuno. Se quedó allí hasta que terminé la fruta y los huevos revueltos, órdenes de Rex. Luego procedió a ponerme un minivestido con una manga larga lateral. La tela georgette azul claro era suave y muy favorecedora para mí, lo cual fue bueno ya que no tenía ropa interior para usarla con el vestido.

Tal como había dicho Rex, salimos de su garaje privado exactamente una hora después.

Jesús, si no fuera por el hecho de que Massimo me estaba esperando al otro lado de este vuelo, me molestaría mucho que me apuraran así. No es que fuéramos a llegar tarde para tomar un vuelo. Volábamos en el Gulfstream de Rex. Durante todo el trayecto hasta La Guardia, Rex permaneció en su teléfono dando instrucciones a las diferentes tripulaciones. Se había mantenido en contacto con los hombres de Ibiza. Y ahora tenía gente en Atlanta. ¿Durmió algo anoche? No es que se notara. Tenía el mismo aspecto de siempre: en control, poderoso, ardiente. Su cabello mojado y su aroma a gel de baño agitaron mariposas en mi estómago.

No me había mirado en absoluto desde que salimos del penthouse. Por alguna estúpida razón, eso hirió mis sentimientos. Me había acostumbrado tanto a su atención y a la forma en que me comía con los ojos. Sí, fue grosero e irrespetuoso. Entonces, ¿por qué diablos me lo estaba perdiendo hoy? ¿Cuándo me había vuelto tan adicta a sus caricias y atenciones?

Tan pronto como llegamos al hangar, Rex salió y rodeó el auto para acompañarme hasta el avión. Me condujo hasta el gran asiento de cuero de la primera fila y se inclinó para ayudarme con la hebilla. Por primera vez esta mañana, su mirada encontró la mía. La forma en que sus dedos se demoraron sobre mis piernas hizo que toda mi frustración desapareciera.

«El vestido te queda bien».

«Ya empezaste a molestarme», fruncí los labios.

Lo dije como un insulto por la forma en que me sacó corriendo de la casa, por ignorarme durante todo el camino hasta aquí y por todo el asunto de no usar ropa interior. Pero claro, eso no lo perjudicaba lo más mínimo. En cambio, me sonrió como si mi mal humor le divirtiera.

«Quizá más tarde». Se sentó al otro lado del pasillo con una sonrisa engreída en su rostro.

Lo miré, sacudiendo la cabeza. Estaba jodidamente burlándose de mí. Abrí la boca para decirle que no siguiera, pero la azafata me bloqueó la vista. Quizás eso fue lo mejor. Rex y yo necesitábamos ser un equipo hoy. Todo este mezquino ir y venir no ayudaba a mi causa.

«¿Puedo traerte una bebida, Rex?», le preguntó dándome la espalda.

¿Rex? Vaya.

«No, estoy bien». Se reclinó en el reposacabezas para encontrar mi mirada nuevamente.

«¿Y tú, hun? ¿Puedo traerte una copa de rosado?». La azafata se giró hacia la derecha para mirarme, aunque su cuerpo permaneció más cerca de Rex.

Violet me había llamado 'hun'. Era su propia versión de mezclar 'sumisa' con 'cariño', que estaba bastante segura tenía que ver con ser una sumisa de cuerda. ¿Todos en el avión sabían lo que yo era para Rex? Mis mejillas se sonrojaron. «No, gracias».

Miré por la ventana e hice lo mejor que pude para ignorar los ojos de Rex sobre mí. Después de un rato, cruzó el pasillo y pasó el dorso de su dedo índice por mi antebrazo. Eso fue todo lo que necesitó para que mi cuerpo se derritiera en el asiento. Cerré los ojos con fuerza, odiando lo mucho que Rex podía afectar mi estado de ánimo.

«Pensé que el viaje te pondría en una mejor disposición».

¿Por qué había humor en su voz?

«Estoy bien».

«No pregunté». Él arqueó una ceja y luego su mirada se desvió hacia la parte delantera del avión. Hizo un gesto con la cabeza que aparentemente significaba "déjennos en paz", porque las dos azafatas desaparecieron inmediatamente detrás de las cortinas de la cocina. «Vamos». Me ofreció su mano mientras se levantaba.

«¿A dónde vamos?». Mi corazón se aceleró con anticipación. Ahora reconocía esa mirada en sus ojos. No podía ser que tuviera la intención de atarme aquí con todos presentes a solo unos cuantos metros de distancia. «No».

«No te lo estoy pidiendo». Con una media sonrisa dibujando sus labios, me agarró del codo y me levantó del asiento.

«¿Ellos lo saben? ¿Acerca de mí? Ya sabes...». Ni siquiera podía decir las palabras en voz alta. ¿Sabían que yo era el fondo de su cuerda?

«¿Te importa lo que piensen?», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

«Sí, me importa. Ella me llamó hun».

«Ella llama así a todos».

«No a todos. Ella te llamó Rex».

«Hmm… ¿entonces de eso se trata?». Soltó un suspiro y me dedicó una sonrisa encantadora. «No lo saben».

«Ella fue muy amigable. Pensé que tal vez era una ex o algo así».

«Me gusta esta mirada que tienes ahora». Agarró mi cintura y presionó su frente contra la mía. «Podría tener a quien quisiera, incluida ella. Pero por alguna razón que escapa a mi comprensión, no puedo dejar de pensar en ti. Te deseo tanto que duele».

«Rex». Aspiré su aroma y una cinta de deseo se enroscó alrededor de mi clítoris. No tenía derecho a verse tan guapo con un traje hecho a la medida y luego decirme esas cosas.

«Aquí estoy». Acunó mi mejilla y lentamente caminó hacia la suite en la parte trasera del avión, arrastrándome con él. «Jesús, ya estás mojada y lista para mí. Mi pequeña virgen». Acarició mi cuello y luego me mordió suavemente.

En algún lugar del fondo de mi mente, una vocecita me decía que me negara y volviera a mi asiento. Pero no la escuché. Su intensa mirada era hipnotizante cuando abrió la puerta y me hizo pasar al interior del lujoso dormitorio. Una cama doble salpicada de almohadas doradas y azul marino frente a un escritorio grande y brillante al otro lado de la cabina. Con el corazón en la garganta, esperé mientras él caminaba hacia la mesa y sacaba una cuerda enrollada del cajón.

«¿Tienes que estar bromeando?». Jadeé. Si ya estaba excitada antes, la cuerda me puso al límite.

«No lo estoy». Levantó una ceja y se mordió el labio inferior. Su mirada se movió entre el pequeño espacio alfombrado frente a mí y el colchón. «Probemos en la cama».

Negué con la cabeza, pero hice lo que me pidió de todos modos y me arrodillé sobre el lujoso edredón, de cara a la cabecera. Sus manos encontraron mi cuello y comenzaron a masajear suavemente hasta que me relajé contra su pecho. La tela sedosa de su saco rozaba mi hombro desnudo y sentí un aleteo en mi ombligo. Ya estaba mojada por él. No es que importara. Esta sesión no sería sobre sexo. Rex era demasiado cruel para darme ese tipo de alivio. Ansiaba que él me llenara, que apagara este fuego entre mis piernas.

«Pagar por sexo no parecía tan mala idea en este momento». Sus labios rozaron el costado de mi boca.

Su erección presionó contra mi trasero y una descarga de adrenalina me recorrió. ¿Estaba considerando seriamente descartar su propia regla de no pagar por sexo? El calor se apoderó de mi cuerpo y de mis mejillas al darme cuenta de que, si lo intentaba, no diría que no.

Capítulo 20

Blancos fáciles

CATERINA

«Siempre estás tan tensa», susurró en la columna de mi cuello mientras se quitaba el saco y la camisa de vestir.

«Es un poco difícil relajarse a tu alrededor».

«Respira hondo y mantenlo».

Cuando me pidió que exhalara, su voz autoritaria era lo único que había en mi cabeza y tenía las manos atadas delante de mí. Las levantó por encima de mi cabeza y luego las acercó a él para que mis muñecas se cruzaran sobre mi nuca. El esfuerzo estiró la parte superior de mi vestido sobre mis pechos y mi falda se levantó justo debajo de mi coño desnudo.

«Tan hermosa». Su aliento caliente viajó por mi espalda mientras enrollaba la cuerda debajo de mis senos y sobre ellos.

«¿Como se llama esto?».

«¿Qué?». Se detuvo para estudiar mi perfil.

«Sé que tienen nombres. ¿Cómo se llama esta atadura?»

En mi visión periférica, me sonrió mientras deslizaba sus dedos por mi axila. «*Wakizarashi* Shibari por la exposición de los brazos. En la cultura japonesa, mostrarlos se considera vergonzoso». Pasó su dedo índice hasta mi codo y luego plantó un suave beso allí. «En inglés, se llama 'nudo de conejito simple' porque tus codos hacen que parezca que tienes orejas de conejo».

Bunny, bun, hun. Pensé en Violet y su lindo nombre. Sin embargo, por extraño que parezca, lo que sentía ahora no era vergüenza. Especialmente no con el cálido aliento de Rex en mi nuca y su voz profunda tan cerca de mi oído.

«Me alegra que estés interesada en el estudio». Pasó sus nudillos por el costado de mi cuerpo, hasta llegar a mi muslo.

Solo Rex hablaría sobre el bondage como si fuera algo cotidiano. Por Dios, estábamos usando la cuerda a miles de metros sobre el suelo. Rex vivía en su propio mundo donde el tiempo y el lugar no importaban, donde las cenas a medianoche y los vuelos al amanecer eran una cosa. Jaló la cuerda detrás de mí hasta que mi cabeza descansó sobre su hombro. La cama no era tan firme como una colchoneta. Tuve que separar más las rodillas para mantener el equilibrio.

En esta habitación, no había música sonando, pero todavía parecía moverse a cierto ritmo como si pudiera escuchar una melodía en su cabeza. La suave presión de su mano me guió a doblarme y descansar mi pecho sobre mis muslos. Se subió a la cama. Cada respiración mía estaba alineada con sus movimientos mesurados hasta que se sentó frente a mí, con las piernas estiradas a cada lado de mí.

Levanté mi torso y lo miré bien. Jesús, el hombre era hermoso. Quería tocar toda esa piel caliente sobre los abdominales y el pecho definidos. Cuando exhalé, me agarró de la cintura y me acercó a él. Aterricé con mis tetas en su cara, a horcajadas sobre su muslo. La sensación de mi clítoris palpitante contra sus pantalones de vestir era más de lo que podía soportar. Dejé escapar un gemido que, si no fuera por el zumbido del motor a reacción, estaba segura de que todos en la cabina lo habrían escuchado.

«Shh». Puso una mano sobre mi boca. «Quiero verte venir».

Mis ojos se abrieron con sorpresa. ¿Cómo diablos se suponía que iba a hacer eso con los brazos atados sobre la cabeza y la espalda? Casi no podía moverme ni respirar.

«Ahora, Caterina». Su mirada cayó a mi coño desnudo. El vestido se había subido tanto que solo podía imaginar la vista que tenía de mí y de mis pliegues húmedos, rozando su musculoso muslo a través de la tela de sus pantalones. Pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. En esta posición, controlaba todo mi cuerpo. «No tenemos mucho tiempo». Deslizó su mano libre hasta mi cadera y la masajeó suavemente.

La vergüenza se apoderó de mí cuando me di cuenta de que no solo podía correrme así, sino que también quería hacerlo. Clavé mis rodillas en el colchón y rápidamente adopté un ritmo giratorio. Jadeé en el cálido confinamiento de su palma mientras él técnicamente me obligaba a mirarlo, a mirarme. La forma en que me veía, como si fuera el postre o la última comida en la Tierra, era muy excitante.

«Estoy cerca». Las palabras apagadas no sonaban propias de mí.

Levantó la pierna y eso fue todo lo que necesité para llevarme al límite. El crudo manojo de nervios en la cúspide de mi sexo explotó en pequeñas chispas de fuego y ardí rápidamente. Seguí así, tratando de aprovechar hasta la última ola de sensación. Todo terminó demasiado rápido, como si algo hubiera quedado fuera de la ecuación. Encontré la mirada de Rex.

«Pronto», susurró, como si pudiera leer mis pensamientos, luego se acercó detrás de mí y desenredó la cuerda. Suavemente, bajó mis brazos para que descansaran en mi regazo. Junté mis piernas y me quedé en sus brazos así mientras él pasaba sus dedos por mi mejilla. «Aterrizaremos en unos minutos. Encontrarás lo que necesitas en el baño».

Estiré las piernas y las dejé caer al costado de la cama, sintiéndome fría y confundida. «Pensé que me deseabas».

«Sí. Pero no así. No mientras la deuda de Michael esté sobre nuestras cabezas». Se puso de pie y se dirigió al pequeño armario al lado de su escritorio, donde tenía un traje limpio esperándolo.

Y así, había terminado conmigo. Camino hacia el baño y cerró la puerta detrás de mí. Lágrimas de frustración rodaron por mis mejillas. Rex era imposible. Me limpié la cara y cogí el bolso de mano. Mary Anne me había preparado artículos de tocador, incluido un spray facial de agua mineral y ropa interior. Solo podía imaginar el tipo de conversaciones que Rex y ella tenían sobre mí.

«¿Estás lista?», Rex llamó a la puerta.

«Un segundo». Usé la botella de Evian para calmar mis ojos hinchados y me puse las bragas. Cuando abrí la puerta, me sentí más yo misma. No podía dejar que Rex se metiera así en mi cabeza. Tenía que concentrarme en volver a unir a mi familia. Ellos eran la única razón por la que estaba aquí.

Cuando aterrizamos, la azafata abrió la puerta del avión y la tripulación de Rex abordó. Me volví hacia Rex con el ceño fruncido. «¿No vamos a bajar?».

«Aún no. Primero necesito un informe completo y un plan sólido».

Básicamente, su jet privado se convirtió en una especie de sala de guerra. Rex volvió a su personalidad empresarial. Me ignoró mientras estrechaba la mano del equipo en Atlanta y recibía la última actualización. Excepto que esta vez me incluyó en la conversación para asegurarse de que todos supieran que estaba allí para ayudar. Fue mejor, pero todavía sentía que no debería estar aquí, como si estuviera siendo una imposición.

El tiempo transcurrió mientras ultimaban su plan y la seguridad. Intenté no pensar demasiado en el hecho de que estábamos aquí cazando a mi hermano. Pero una cosa era segura, si estábamos aquí buscándolo, era muy probable que el FBI también lo estuviera. Según el chico de Rex, los recursos de la Oficina Federal de Investigación eran ilimitados. Después de un almuerzo tardío en la cabina principal, Rex finalmente decidió que era hora de dirigirse al hotel y pasar la noche.

Treinta minutos más tarde, nos detuvimos frente a la puerta principal del “Four Seasons” en Midtown. La suite ejecutiva a la que Rex me acompañó era exactamente lo que pensé que él elegiría; una habitación de lujo con sala de estar, chimenea y mayordomo. Según Frank, no habíamos conseguido reservar toda la planta en tan poco tiempo, pero sí teníamos todo el pasillo para nosotros solos. Rex pareció satisfecho con esa respuesta mientras me hacía pasar a lo que sería nuestro dormitorio. Apenas pudimos superar un vuelo de noventa minutos desde la ciudad de Nueva York a Atlanta. Ni siquiera podía imaginar lo que significaría esta nueva configuración para nosotros.

«¿Dónde vas a dormir?». Me volví para mirarlo después de que sus muchachos dejaron nuestras maletas y se fueron.

«Aquí».

«¿Conmigo?».

«No te perderé de vista».

«Puedo tomar el sofá». Exhalé e inhalé uniformemente, como él me había mostrado durante nuestras sesiones. Sin embargo, nivelar mi respiración por mi cuenta no resultaba tan fácil sin que Rex me guiara.

«Dormirás en la cama». Dijo impasible.

«Bueno, siempre está la terraza».

«Lo pensaré». Caminó hacia mí. «Deberías comer. El bar de abajo ofrece un menú decente».

¿Quién tenía tiempo para comer? Abrí la boca para objetar, pero entonces Frank irrumpió con una expresión salvaje en su rostro. Los latidos de mi corazón se aceleraron, mientras esperaba lo peor. ¿Habíamos llegado demasiado tarde? ¿Massimo estaba herido?

«Él llamó». Se detuvo en seco a unos metros de Rex.

«¿Qué quería?».

«Un favor». Su sonrisa se extendió de oreja a oreja.

Esta era la mejor noticia que podía darle a su jefe. Si Massimo necesitaba algo tan urgente como para llamar al equipo de Rex, entonces estaba metido en una mierda tan profunda que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa que Rex le pidiera. ¿No fue así como consiguió que me convirtiera en su juguete de cuerdas?

«Dale lo que pida».

«Estamos en ello. ¿Y luego?», Frank intercambió una mirada significativa con Rex. «¿Adónde lo llevamos?».

«Tráemelo» Me miró y luego sacudió la cabeza. «Pensándolo bien, yo iré a él. Avísame cuando tengas una dirección».

Frank asintió y salió apresuradamente. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, el aire

cambió. Era más ligero y menos asesino. No quería pensar que Rex ordenaría la ejecución de mi hermano solo porque se negaba a hacer lo que necesitábamos que hiciera. Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos. Rex no era ese tipo. Él nunca le haría eso a su propia familia. Eso sabía con certeza sobre él. Rex consideraba a todos los miembros de La Sociedad como su familia.

«¿Que pasará ahora?», me senté en la silla tapizada junto al balcón.

Ahora que el peligro inmediato había pasado, pude tomarme el tiempo y entrar en la habitación. Toda la decoración se centraba en el lujo y la elegancia. Todo hecho en tonos cremas, amarillos y azules claros.

«Esperaremos a que Massimo haga su próximo movimiento». Rex se acercó a mí y se sentó en la cama con dosel frente a mí.

El acto fue tan íntimo y amistoso que no supe cómo responder. Principalmente, porque la última vez que Rex y yo tuvimos unas horas libres, terminé montada sobre su pierna hasta que me corrí. Mierda. Necesitaba dejar de pensar en eso y concentrarme.

«Lástima que ya usé mi hora del día». Me sonrió y luego miró su teléfono. Sus hombros se pusieron rígidos al instante.

«¿Qué pasa?», me puse de pie de un salto.

«Nada», sacudió la cabeza.

«Pensé que habías dicho que no mentías».

«Bien», dejó escapar un suspiro mientras su mirada salía disparada de sus maletas hacia mí. «Perdón». Cogió su maleta y la dejó caer sobre el colchón.

«¿Perdón por qué? ¿Qué está pasando con Massimo?», me apoyé en el estribo con el corazón latiendo en mis oídos. «Somos un equipo, ¿recuerdas? Puedes decírmelo. No soy una frágil flor».

Puso una mano sobre la mía y me miró. En el siguiente latido, el frío acero de sus esposas golpeó mis muñecas con un movimiento brusco. «Perdón por esto. Pero aquí estamos volando a ciegas. No puedo dejar que vengas con nosotros. Aún no».

«¿Adónde vas?».

«Massimo cenó en el St. Regis, a unos seis kilómetros de aquí. Parece que se fue apurado antes de terminar su comida. Poco después llamó a Vittoria pidiéndole un favor para ayudar a una mujer. Vittoria acaba de enviarme los detalles».

«¿Vas a ir allí ahora?».

«Sí. Resulta que él también se aloja allí».

«¿Vas a tenderle una emboscada cuando regrese a casa?». Tiré de las cadenas y le fruncí el ceño. «Puedo hablar con él. Déjame ir contigo».

«No». Levantó las manos como si no quisiera hacerme daño y se alejó de mí. «Tan pronto como sea seguro, vendré por ti».

«Para que conste, es por eso que no confío en ti», le grité.

Se detuvo un momento en la puerta, pero luego se fue. Maldito.

Entendía que el FBI nos había puesto un objetivo en la espalda. Pero encadenarme a un poste era excesivo. No era como si los federales tuvieran prisa por montar un gran escándalo en un hotel de lujo tan lejos de la ciudad de Nueva York. Massimo no confiaba en Rex. En el momento en que se enterara de que Rex estaba detrás de él, iba a desaparecer de nuevo. Massimo ignoraba mis llamadas, pero estaba segura de que no me rechazaría en persona. Éramos familia.

Si Rex pensaba que me quedaría aquí como un cachorro esperando a que regresara con noticias, estaba muy equivocado. Miré alrededor de la habitación buscando una salida. El teléfono de la habitación estaba al otro lado de la cama. Me estremecí con la idea de tener que

explicar mi situación al conserje. No era como si pudiera mentir al respecto. ¿Qué podría decir que no fuera completamente mortificante?

«¿Hola?», grité hacia la puerta cerrada. «¿Hay alguien ahí?».

Cuando no obtuve respuesta, me dejé caer en la cama y apoyé la cabeza en mi mano libre. Sin duda, Rex había dejado a todo un equipo justo afuera de mi puerta. Entonces, incluso si pudiera quitarme las esposas, todavía tendría que lidiar con ellos.

Los minutos pasaban mientras yo contemplaba la suite vacía. Entonces me di cuenta. Rex tenía que tener una llave en algún lugar aquí como medida de seguridad. ¿No era por eso que siempre tenía a mano unas tijeras de cuerda cuando me ataba? Agarré su bolso y tiré el contenido sobre el edredón, luego rebusqué en todos los bolsillos pequeños. Efectivamente, allí tenía las llaves. Sin duda lo había hecho a propósito. No quería tenerme encadenada a la cama toda la noche. El tiempo suficiente para poder ir tras mi hermano. La presión en mi pecho se disipó cuando hice un rápido trabajo con la cerradura para liberarme.

Corrí hacia mi bolso en el sofá y saqué mi teléfono. ¿Hacía cuánto se había ido Rex? ¿Quizás una hora? Si llamaba a un servicio de automóviles ahora, aún podría llegar a tiempo con Massimo. Deseando llevar mejor ropa para esta misión, caminé de puntillas hacia la puerta y apreté mi oreja contra ella. La conmoción al otro lado hizo que mi pulso se acelerara: varios hombres hablaban rápido y, al mismo tiempo, no podía entender nada. Algo andaba mal.

¿El FBI había enviado a alguien tras de mí otra vez?

Escuché con más atención cuando derribaron una mesa y Frank pidió ayuda. El miedo en su tono me obligó a abrir la puerta y correr hacia la sala de estar, justo a tiempo para ver a Rex, el rey invencible, caer de rodillas en medio del vestíbulo.

«¿Qué diablos pasó?». Me arrodillé junto a Rex, lista para atraparlo, aunque sabía que, si se desmayaba, no podría sostenerlo.

«Larga historia». Frank apareció en mi campo de visión con un botiquín médico. «Recibió un disparo».

La adrenalina me recorrió mientras hacía un inventario de la cantidad de sangre en el saco de su traje y que goteaba por sus dedos. Rex no podría morir así. Apreté mis manos en puños para calentarlas y exhalé. Este no era el momento de perder la cabeza. «Necesitamos llamar a una ambulancia».

«Nada de hospital», murmuró Rex, «seré un blanco fácil».

«Está bien. Mmm. Llevémoslo al dormitorio. No puede quedarse en el suelo».

Rex necesitaba un médico. ¿De dónde diablos íbamos a conseguir uno? Si estuviéramos en Nueva York, tendríamos acceso a su propia red de personas, pero aquí en Atlanta, como él había dicho, éramos blancos fáciles.

Capítulo 21

¿Mafiosos o médicos?

REX

Maldición. Entre la noche de insomnio, el vuelo hasta aquí y el altercado con lo que estaba seguro era un agente del FBI deshonesto, estaba empezando a pensar que se me había acabado la suerte. El dolor punzante en mi hombro me mantenía lúcido, pero había perdido demasiada sangre de camino al hotel. Irónicamente, el enfrentamiento había ocurrido en un hospital cercano, pero como había dicho, sin los contactos adecuados, no podía arriesgarme a dejar que uno de los médicos me tratara. Ellos estaban obligados a informar sobre todas las heridas de bala. El FBI tardaría dos segundos en conectar los puntos y llegar hasta mí.

«La cama parece una buena idea», dejé que Frank me levantara y me llevara a rastras hasta el dormitorio donde Caterina ya había dejado a un lado toda la ropa de cama y cubierto el colchón con toallas de baño.

«¿Por qué sonríes?», se apartó un mechón de pelo de la cara y cogió el saco de mi traje.

«Estás preocupada por mí». Hice una mueca de dolor mientras ella me quitaba la ropa, incluidos los pantalones, los zapatos y los calcetines. No como había imaginado que sería nuestra noche.

«Me preocupa que mi hermano te haya hecho esto». Sus ojos se suavizaron. «¿Lo hizo? ¿Massimo te disparó?».

«No». Me senté en el borde de la cama, inclinando el cuello para revisar la herida. «Parece que mi suerte aún no me ha abandonado».

«Tu hombro está abierto. ¿Cómo pueden ser estas buenas noticias? Se metió entre mis muslos y presionó un paño de cocina limpio en el área. «Creo que se supone que debes mantener la presión hasta que deje de sangrar. O al menos eso es lo que he oído, ni siquiera sé si es cierto». Su labio temblaba.

La profunda V entre sus cejas me indicaba que se preocupaba más por mi bienestar que por mantener la distancia. Colocó sus dedos cerca del corte, luego tomó el peróxido de hidrógeno de Frank y lo arrojó por todo mi costado izquierdo.

«Mierda». El ardor se intensificó a medida que se formaba espuma alrededor de la herida. Cuando sentí que la habitación daba unas cuantas vueltas, cerré los ojos con fuerza.

Para mi sorpresa, Caterina acunó mi mejilla y habló en un tono suave que solo le había oído usar con Michael. «Debiste haberme dejado ir contigo».

«¿Y arriesgar a que fueras tú quien estuviera sentada aquí, herida? Absolutamente no». Tragué contra el dolor. «¿Cómo está?».

«Parece que la bala atravesó tu músculo». Entrecerró los ojos mientras evaluaba el daño. «Vas a necesitar puntos. Muchos de ellos», le dijo a Frank.

«Todo lo que necesitas debe estar en el botiquín médico». Presentó la bolsa como si fuera una especie de ofrenda de paz. «Tengo salchichas en lugar de dedos. Yo no puedo». Frank levantó las manos para mostrarlas. Al lado de los delicados rasgos de Caterina, sus manos parecían recogedores de basura.

«Así que yo, ¿tengo apéndices más pequeños y automáticamente se supone que debo saber coser?». Su mirada se movió entre la de Frank y la mía. «No me gustan las agujas».

«No, pero si tengo la opción, prefiero que un toque delicado atienda mis heridas». Alcancé su muñeca y besé el interior de ella. «Confío en ti. Cuanto antes me cures, antes podremos volver a casa».

«Podemos irnos a casa». Repitió mis palabras y se llevó una mano a la frente. «Bueno, primero necesito llamar a Sam. Tienes más posibilidades si alguien me explica cómo hacerlo».

«Es una buena idea», me recosté sobre la almohada. La suave cama se sentía bien y de repente mi cuerpo pesaba una tonelada.

«Yo me encargo». Frank se alejó mientras metía la mano en el bolsillo de sus pantalones.

«Esto es lo más loco que he hecho jamás». Caterina limpió la mesilla de noche y volcó encima todo el contenido del botiquín de primeros auxilios. «Por eso mamá se negó a ser parte de este mundo mafioso. Odiaba la idea de que papá volviera a casa sangrando así». Agitó una mano hacia mí.

«Estás murmurando». Alcancé su cintura y la hice sentar a mi lado. «Estoy bien. Solo necesito unas cuantas suturas y un trago de whisky».

«Dime la verdad. ¿Fue mi hermano...?», y no dijo más.

«No, no fue él. Massimo y yo tuvimos una conversación relativamente civilizada. No está contento, pero está dispuesto a volver a casa. Estaba con Mikey Gallo».

«¿Gallo? Pensé que toda la familia había sido aniquilada».

«Nosotros también lo pensamos. Massimo lo había estado ocultando todo este tiempo. Pero ahora, gracias a Gallo, ellos, los federales o quienquiera que haya intentado matarnos esta noche, también saben lo de Massimo».

«¿Qué quieres decir?».

«Gallo quería iniciar un negocio de carreras callejeras aquí en Atlanta. En pocas palabras, a los lugareños no les gustó. Tomó represalias secuestrando a uno de los suyos. Massimo y yo fuimos con Mikey para hacerle entrar en razón y terminamos involucrados en un tiroteo. Pude ver bien a uno de los chicos. Olía a cerdo, como agente».

«¿Crees que era del FBI?».

«Tenía esa mirada en sus ojos», asentí.

«¿Dónde está Massimo? ¿El se encuentra bien?».

«Lo está. Dijo que tenía algo que resolver primero, pero que se reuniría con nosotros en Nueva York». Parpadeé lentamente para perseguir las sombras que se arrastraban por los bordes de mis ojos. «Yo confío en él. Verás a tu hermano pronto. Una vez que esté en casa. Estará a salvo. Lo prometo».

Las lágrimas rodaron por sus mejillas rosadas. «Gracias».

Frank volvió con el enfermero Sam al teléfono. «Quiere ver el brazo».

Asentí y subí a la cama para dejarles hacer lo suyo. Caterina se puso de pie de un salto y le arrebató el dispositivo a Frank. Si todavía temía por mi vida, no lo demostró. Habló rápidamente mientras explicaba con detalle la gravedad de la lesión. Aparentemente ya se había presentado una infección leve. Sam la acompañó durante el proceso de verificación de daños óseos y para ver si las laceraciones y marcas en la piel estaban libres de restos, antes de comenzar a coserme.

Mientras escuchaba atentamente las instrucciones de Sam, Frank salió de la habitación y regresó con una botella de Bourbon. Sirvió tres tragos y le ofreció uno a Caterina. «En este momento, nada puede hacer daño», él se encogió de hombros.

«Tienes razón», ella le quitó el vaso y lo arrojó hacia atrás. Haciendo una mueca, se tapó la boca. Después de recuperarse del persistente ardor del licor, estrechó las manos y se volvió hacia mí. «Está bien, sigue añadiendo presión. Creo que puedo hacer esto. Pero necesito practicar un par de veces».

«Hay duraznos en la cocina». Frank volvió a llenar mi vaso vacío. «Yo los traeré».

«Déjame ver». Quitó la tela de mi hombro para echar un vistazo. «¿Cómo la gente puede ganarse la vida con esto?».

«¿Te refieres a mafiosos o médicos?».

«Supongo que ambos», ella frunció el ceño, inclinando la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro para tener una mejor vista.

«En casa, Sam se habría encargado de esto».

«Ella puede hacerlo», la voz de Sam resonó desde la mesita de noche.

Frank regresó con tres opciones de fruta para Caterina. Mis dedos ya se habían entumecido por el dolor, pero ver a Caterina practicar sus movimientos punzantes en una naranja y luego en un melocotón me hizo olvidar la jodida situación en la que estábamos. Sonreí a su perfil, notando cómo se chupaba el labio inferior cada vez que daba un golpe medido.

«¿Estás listo?», ella me miró con su fruta destrozada en la mano.

«Tú eres quien hará todo el trabajo», relajé mi cuerpo y me concentré en su aroma mientras ella enjuagaba nuevamente el área afectada.

La primera puntada dolió muchísimo, pero a medida que avanzaba, su tacto se volvió más seguro y preciso. En algún momento, todo se convirtió en una serie de pequeñas quemaduras. Algunas áreas se sentían tan ardientes que ni siquiera sentía la perforación de la aguja. O el dolor era manejable ahora, o el bourbon ya había hecho efecto.

«Quédate conmigo», dijo con urgencia. «Está ardiendo».

De fondo, una cacofonía de voces fuertes y teléfonos sonando se convirtió en un eco ensordecedor en mi cabeza hasta que la llamada de Caterina para mí se convirtió en un sueño lejano. Mis ojos se cerraban. El desesperado ruido metálico en la habitación cesó, junto con las luces brillantes, el toque de Caterina y el dolor, justo antes de desmayarme.

A la mañana siguiente me desperté sintiéndome como si me hubiera atropellado un camión. La mayoría de mis dolores y molestias desaparecieron en el momento en que noté que Caterina se acurrucaba a mi lado. Se había puesto unos pantalones cortos de pijama y una camiseta sin mangas y tenía el pelo recogido en una cola de caballo. Su forma parecía tan pequeña y delicada a mi lado. No quería nada más que levantarla y besarla hasta que ella me rogara que la tomara.

Mi polla se endureció bajo mis calzoncillos. Mierda. Si no me hubieran disparado anoche, podría haber pasado la noche enterrado profundamente dentro de ella; al diablo con nuestro contrato, su padre y sus hermanos. ¿Por qué se había quedado conmigo? Cualquiera de mis muchachos podría haber dormido en el sofá para vigilarme. Definitivamente jugar al médico no era parte de nuestro acuerdo.

Un gemido bajo escapó de sus labios mientras se movía a mi lado. Solo podía esperar que sus sueños fueran tan atormentados como los míos. Todas las noches no pensaba en nada ni en nadie más que en ella. Delineé la curva de su cadera con mi dedo índice, recordando lo suave que era su piel cuando me dejó tocarla en el viaje en avión hasta aquí. Mi mirada se posó en el arco de su boca. Dios, cómo quería follarme esa boca. Estuve tan cerca de hacerlo ayer antes de darme

cuenta de que debíamos aterrizar en unos minutos.

Cuando ella acarició su cara contra mí, pasé mis dedos sobre los de ella y la observé mientras ella estiraba las piernas y pasaba sus manos por mis abdominales y mi pecho. Sus ojos y labios hinchados la hacían parecer tan joven e inocente. Aspiré su aroma floral y la calidez de su cuerpo rozó el mío.

A lo largo de los años, había aprendido mucho sobre Caterina Alfera, desde sus calificaciones en la universidad o su vino favorito, hasta cuántas vueltas de mi cuerda eran necesarias para hacerla correrse. Pero no tenía idea de cómo se veía por la mañana después de despertarse. Sí, podría acostumbrarme a este tipo de felicidad con ella. En el siguiente suspiro, se sentó con una mirada salvaje en sus ojos.

«Oh, em, lo siento mucho. Me quedé dormida», se alejó de mí.

«No lo lamentes. Te ves bien en mi cama». La alcancé, pero solo encontré sábanas vacías.

Su mirada cayó hasta el bulto de mi ropa interior y sus cejas se alzaron con sorpresa. «Eres increíble».

«Nunca dije que fuera un santo. Cualquiera que se despertara con una hermosa mujer durmiendo a su lado habría tenido la misma reacción».

«Casi mueres».

«Solo fue un rasguño».

«Te desmayaste. La fiebre subió tan rápido y tan alto que tuvimos que llenarte de antibióticos».

«No comprendo. ¿Estás enojada conmigo porque te encuentro irresistible o porque casi muero?».

«Me asustaste», se acercó a mí.

«Gracias por ayudarme. Sabes que no era necesario. La mayoría de la gente habría dejado morir a su enemigo. ¿Por qué no lo hiciste? Esta podría haber sido tu salida». Se me apretó el pecho ante la idea de que tal vez Caterina Alfera no me odiara después de todo. Quería oírla decir ‘No te odio’. «Pensé que me odiabas», le dije.

Se relajó sobre las almohadas junto a la mía, de repente intrigada por las líneas de sus palmas. Como anoche, se mordía suavemente el labio inferior, como si la respuesta a mi pregunta requiriera un esfuerzo serio.

«Yo también lo pensé». Ella me miró con lágrimas en los ojos. «No te odio, Rex».

«Oye», la acerqué hacia mí hasta que apoyó la cabeza en mi pecho.

«¿Cómo te sientes?», señaló con la barbilla mi brazo mal vendado. «Lamento mucho todo esto».

«Estoy bien. Nunca tendrás que preocuparte por mí». Enterré mis dedos en su cabello, deseando estar de vuelta en mi penthouse.

«Tenía miedo de no volver a verte nunca más», pasó su dedo por mis cejas. «O de hablar contigo». Jadeó y el verde de sus ojos se oscureció.

Jesús, conocía esa mirada. Se levantó y me besó en los labios, suave y tentadora al principio. Pero cuando acuné su nuca, ella bajó completamente la guardia. Pasó su lengua por mis dientes, frotando esas hermosas tetas sobre mí.

«Mierda», gruñí.

«¿Te lastimé?», se apartó para mirarme. Sus mejillas ardían de un rojo brillante y sus ojos mostraban el nivel de sorpresa que había sentido ante su repentina muestra de afecto.

«Dios, no», agarré su cintura con mi mano buena. «Nunca antes me habías besado».

«Sí, lo había hecho», juntó las rodillas y se apoyó contra mi costado.

«Me habías devuelto el beso, pero nunca...», pasé la yema de mi pulgar por sus labios. «Nunca así»

Nuestras miradas se cruzaron.

Bueno, ¿quién necesita un plan enrevesado cuando tienes suerte a ciegas?

Había estado tratando de acercarme a Caterina durante años, pero el odio que sentía por mi familia era demasiado grande y no podía ver más allá de quién era yo. 'Bestia', me había llamado una vez. «Después de todo este tiempo, ¿me estás diciendo que todo lo que tenía que hacer para ganar tu favor fue que me dispararan?».

«Esto no es eso», salió de la cama.

Intenté levantarme, pero el dolor subió por mi brazo como un reguero de pólvora. «Jesús», me dejé caer sobre la almohada. «No te vayas».

Se quedó de pie en medio de la habitación, como si sopesara sus opciones. La preocupación y la agonía que había visto en sus ojos la noche anterior habían vuelto. Un golpe en la puerta la salvó de tener que tomar una decisión. Exhalando un suspiro, se arregló la camiseta sin mangas y los pantalones del pijama y abrió la puerta.

«Lamento molestarlos». La voz de Frank resonó por toda la habitación. «¿Está despierto? Se trata de Massimo».

«Adelante», llamé y eché las mantas sobre mis calzoncillos. No por mí, pero pensé que a Caterina no le gustaría que mis muchachos conocieran nuestro asunto. «¿Qué pasa?».

«Massimo no puede encontrar a Mikey. Pero dentro de unas horas irá de camino a Nueva York».

«Ya no hay nada que nos retenga aquí. Prepara el avión. Me gustaría volver a casa».

«Seguro, jefe». Nos dio a Caterina y a mí un rápido asentimiento y salió.

«¿Nos vamos a casa?», Caterina se acercó a mí.

Asentí.

La palabra en sus labios me provocó sorpresa. Había dicho 'nos'. Sin considerar la herida de bala, nuestro viaje a Atlanta resultó más o menos un éxito. Mikey Gallo todavía estaba vivo. Massimo había aceptado volver al redil y, lo que era más importante, Caterina ya no me consideraba su enemigo. Más que eso, creía que ella se preocupaba por mí.

Capítulo 22

Ni siquiera me conoces

CATERINA

El vuelo a casa resultó ser un torbellino de traslados apresurados. Por alguna razón, Rex quería mantener su lesión en secreto. No registramos la salida del hotel. Frank encontró un avión chárter privado para llevarnos desde un aeropuerto más pequeño en Atlanta directamente a Teterboro. Incluso dejó atrás a algunos de los muchachos para mantener la farsa de que se quedaría en Atlanta por un par de semanas, que era la cantidad mínima de tiempo que Sam había dicho que Rex necesitaría para recuperarse.

Tan pronto como aterrizamos, Frank y su equipo llevaron a Rex en una ambulancia, mientras que a mí me acompañaron en una camioneta. Una fuerte presión se apoderó de mi pecho cuando mi auto se alejó, dejando atrás a un Rex convaleciente. Parecía estar bien esta mañana cuando nos besamos. Pero después de toda esta intriga y misterio, no pude evitar sentir que tal vez algo andaba mal, que de alguna manera había estropeado las suturas.

Mi chofer llegó en un tiempo récord al penthouse de Rex. Cuando llegó a la entrada privada, no esperé a que me abriera la puerta. Salí y corrí hacia el ascensor. Por supuesto, sabían que iba a llegar. En cuanto llegué al final del vestíbulo, apareció un guardia para acompañarme escaleras arriba.

El penthouse era un manicomio. Y fue entonces cuando me di cuenta de lo importante que había sido el incidente de Rex. Era el jefe de La Sociedad. A nadie se le permitía mover un dedo a menos que tuviera primero su aprobación. Por mucho que las familias no estuvieran de acuerdo en algunas cosas, todos admitían que Rex estaba a cargo. Si algo le ocurría, ¿quién se haría cargo? Había temido tanto por su vida por mis propias razones egoístas que no había considerado lo que su muerte significaría para todos los demás. Qué existencia tan triste, si ni siquiera podía mostrar un poquito de debilidad, ni siquiera después de recibir un disparo.

Subí corriendo la gran escalera. Afuera, en el pasillo, un grupo de personas con batas blancas parecían estar teniendo algún tipo de discusión. Ajusté mi paso y lentamente me dirigí hacia ellos. Una mujer con un moño de bailarina ajustado que me recordó a una versión mucho más joven de la *signora* Vittoria se separó del grupo y agitó una mano para llamar mi atención.

«Hola, soy la Dra. Salvatore. ¿Supongo que usted es Caterina?». Ella me ofreció su mano y la estreché. Así que, ella y Vittoria Salvatore estaban relacionadas. Supuse que valía la pena tener un médico en la familia. Había muchas cosas que no sabía sobre el mundo de Rex. Nuestro mundo.

«Lo soy», abrí la boca para preguntarle cómo estaba, pero las palabras no salieron.

«Él se encuentra bien. Solo es rutina para asegurarnos de que no pierda una extremidad por esto». Arqueó una ceja y continuó. «Hizo un trabajo decente. Tendrá una cicatriz, pero bueno, al

menos conservará su bonita cara». Ella se rió de su propio chiste.

«Sí, supongo. ¿Puedo verlo?».

«Tal vez más tarde. Ahora mismo necesita descansar. Usted también». Se acercó para mirarme a los ojos.

«Estoy bien», parpadeé varias veces para recuperar la concentración. «Esperaré en mi...» Mierda. No podía decirle que ocupaba la habitación de al lado. ¿Sabría que eso significaba que yo era la más reciente sumisa residente de Rex? «Esperaré en la cocina».

Me di vuelta para irme, pero ella me detuvo. «Caterina, espere». La diversión en su voz me cabreó. Lo sabía. Carajo, ella lo sabía.

«Todos los que están aquí es porque Rex confía en ellos». Señaló mi puerta. «Descanse un poco. Le haré saber a Rex que está en casa».

Me tragué mi orgullo. Uno, porque estaba extremadamente cansada. Y dos, porque no debería importar lo que la Dra. Salvatore pensara de mí. Aunque odiaba que ella supiera tanto sobre mí y yo no supiera nada sobre ella. ¿Por qué Rex le había hablado de mí?

«Está bien». Caminé hacia mi suite con tanta dignidad como pude reunir, cerré la puerta detrás de mí y me tumbé en la cama.

A la mañana siguiente, me desperté y Mary Anne me preparó un baño. Por supuesto que tenía una llave. Puse los ojos en blanco hacia su espalda. «Buenos días», grité.

«Buen día», ella sonrió. «Bienvenida a casa. Traje algo de desayuno y ropa limpia».

«Gracias».

Bien. Había olvidado que no era realmente mi hogar. Si lo fuera, tendría mis cosas conmigo y la llave de mi propia cerradura. Un remolino de amargura se instaló en mi estómago. Dejé que se cocinara hasta que estuve lista para admitir que la verdadera razón por la que estaba molesta con Mary Anne era porque no me permitían ver a Rex.

«¿Como está él?», pregunté de camino al baño.

«Mejor. Él quiere verla».

«Oh». Esas cuatro breves palabras no deberían haberme hecho tan feliz. «Me prepararé».

Me duché y me sequé el pelo con secador lo más rápido que pude y luego me puse la prenda que Mary Anne había dejado en la cama antes de irse. La suave tela azul y verde menta se adhirió a mí como una segunda piel. Era coqueta, cómoda y algo perfecta. Desayuné, sintiéndome nerviosa por volver a verlo.

Ayer habíamos dejado las cosas en un punto muerto realmente incómodo. Principalmente porque no estaba segura de lo que quería de Rex. Sí, claro, cada vez que estaba cerca, lo quería en mi cama. Pero aparte de una relación física, sabía que no podía haber más. Así que, ¿qué diablos estaba yo haciendo aquí?

Terminé mi café y, después de unas cuantas respiraciones relajantes, caminé hacia la habitación de Rex. Mi corazón latía rápido contra mis costillas. ¿Y por qué esto significaba algo para mí en este momento? Solo estaba aquí para asegurarme de que estaba bien. Como haría cualquier persona decente. Llamé a la puerta y di un paso atrás.

La puerta se abrió y la estúpida sonrisa en mi rostro se congeló en un ángulo extraño. Apuesto a que la Dra. Salvatore pensó que era aterrador. «Buen día». Utilicé mi voz empresarial. «Pasé a ver cómo estaba el paciente».

«Está durmiendo», susurró. «Tal vez será mejor que vuelva más tarde».

«Oh. Por supuesto. Más tarde», dije varias veces como una idiota. Esta mujer, al igual que la *signora* Vittoria, me intimidaba. Algo en ella gritaba poder y peligro. Y era tan obvio que no le agradaba. O tal vez simplemente no quería que estuviera cerca de Rex. ¿Sentiría algo por él?

Quiero decir, ¿quién la culparía?

«Ella puede quedarse, Donata», la voz de Rex resonó en el interior.

«Adelante», ella me hizo señas para que entrara.

Hice lo mejor que pude para mantener un paso uniforme y no precipitarme hacia la cama californiana tamaño King de Rex en el otro extremo, con vista a la terraza. La suite de Rex era tan grande como mi apartamento y tenía una vista espectacular de Central Park. La chimenea en el centro de la habitación hacía que el espacio pareciera acogedor y relajante. Al igual que en el piso de abajo, la paleta de colores seguía los mismos tonos de azul marino, grises y marrones.

Estaba sentado en su cama vestido únicamente con pantalones deportivos. Su cabello mojado olía a gel de baño como si acabara de ducharse. Una punzada de celos me atravesó antes de que pudiera detenerla. ¿Donata lo había ayudado con eso? Sacudí la cabeza y saqué todas las imágenes sensuales de mi mente. Rex no era mío. Ni siquiera estábamos durmiendo juntos.

«¿Cómo estás?», mi voz era apenas audible por su tecleo rápido y furioso. Después de unos segundos, se detuvo y cerró su computadora portátil.

«Como nuevo», me sonrió.

«Todavía necesita más días de descanso». Donata pasó junto a mí y se sentó a los pies de la cama.

«Tus vendajes se ven mucho mejor», señalé su pecho. Cuando lo intenté antes, no pude exactamente lograr que el vendaje pasara cómodamente sobre su hombro y alrededor de su pecho, así que lo enrollé alrededor de su brazo. Sam había dicho que tenía que ser ajustado, no bonito. «Yo, em…».

Levantó la mano hacia mí y luego se volvió hacia la diosa sentada a sus pies. «Donata, ¿puedes darnos un minuto?».

«Por supuesto, cariño. Envíame un mensaje de texto si necesitas algo». Ella se puso de pie y me ofreció una sonrisa. «Nada de ejercicio extenuante durante al menos una semana».

«De acuerdo», la vi irse y lentamente cerré la puerta detrás de ella.

«Ven aquí», Rex me ofreció su mano.

Mi cuerpo comenzó a moverse hacia él antes de que pudiera reaccionar mentalmente a su orden. Me detuve y lo miré. «¿Es la sobrina de Vittoria?».

«Sí. ¿Cómo supiste?».

«El apellido. ¿Es ella la sobrina que quedará devastada?».

Él se rió entre dientes. «¿Qué quieres decir?».

«Vittoria dijo eso cuando me conoció. Que su sobrina iba a quedar devastada porque yo estaba aquí». ¿Qué importaba?

«Ven aquí. No me hagas pedirlo de nuevo. Hemos superado toda esta simulación, ¿no?». Su tono era bajo y estaba plagado de promesas pecaminosas. «Llevo todo el día muriendo por besarte». Sus dedos extendidos eran como un imán para los míos.

Deslicé mi mano en la suya y dejé que me pusiera encima de él. Con nuestros cuerpos fusionados, me besó con fuerza hasta que me derretí en él. Esto siempre era lo que pasaba con Rex. Me hacía tirar la lógica por la ventana y olvidar lo frío y solitario que era este lugar sin él. Me hacía olvidar la herida de bala que le había cosido, pero lo más importante, me hacía olvidarme de Donata.

«Jesucristo. No tienes idea de cuánto te deseo».

«Me lo imagino». Presioné mis caderas contra su enorme erección, pasando mi mano por su pecho y su cabello. Los mechones mojados evocaban imágenes de Rex y Donata juntos en la ducha. «Rex, detente». Murmuré, esperando que no escuchara el problema en mi voz.

«¿Qué es?». Sus ojos buscaron los míos.

«¿Te ayudó ella con tu ducha?». Apreté los dientes para evitar decir más. Eso era algo que una novia celosa preguntaría, y yo no era ninguna de las dos cosas.

«No. ¿Por qué piensas eso?». Él se rió.

«Me alegro divertirte». Intenté alejarme de él, pero me abrazó con fuerza. Incluso en este estado, todavía tenía el control. Todavía tenía todo el poder.

«Donata es solo una de mis médicos y una amiga. Nada más. Lo prometo, me las arreglé para ducharme yo solo». Una sonrisa sexy apareció en sus labios. «Tal vez puedas ayudarme con eso mañana». Deslizó su mano poco a poco desde mi cintura hasta el costado de mi pecho.

«¿Ella sabe de mí?».

Soltó aire y esa fue toda la respuesta que necesitaba.

«No puedo creerlo. Me haces firmar un acuerdo de confidencialidad y luego te das la vuelta y les cuentas a todos que soy tu juguete. Ese discurso habría sido más efectivo si hubiera estado parada sobre mis propias piernas y no frotándome todos sus abdominales. «No puedo seguir haciendo esto. Es humillante».

La sonrisa se desvaneció de su rostro y aflojó su agarre sobre mí. «Aparte de Violet, quien amablemente accedió a guiarte a través del proceso, nadie sabe que eres mi sumisa de cuerdas. Estas sesiones son entre tú y yo y nadie más. ¿Lo entiendes?».

«Ella sabía que yo estoy durmiendo en el cuarto de al lado». Levanté la voz para expresar mi punto.

«Ella sí sabe sobre eso».

«¿Por qué se lo dijiste?».

«No lo hice. Su tía lo hizo». Miró hacia arriba, como si buscara las palabras adecuadas. En este punto, no había mucho que pudiera decir para calmar la ira que sentía en la boca del estómago. «Ella también le contó lo que siento por ti».

«Bueno, eso no es nada nuevo. Todo el mundo sabe cuánto odias a mi familia». Me senté en el colchón a su lado.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando él no intentó mantenerme cerca de él. Cuando lo miré, el fuego intenso y tan intimidante que encontré allí me sacó de mi momento de locura. ¿Qué estaba pensando? ¿Que podría simplemente meterme en la cama con Rex Valentino y luego qué? ¿Cómo iba a explicarle a papá que me había acostado con su enemigo? ¿Qué pensaría gente como Donata y Vittoria? Pertenecían aquí. Entendían el mundo de Rex porque también era el de ellas.

«Anoche pensé que habíamos acordado dejar de fingir. Pensé que lo entendías». Giró su cuerpo para mirarme y parpadeó.

«No te muevas. Te lastimarás». Apoyé mi mano en su pecho para que se acostara de nuevo.

Lo hizo, pero luego acercó mis labios a los suyos nuevamente y me besó con un hambre que me dejó sin aliento. «¿Cómo es que todos pueden ver lo que siento por ti, excepto tú? Todo este tiempo. ¿No lo entiendes? Te deseo. Es más que eso». Arrugó el ceño y me miró con los labios fruncidos, como si lo que tenía que decir a continuación le doliera tanto como la herida de bala en el hombro. «Te amo».

«Violet dijo que no podías amar. Que tu corazón no funcionaba de esa manera».

«Ahora sabes por qué. Es por ti. Siempre has sido tú».

Mis labios se han ido. ¿Cómo era esto posible? «Ni siquiera me conoces».

«Conozco lo suficiente. Y lo sé desde hace mucho tiempo». Mantuvo su brazo vendado a su costado mientras sus dedos masajeaban mi nuca. «Ayer estaba demasiado drogado y con

demasiado dolor para terminar nuestra conversación».

«Rex».

«Déjame terminar. Yo sé que me deseas. Eso siempre lo he tenido claro. Lo que no sabía era si alguna vez podrías dejar de odiarme por solo un minuto, el tiempo suficiente para ver mi verdadero yo. Ver al hombre y no al despiadado rey». Dejó escapar un suspiro. «Anoche dijiste que no me odiabas».

Me quedé mirando su hermoso rostro y la suavidad en sus ojos. Pensé en nuestras sesiones, su suave toque y cuánto lo deseaba. Nadie podría besar así a menos que realmente sintiera algo. Nadie podría devolver el beso, a menos que...

«Di algo».

«No te odio».

«Lo sé», me atrajo hacia él hasta que nuestras frentes se tocaron. «No te estoy pidiendo que me ames».

«¿Qué estás pidiendo entonces?».

Su teléfono sonó en ese momento y maldijo en voz baja. Sí, ese era el peor momento posible. Rex Valentino acababa de confesar la madre de todas las confesiones. Lo último que necesitábamos era que alguien irrumpiera de nuevo. Cogió el dispositivo y desvió la llamada. Tres segundos después, en la pantalla apareció un mensaje de texto.

Mary Anne: Los hermanos Alfera están aquí. Y exigen ver a su hermana.

«Mierda». Cogió el móvil que tenía en la mano.

En un instante, se convirtió en el despiadado rey que todos temían. El que nunca se molestaba en pedir y simplemente tomaba. Esta vez, yo era ese algo o alguien. Massimo y Enzo probablemente estaban pensando lo mismo. Que estaba aquí en contra de mi voluntad, lo cual no era así. Rex y yo habíamos hecho un trato. Al principio pensé que solo quería humillarme, pero estaba equivocada. Nunca había hecho nada que me avergonzara. El calor subió a mis mejillas cuando pensé en todas las veces que él me había hecho venir porque se lo había rogado. Todo eso era culpa mía.

Rex me *amaba*.

Mis ojos viajaron desde su rostro hasta mi brazo, donde estaba segura de que sus dedos dejarían una marca. «¿Mis hermanos están aquí?». Me alejé de él, pero esta vez me sujetó con más fuerza con ambas manos. «Te quedarás aquí».

«Tengo que verlos. Rex, han desaparecido durante dos años». Luché hasta que me dolieron los brazos bajo su agarre de hierro.

«No».

«¿Por qué no?».

«Porque no entenderán lo que tenemos».

Capítulo 23

No necesitamos quedarnos sin tiempo

REX

«Rex», sus hermosos labios encontraron los míos nuevamente.

Finalmente, le había dicho la verdad y ella no se alejó. No había dicho que estaba loco por pensar que podía amarme, por pensar que podía amar a una bestia. ¿Por qué sus hermanos no pudieron haber esperado una noche más antes de decidir que querían interpretar a los héroes? Habían dejado sola a Caterina. Todo este tiempo había tenido que lidiar ella sola con Michael. Ahora aparecían pensando que me la podían quitar. No sería muy probable.

«No puedes impedirme que vea a mis hermanos». Frotó su nariz contra la mía, dejando que su cuerpo pesara sobre el mío. «¿Oyes lo loco que suena eso?».

«Estoy loco por ti». Chupé su cuello hasta que, poco a poco, las piezas encajaron y mi cerebro se dio cuenta de que ella tenía razón. Tarde o temprano tendría que ver a Enzo y Massimo. Sinceramente, esperaba que fuera más tarde, mucho, mucho más tarde. Mordisqueé más hacia su pecho hasta que un botón bloqueó mi camino. «¿Recuerdas el día que viniste a verme?».

«Sí».

«Tus tetas me han perseguido todas las noches desde entonces».

«Me ofrecí a ti. Técnicamente, me serví en bandeja para ti». Dejó caer la cabeza hacia atrás. «¿Por qué me rechazaste?».

«¿Por un irracional sentido del deber?». Mis labios se curvaron sobre la sedosa tela de su vestimenta y sus pezones endurecidos.

«Pensé que tal vez no era tu tipo».

«Eres tan jodidamente hermosa. Eso sería imposible». Besé su otro seno, pateándome mentalmente por no haber elegido algo que mostrara más escote en ella. Antes, había pensado que un traje de manga larga sería lo más seguro para el tipo de conversación que tendríamos pendiente para hoy. «Quítatelo. Quítate todo. Quiero verte desnuda como ese día». El tono autoritario de mi voz la hizo temblar en mis brazos. «Apuesto a que tú también estás lista para mí. Mojada y apretada. Mi pequeña virgen», le susurré al oído.

«No puedes seguir haciéndome esto». Ella se echó hacia atrás, jadeando. «Haces que todo sea tan confuso y hormigueante y tan jodidamente bueno».

«Entonces quédate».

«Dios, eres tan inoportuno. El más de todas las personas que he conocido».

«Parece que siempre nos estamos quedando sin tiempo». Dejé caer mi cabeza sobre la almohada.

«Nuestro trato es nuestro trato». Ella me sonrió y pasó los dedos por la tela para arreglarse la

ropa. «Soy una mujer de palabra. Me quedaré contigo. Massimo y Enzo no necesitan involucrarse. Más allá de devolverle la vida a papá con solo estar aquí, claro está. Estará muy feliz de verlos». Pasó las piernas por el costado de la cama y caminó para despedirse.

Si pensaba que la iba a dejar ir sola, es que no me conocía en absoluto. Exhalé todo el aire de mis pulmones hasta que ardió. Luego inspiré, con la esperanza de encontrar la fuerza física para lo que tenía que hacer a continuación. Llevaría a Caterina abajo y de alguna manera no la perdería para siempre.

Mi teléfono volvió a sonar. Tomé la llamada esta vez. «Avisa que estamos en camino. Y consigue a Frank». Dejé caer mi dispositivo en el bolsillo de mis pantalones.

«No puedes caminar así», me dijo ella.

«Querías ver a tus hermanos. Vamos».

Cogí mi camiseta de la silla tapizada frente a la chimenea. Por un segundo, consideré no usarla solo para fastidiarlos, para descontrolar su juego. Pero luego, decidí no hacerlo. En lo que respecta a Caterina, quería hacer las cosas bien. Sin mencionar que sería mejor si no se enteraran de mi incidente en Atlanta. Lentamente me senté en el sofá y me puse los zapatos. De todos los días para tener solo un brazo bueno, ¿por qué tenía que ser hoy? Caterina intentó ayudarme, pero le hice un gesto para que no lo hiciera.

«Está bien pedir ayuda».

Me detuve a medio camino para mirarla. «¿No crees que lo sé? ¿Por qué crees que quería ver a Massimo esta semana?».

«Estaba hablando de los zapatos, pero está bien».

«Lo siento», me puse de pie. «Lo prometí. Puede que no lo parezca, pero estoy intentando hacer lo correcto».

Ella acunó mi cuello. «Si no fuera por ti, ahora mismo sería un desastre».

«¿Por qué te importa lo que piensen?».

«Son mi familia».

Me mordí la lengua y decidí no señalar el hecho de que Enzo y Massimo no estaban aquí por ella. Michael estaba tramando algo. ¿Por qué si no enviaría a sus hijos aquí para recuperar a Caterina cuando había sido él quien había orquestado todo este plan? De alguna manera, sabía que, sin importar lo que él estuviera tramando, ella volvería a quedar atrapada en medio de ello. El viejo no iba a salirse con la suya.

Tomé su mano y la acerqué a mí. No tenía intención de hacer mucho más, pero mi boca encontró la de ella y no podía dejar de saborearla. Especialmente después de que ella se colgó de mi cuello y profundizó el beso.

«Relájate. Esta es tu familia. No les debes nada».

«Lo sé. Simplemente no los he visto desde lo que pasó a mamá. Y ahora están aquí precisamente gracias a mí», ella suspiró.

«¿Quieres decir, en la guarida de su enemigo?».

«No te burles de mí». Me dio una palmada en el pecho y luego se tapó la boca. «Lo siento».

«Respira, Caterina», la giré y presioné mis labios contra su oreja, como lo había hecho la primera vez en la sala de cuerdas. «Toma una gran bocanada de aire. Lo más que puedas. Y mantenlo».

Hizo lo que le pedí sin hacer preguntas. Habíamos llegado tan lejos en este sentido. La sostuve por unos cuantos segundos más y luego exhalé junto con ella.

«Gracias», ella me sonrió. «Mamá estaría muy triste al ver cuán desconectados nos hemos vuelto. Estos no somos nosotros. Somos una familia. Extrañaba tener una familia».

El rosado había vuelto a sus bonitas mejillas y parecía tener más control. Le importaba lo que pensaran de ella, y eso hizo que mis entrañas se retorcieran de culpa. Si no hubiera estado preocupada por su papá, no estaría aquí conmigo. Quería decir que lamentaba la decepción. Pero sabía que ella no lo entendería. Aún no. Maldita sea, necesitábamos más tiempo.

Desde lo alto de las escaleras, vi a Enzo y Massimo cerca de la chimenea. Altos y morenos era como cualquiera describiría a los hermanos. Si Caterina era un ángel perdido en mi mundo, los hermanos Alfera eran todo lo contrario. Porque a diferencia de Caterina y su madre, Anna, Michael y sus hijos nunca abandonaron La Sociedad, en realidad no. Por el bien de Anna, todos fingieron y mintieron.

«Massimo». Caterina prácticamente corrió a los brazos de su hermano.

Les dejé tener su momento mientras le enviaba un mensaje de texto a Frank y le pedía que estuviera listo. Él respondió de inmediato para informarme que tenía veinte hombres afuera de la puerta principal y otro equipo abajo. A menos que Enzo estuviera preparado para la guerra, Caterina no iría a ninguna parte esa noche.

«¿Estás bien? Te ves... mayor». Frunció el ceño oscuro mientras inspeccionaba a su hermana pequeña.

«Han pasado dos años, idiota», ella lo golpeó de lleno en el pecho.

Le hubiera dado mejor un gancho de derecha.

Enzo y Massimo la superaban al menos por unos veinte centímetros, al igual que yo. Pero, así como ella nunca se había sentido intimidada por mí, ella tampoco aceptaba una mierda de ellos. Les reprendió lo egoístas que habían sido al irse y luego ignorar todas sus llamadas.

«Lo sé», Enzo la interrumpió en medio de su discurso para darle un abrazo de oso. «Fuimos unos idiotas. Nos equivocamos. Por eso estamos aquí. Te llevaremos a casa. No le debes nada».

«Es bueno verlos, chicos». Crucé los brazos sobre el pecho e inmediatamente me arrepentí cuando el dolor me atravesó.

Enzo me fulminó con la mirada. Si no estuvieran tratando de alejarme de Caterina, me habría reído de lo familiar que me resultaba ahora ese ceño fruncido. Enzo y yo éramos amigos hace mucho tiempo. Antes de que nuestros padres nos arrojaran una bomba con sus tonterías sobre el deber, el honor y hacer lo correcto por nuestras familias. Ese día pusieron nuestras vidas patas arriba. Después de esa noche, Enzo y yo comenzamos a separarnos lentamente hasta que nuestra amistad se convirtió en nada más que rivalidad y odio.

«Puedo cuidarme yo sola, Enzo». Miró en mi dirección durante un segundo y luego volvió a centrar su atención en sus hermanos. «En realidad, los necesitaba hace unos días, pero afortunadamente, Rex estuvo allí para salvarme. Me trajo aquí para protegerme. La Sociedad está bajo ataque».

«¿Y tú crees eso? ¿No crees que todo esto es solo para quedar como el héroe?». Enzo avanzó hacia mí, pero Caterina le cortó el paso.

«Él está diciendo la verdad. Alguien fue por papá y por mí».

«Alguien también fue por Mikey. Cuando estábamos en Atlanta». Massimo se encogió de hombros como diciendo, “no mienten”.

Pero más allá de eso, no se molestó en aclarar a Enzo, lo que significaba que habían venido aquí con un plan. Me mantuve concentrado en mi respiración, deseando que el dolor en mi hombro desapareciera. No podía hacer mucho con el dolor de mi corazón.

«¿Qué desean? Me cuesta creer que están aquí para ver si su hermana pequeña está bien, después de todo este tiempo».

Frunciendo los labios, Enzo buscó dentro de la chaqueta de su traje y sacó un trozo de papel.

Caterina se lo quitó. Desde donde estaba, todo lo que podía ver era el emblema del Crucible. Era una declaración. Si tuviera que adivinar, sería el estado de cuenta de Michael del Crucible.

Caterina arrugó la hoja que le había arrebatado y se volvió hacia mí con ojos brillantes. «La deuda de papá... pagada».

Quería abrazarla y decirle que todo estaba bien. Que su papá no merecía toda esta lástima y lealtad. «¿Cómo conseguiste eso?», le pregunté a Enzo.

«Sabemos por qué Caterina está aquí». Massimo arqueó una ceja para enfatizar lo que quería decir.

Los imbéciles pensaban que había pagado por sexo. Estaba bien con que pensaran eso. «No puedo controlar las acciones de tu papá. No más que ustedes». Me metí las manos en los bolsillos para evitar acercarme a Caterina. Parecía tan sola y tan herida. «Ve al grano».

«¿Le dijiste a papá?», Caterina contuvo el aliento. «¿Lo sabe él?».

«Jesús, Caterina. ¿Crees que es un idiota? Él nos dijo. Nos mandó a buscarte». Después de la estentórea revelación de Enzo, la habitación quedó inquietantemente en silencio.

«¿Cómo se enteró papá?», ella se volvió hacia mí.

«¿No es obvio?», alcancé su mano. «Él te envió a mí».

«Rex, sabes que vine a ti por mi propia voluntad».

«Eso no es lo que quise decir». Este era el peor momento.

«Lo hecho, hecho está», Massimo intervino. «Su deuda está saldada».

«No te creo». Una descarga de adrenalina me recorrió. Ahora tenía miedo... miedo de perderla.

«Es verdad», Caterina se volvió hacia mí. «La deuda ha sido pagada. ¿Cómo?».

«Tenía el dinero». Enzo se encogió de hombros. «Cuando papá me lo explicó, vinimos directamente aquí».

A la mierda mi suerte. Desde el momento en que Caterina firmó nuestro contrato, supe que terminaría antes de lo que esperaba. Pero siempre asumí que sería después de que tuviera tiempo de hacerle ver que pertenecíamos el uno al otro. Después de que ella tuviera tiempo de ver que no éramos muy diferentes. Ese destino nos había unido por una razón. La Sociedad todavía estaba bajo ataque. La necesitaba y necesitaba que la familia Alfera me respaldara. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el viejo cambió de opinión acerca de ayudarme?

«Todo eso está bien. Pero Caterina y yo todavía tenemos un trato. Nuestro acuerdo no termina hasta que yo lo diga». Caminé hacia ella, pero ambos hermanos se pusieron firmes.

«Quieres decir hasta que se liquide la deuda», Caterina me lanzó una mirada asesina.

«Leíste el contrato. ¿Qué decía?».

Abrió la boca para hablar. Al darse cuenta de que nunca habíamos discutido una forma de rescindir el contrato al momento de hacer el pago de la deuda de Michael, y sus ojos se abrieron más. La ira que se registró allí fue suficiente para borrar la sonrisa de mi cara. Había sido un golpe bajo poner solo una línea de tiempo en la página y no una forma de pago. Pero nunca me importó el dinero. Me importaba pasar seis meses con ella.

«¿Me engañaste?», finalmente salió de su desconcierto.

Bueno, era más que eso. Ella estaba, y con razón, enojada conmigo otra vez. La pregunta del millón era, ¿Caterina aceptaría mi farol? Estaba dispuesto a llevarla al límite, pero no iba a llamar a la maldita policía por negarse a cumplir un contrato que estaba destinado a servir como un conducto de confianza más que como un documento legal.

«Parece que estamos en un punto muerto». Presioné enviar en mi teléfono. Antes de que a Caterina se le ocurriera algún otro insulto, mis muchachos irrumpieron. «Caterina se queda».

«Vete a la mierda», Massimo apretó los puños. «Anoche pensé que querías ayudar a marcar la diferencia».

«Todavía quiero hacerlo». ¿Estaba siendo el idiota? Absolutamente. Pero Caterina se habría quedado conmigo si Enzo y Massimo no hubieran venido aquí con sus proverbiales armas desenfundadas, avergonzándola por lo que hizo para salvar a su padre. La miré a los ojos. Se sentía tan lejana. Y pensar que hacía apenas unos minutos ella estaba en mis brazos repitiendo mi nombre. «Caterina, no necesitamos quedarnos sin tiempo. Nos pertenecemos juntos».

«Deberías haber pensado en eso cuando orquestaste toda esta trampa. Confié en ti. Pensé…».

«Suficiente», Enzo tomó el documento arrugado y lo guardó en su abrigo. «Nos vamos a casa ahora mismo. Coge tus cosas».

«No traje nada conmigo», ella me frunció el ceño.

Apostaba a que, en este momento, ambos estaban pensando lo peor. Bien. Eso sí me lo merecía. Cuando pasó junto a mí, la agarré de la muñeca. Su aroma floral fue un shock para mis sentidos. Tenía mucho que decir, pero no se me ocurrieron las palabras adecuadas. En cambio, pensé en ella atada a mis brazos en completa rendición. «Estás cometiendo un error».

«Mentiste».

«Sabes que no hago eso», fruncí los labios.

«Oh, no. Me olvidé. Manipulas la verdad para que se acomode a tu gusto. Jesús, Rex. Eso es una mentira. Vine aquí por culpa de papá. Creo que está bien que me vaya de aquí también por su culpa». Ella apartó su brazo. «Él me necesita. Todos me necesitan».

Yo te necesito. Quería decirlo, pero no aquí, no con sus hermanos mirándonos.

«Dile a tus hombres que se hagan a un lado». Enzo se colocó entre Caterina y yo.

Yo era más alto que él y más que dispuesto a defenderme. Pero eso no solucionaría nada. Por el bien de La Sociedad y de nuestras familias, tenía que dejarla ir. Tenía que olvidarme de ella y seguir adelante.

«Déjenlos pasar», dije con los dientes apretados.

La ira me invadió, ardiente, espesa, hasta que todo lo que vi fue rojo mientras Enzo y Massimo escoltaban a Caterina hacia la puerta. Ella cruzó el umbral y yo contuve la respiración, esperando que ella se diera vuelta y me dijera que no quería irse, que la obligara a quedarse.

Llegó hasta los ascensores antes de volverse hacia mí con lágrimas en los ojos. Toda esta planificación. Al final, solo había logrado herirla profundamente.

«Lo siento». Articulé antes de que las puertas del ascensor se cerraran por completo.

Capítulo 24

Epílogo

REX

Cerré la puerta principal y subí las escaleras. Mi cabeza daba vueltas y todo lo que podía escuchar era el arrepentimiento en la voz de Caterina. Jesucristo, casi la tenía. Ella estaba en mis brazos y lista para mí. ¿Habría hecho alguna diferencia para ella si hubiéramos tenido relaciones sexuales? Probablemente no. Ella había estado muy herida y enojada cuando se fue. Eso era culpa mía. Tenía tanto miedo de perderla. Estaba obligado a conservarla y perderla de todos modos.

A mitad de las escaleras, mi maldito hombro decidió actuar y descargar un intenso dolor por mi espalda.

«Puta madre». Me apoyé contra la pared en busca de apoyo y me deslicé hasta el suelo. El frío mármol me alivió un poco el hombro, que parecía sangrar de nuevo. Puntos negros flotaban frente a mis ojos y bloqueaban mi visión de un par de piernas con tacones altos. «Caterina», me estiré para alcanzarla.

«Por el amor de Dios. Sabía que este pequeño experimento tuyo no terminaría bien».

Mis ojos se abrieron de golpe y se centraron en el rostro de Donata. Hice una mueca y miré mi brazo. «Creo que me desmayé por un minuto».

«¿Lo crees? Una parte de tu hombro está tratando de recomponerse. ¿Qué parte de quedarse en cama es tan difícil de entender?». Ella sacudió la cabeza y pasó su brazo alrededor de mi cintura para ayudar a levantarme. «¿Puedes caminar o debería llamar a tus muchachos?».

«No. Lo puedo hacer». Caminé penosamente hasta mi suite y me senté en el sofá frente a la chimenea.

«Deberías acostarte». Donata se acercó a la mesa auxiliar, preparó una jeringa y luego se sentó a mi lado.

«Estoy cansado de la maldita cama». Aparté su mano con un gesto. «Sin drogas. Me vuelven estúpido. Ahora mismo necesito pensar».

Apoyé la cabeza en el cojín y miré la moldura del techo. ¿Qué diablos había pasado? De un solo golpe había perdido a Caterina y el apoyo de la familia Alfera. No importaba cuánto lo intentara, parecía seguir retrocediendo en lugar de avanzar. Me puse de pie y caminé hacia el carrito de la barra para servirme un whisky.

«Como tu médica, me gustaría señalar que beber en tu estado es una mala idea». Donata se acercó a mí y tomó un vaso.

«Como mi médica, ¿me vas a detener?», llené su taza.

«Incluso como estás, no creo que pudiera hacerlo», ella chocó mi vaso. «Salud».

Me acompañó a la cama. La dejé quitarme los zapatos y esponjar mis almohadas. Cuando

terminó, apoyó el muslo en el costado del colchón y apoyó la bebida contra el pecho. Me estudió durante un rato y finalmente habló. «Escuché todo».

«Estoy seguro de que lo hiciste. Los hermanos Alfera no estaban exactamente tranquilos».

«¿Qué ves en ella? Quiero decir, claro, es bonita, pero tiene miedo de su propia sombra», ella frunció el ceño.

Por supuesto, Donata vería el miedo de Caterina como una debilidad. Pero la cuestión era que Caterina no tenía miedo por ella misma, tenía miedo por su familia. Valoraba eso en ella. Incluso si eso fuera lo que nos separaba hoy.

«Ella se preocupa por su familia».

«Estoy seguro de eso», se rió entre dientes. «El viejo debe haber armado un numerito. ¿Qué pasará ahora, Rex? El viejo parece haber cambiado de opinión».

«Parece que sí». Tomé un largo trago de whisky. «Creo que quiere hacerme la guerra para recuperar su trono».

«Qué semana has tenido», ella inhaló. «Primero, te ganas el favor de la dulce princesa. Luego, te disparan tratando de ayudar a su hermano. Después, el otro hermano llega y la rescata». Me señaló con un dedo largo, mirando hacia arriba como si tratara de recordar todos los eventos jodidos de los últimos días. «Y ahora ella te odia otra vez. Deberías haberte casado conmigo cuando tuviste la oportunidad».

«Nos hubiéramos matado en la primera semana», solté una carcajada.

«Seguramente».

«Como mi médica, ¿no deberías intentar hacerme sentir mejor? O al menos dame algún buen consejo. No necesito un recordatorio de la mierda en la que se ha convertido mi vida».

Terminó el resto de su whisky y regresó a la mesa de café en la sala de estar. Cuando regresó, tenía una jeringa en la mano. «Como tu médica, te recomiendo que tomes los malditos medicamentos y descanses para que puedas sanar».

«¿Y como mi amiga?».

«Bueno», ella me ofreció un encogimiento de hombros con una sonrisa engreída en su rostro. «Como tu amiga, te sugiero que tomes los malditos medicamentos, descanses para que puedas curarte y luego le des al viejo una buena pelea. No puede quedarse con todo el pastel y comérselo también».

«Estás empezando a sonar como Vittoria».

«Mi tía es un montón de cosas terribles. Pero rara vez se equivoca». Ella se sentó a mi lado. «Rex, por una vez, mi familia y la tuya quieren lo mismo. Hay un cáncer en La Sociedad. Necesitamos eliminarlo».

«Michael dijo exactamente lo mismo». En ese momento, lo único que podía pensar era que Caterina solo podría estar a salvo conmigo. Tenía la cabeza tan metida en el trasero que no vi más allá de las medias verdades del viejo.

«Tienes el respaldo de mi familia. Pero sabes que en nuestro mundo es difícil encontrar amigos. Y aún más difícil es mantenerlos». Apoyó las manos en las caderas. «Los hombres desesperados harán y dirán cualquier cosa».

«Lo sé».

«Elige sabiamente, Rex».

Me quedé mirando las luces de la ciudad más allá de las altas ventanas. Ella tenía razón. Donata entendía este mundo mafioso tan bien como yo. Tenía a la hermana de su padre para que le enseñara. Yo había tenido a papá. Desde que dejé Atlanta, dos cosas no cuadraron para mí. Una, ¿cómo pudo Mikey Gallo escapar de dos intentos de asesinato en los que toda su familia

había terminado muerta? Mikey no era tan inteligente ni tan afortunado. Y dos, ¿cómo fue que Michael, sin pruebas, supo exactamente quién lo había atacado?

Se apresuró a culpar al FBI. Y caí en ello. Michael sabía que yo conocería la historia de papá con los federales. Sí, nos odiaban y nosotros también los odiábamos. Pero acabar con toda una familia mafiosa requería recursos y muchísimos conocimientos. Información secreta que solo tenía la junta directiva.

Hijo de puta. Michael Alfera había ido demasiado lejos esta vez.

«Él la está usando de nuevo. Esta vez, la está usando para llegar a mí». Cerré mi mano en un puño con ira y mi hombro rápidamente protestó. «Ella es inocente. Ella no se merece esto».

«¿Quieres vivir? Mantente alejado de ella. Es la única oportunidad que tienes de ganar esta pelea con su padre». Los ojos de Donata se suavizaron. Ella realmente quería que yo sobreviviera a esto. «Sabes que tengo razón».

«Sí. Pero, aquí está la cuestión. Ella me fue prometida. Ella es mía».

«¿Cómo sabía que ibas a decir eso?», dejó escapar un suspiro. «Michael cree que ella te debilita. Honestamente, todos pensamos eso».

«Quiere ser despiadado. Bien».

Había fracasado hoy. Rotundamente. Pero eso no significaba que estuviera dispuesto a renunciar a la promesa que le hice a papá. Juré salvar La Sociedad, reunir a las familias y honrar nuestro código para proteger a nuestra gente. No estaba dispuesto a rendirme solo porque un viejo codicioso estaba decidido a querer volver a ser rey.

Esto estaba lejos de terminar. Había sido paciente con Michael debido a su larga amistad con papá. Pero ya había sido suficiente. Al diablo mi suerte. Sabía lo que tenía que hacer. Y estaba seguro de que Caterina me odiaría por ello. De verdad esta vez.

Saqué mi teléfono del bolsillo de mi sudadera y llamé a Frank. Como de costumbre, contestó al primer tono. No esperé las cortesías. «Prepara mi avión. Saldremos por la mañana».

«Entendido, jefe. ¿A dónde?».

«Ibiza. No avises al equipo que vamos a llegar».

«Entendido». La estática llenó el aire y me di cuenta de que quería preguntar si Caterina también vendría.

«Tú y yo nos encargaremos de esto solos. Asegúrate de que el equipo de seguridad de Caterina permanezca con ella. No confío en Michael».

«Sí, señor».

Colgué y miré a Donata, que tenía la sonrisa más grande en su rostro.

«El rey ha vuelto».

«Estoy siguiendo tu consejo», señalé la jeringa.

«¿Qué hay en Ibiza?», me llenó de analgésicos, un coctel diseñado por ella misma.

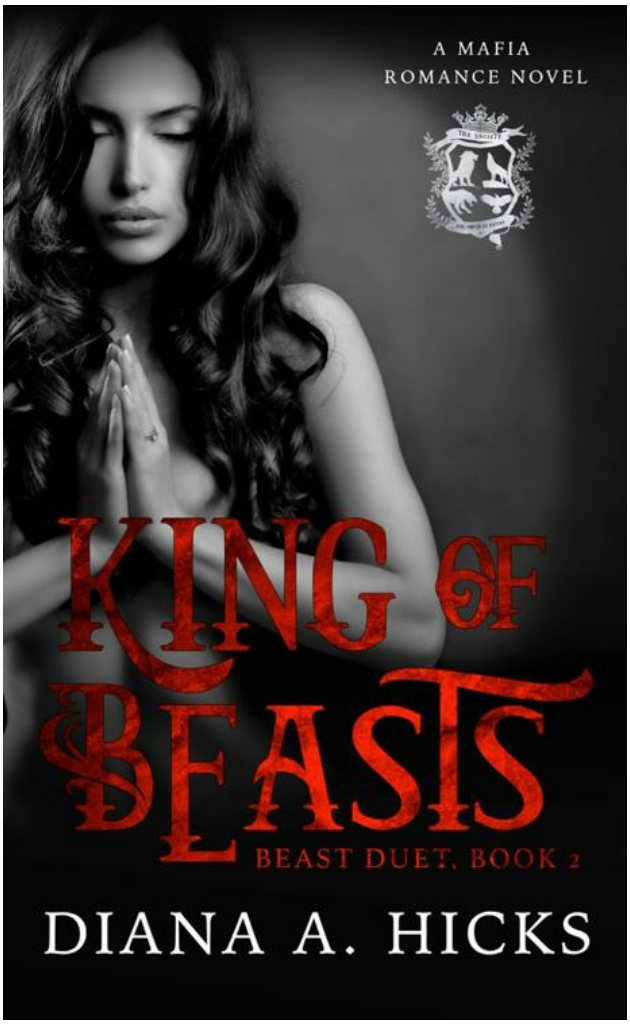
«Una corazonada», murmuré.

Hasta ahora, había estado trabajando bajo un montón de suposiciones y corazonadas. Ahora, necesitaba pruebas. Necesitaba todos los putos nombres deletreados. Por el bien de Caterina, esperaba que el de su padre no estuviera en esa lista. La Sociedad tenía reglas muy específicas al respecto. Y no perdonaba a nadie.

Mi mente poco a poco empezó a divagar, hasta que los latidos disminuyeron. Cerré los ojos y dejé que las imágenes de Caterina se reprodujeran en mi cabeza como una película. Al menos tenía eso. Recuerdos reales de ella. Sabía cómo olía su piel y a qué sabía. Y eso tendría que ser suficiente. Había demasiadas vidas en juego.

No podía permitirme ser débil. Tenía que dejarla ir.

* * *



Muchas gracias por leer el Libro 1 de “El Rey de las Bestias”. Espero que hayas disfrutado de la emocionante travesía de Caterina y Rex. Su épica historia de amor llega a su fin en El Rey de las Bestias (Beast Duet #2), donde Caterina descubre la verdad acerca de los planes de Rex y el contrato de su padre con La Sociedad.

Descarga El Rey de las Bestias (Dúo de Bestias #2) ¡hoy mismo!

Incluí el primer Capítulo de Rey de las Bestias (Dúo de Bestias #2). Que podrás revisar GRATIS. Adelante, sabes que quieres hacerlo. :-)

* * *

¿Deseas leer más romance oscuro? Si disfrutas de las lecturas apasionantes, considera dejar un amable comentario. Eso me permitirá saber que te gustaría leer más libros como este.

El Rey de las Bestias

Beast Duet, Libro 2

Capítulo 1

Cabrones con armas

REX

Caterina Alfera estaba a salvo en casa. La mayor parte del tiempo se había quedado en el departamento de su hermano, en el Upper East Side, debidamente escoltada, solo iba a trabajar dos veces por semana. Releí el registro diario de las idas y venidas de Caterina hasta que las letras se desdibujaron y se cruzaron. Luego, cambié a revisar el conjunto de imágenes de ella.

Contemplé las distintas fotografías donde aparecía almorzando con un compañero de trabajo, comprando flores, tomando un café con leche y un montón de otras cosas mundanas que hacía la gente normal, como si el tiempo que habíamos pasado juntos no hubiera existido. Había transcurrido un mes entero desde que había dejado la ciudad de Nueva York... desde que ella me había dejado. Y aún no sabía cómo olvidarla. Cerré la pantalla del iPad y la aparté.

A través de la ventana del yate, los rayos de la luna se deslizaban por la enorme cabina. Me imaginé a Caterina sentada sobre sus talones en el charco de luz del suelo. Y me afectaba todo mi ser el no tenerla así otra vez. Caterina seguiría siendo mi sumisa de cuerda durante otros cinco meses. De una forma u otra, conseguiría que terminara su contrato conmigo. Por ahora, tenía que mantenerme alejado de ella.

Por su propia seguridad, necesitaba que Michael pensara que había ganado esta ronda. Técnicamente, lo había hecho. Me había quitado a Caterina y aún no tenía idea de quién estaba matando a los miembros de La Sociedad. El tipo había cubierto bien sus huellas. En todas las semanas que había pasado en Ibiza no había encontrado nada que indicara quién estaba detrás del asesinato de la familia Gallo. Tampoco tenía pruebas de que el FBI estuviera detrás de todo esto, o de quién fuera la rata que nos había vendido. Por su culpa, La Sociedad estaba a punto de ser erradicada para siempre. No podía permitir que eso sucediera. Había hecho una promesa a papá y tenía la obligación de cumplirla.

«Permiso para subir a bordo, Capitán». Santino Buratti se apoyó en el marco de la puerta. Su cabello revuelto y su corbata desabrochada me indicaban que había estado de fiesta toda la noche.

«Vaya manera de pasar desapercibido». Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. Eran las tres de la mañana. Por costumbre, restaba seis horas para calcular el tiempo en la ciudad de Nueva York. «Estás aquí para ayudarme a encontrar a Mikey Gallo, no para pasar las noches bebiendo como estúpido». Me puse de pie y caminé alrededor del escritorio.

La familia Buratti era una de las cinco familias originales de La Sociedad. Un atentado contra la vida del padre de Santino les hizo darse cuenta de que todos estábamos en peligro, que

quienquiera que había matado a los Gallo, vendría por nosotros ahora. Cuando Santino descubrió que yo había viajado para seguir una pista, se acercó a mis muchachos y les ofreció ayuda.

Juntos habíamos estado rastreando a los socios de Mikey en Ibiza, pero hasta el momento toda la información no nos había llevado a ninguna parte. Estaba empezando a pensar que mi instinto me había llevado por mal camino. Estaba seguro de que Mikey no había sobrevivido a los ataques contra su familia porque tenía tanta suerte, sino que seguía vivo porque había hecho un trato. Esperaba que alguien en Ibiza supiera quién estaba detrás de todo esto. Necesitaba un puto nombre... o nombres. Porque estaba seguro de que Michael no estaba actuando solo.

«Para que lo sepas...», levantó un dedo y tropezó con un sillón, «estaba siguiendo una pista».

«¿Y?».

«Otro callejón sin salida». Se encogió de hombros y extendió las piernas frente a él.

«Estoy tan cansado de perseguir sombras». Caminé a lo largo de la habitación, disfrutando de la brisa salada que soplaba a través del puerto deportivo y las ventanas abiertas debajo de la cubierta.

«Yo también estoy harto de este viaje de mierda. Es hora de que nos vayamos a casa, Rex». Lanzó una mirada hacia la puerta. «Por eso hice algo que no te va a gustar».

Hizo una señal con la mano y cinco tipos irrumpieron con sus armas apuntando a mi cabeza. El hijo de puta me había vendido. Miré a Santino. La sangre bombeó rápida y fuerte a través de mí mientras consideraba mis opciones. Si empezaba a disparar, lo harían ellos antes de que pudiera salir del barco. *Puta madre*. Mi única salida era lograr que Santino reconsiderara, que pensara en lo que sus acciones implicarían para La Sociedad y su familia.

«Queremos lo mismo, Santino. Si yo caigo, caemos todos. Acabas de firmar tu propia sentencia de muerte».

«Tal vez». Apoyó la cadera en el borde del escritorio. «Hemos estado tratando de hablar con estos tipos durante semanas. No saben nada. Son solo unos cabrones con armas».

«Tenemos órdenes de traerlo». Uno de los hombres habló mientras caminaba hacia mí. Por el matiz de miedo en sus ojos, tuve que asumir que sabía exactamente quién era yo.

«¿Lo ves? Ahora podrás conocer a su jefe». Levantó una ceja como si estuviera esperando que lo felicitara por su brillante plan.

«Me serviste como cebo».

«Caterina está interfiriendo en tu capacidad para hacer tu trabajo, Rex. No finjas. Todos sabemos acerca de ti y ella. Su relación ha trascendido más allá de lo comercial. Y no solo eso, sino que Michael Alfera ha decidido que ya no necesita cumplir su parte del trato con tu familia».

Fruncí los labios, deseando poder decirle que estaba equivocado.

«Dijiste que viniste aquí para obtener un nombre, descubrir quién nos persigue. Pero, más bien, creo que viniste aquí para demostrar que el padre de Caterina es inocente en todo esto. Cuando sabes muy bien que ese viejo vendería su propia carne y sangre para conseguir lo que quiere. Por culpa de Caterina, tienes miedo de descubrir la verdad, por eso en todo este tiempo no has logrado el más mínimo progreso. ¿Querías la ayuda de la familia Buratti? Aquí estamos. Eso es progreso». Se volvió hacia el grupo de hombres que lo acompañaban. «¿Qué carajo están esperando? ¿Su permiso? Llévenselo».

Al instante, los cinco hombres se abalanzaron sobre mí. Le di un puñetazo a uno de ellos en la mandíbula y luego en el estómago. El esfuerzo no me sirvió de nada. Sin la ayuda de Santino, no tenía ninguna posibilidad de salir. Él retrocedió mientras los tipos me derribaban y dejaban que su líder me estrangulara. Lo último que vi antes de desmayarme fue la cara de Mikey Gallo.

Hijo de puta.

Cuando desperté, la luz del día brillaba intensamente en el cielo. El agua azul brillante chapoteaba contra el yate. A lo lejos se alcanzaba a ver una franja de tierra. La miré con los ojos entrecerrados mientras intentaba orientarme. Estábamos mar adentro sin ni un solo barco a la vista. Si Mikey quería matarme, este sería el lugar perfecto para hacerlo. También, fácil de limpiar, ya que todo lo que tendría que hacer sería lanzarme por la cubierta.

«Lo tenías todo. ¿Qué te ofreció el FBI que no tuvieras ya?», le fruncí el ceño a Mikey.

Aparte de las suposiciones de Michael Alfera, no tenía pruebas de que el FBI estuviera detrás de los asesinatos, pero Mikey no lo sabía. Incluso, si no lograba salir de esta, todavía quería saber quién nos había traicionado. ¿Santino llevaría esa información a su familia y arreglaría las cosas? Siempre había sido una especie de lobo solitario. Debería haber sabido que se iría solo en busca de respuestas.

«Me ofrecieron mi vida y mi libertad», cruzó los brazos sobre el pecho, «y un asiento en la mesa. Algo que mi propia maldita familia nunca pensó en ofrecerme».

Los círculos bajo sus ojos eran más profundos que la última vez que lo había visto en Atlanta. Esa noche me habían disparado tratando de ayudarlo. «El grupo en Atlanta. No iban tras de ti, ¿verdad?».

«No. Estaban ahí por Massimo. Pero luego apareciste».

«Traicionaste a tu mejor amigo», solté una carcajada. «Massimo pasó días buscándote. Estaba preocupado por ti. Y mientras, no lo pensaste dos veces para arrastrarlo hasta Atlanta solo para que lo mataran».

«Estoy cansado de vivir en las sombras. Huyendo siempre. Amo a Massimo. Pero me amo más a mí mismo. Al final, todo salió bien. Massimo sigue vivo».

«Eres un puto cobarde. Podrían haberlo matado. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que el FBI decida que ya no eres necesario? ¿Qué crees que va a pasar entonces?».

«¿Que te importa? No estarás aquí para verlo». Un hombre mayor subió a cubierta. El pelo grasiento y el traje barato lo delataban. Era un agente.

«¿Quién carajo eres tú?», me encontré con su mirada.

«Soy el héroe. El que está aquí para salvar el día». Me fulminó con tanto odio y codicia en sus ojos que solo podía suponer que había estado esperando este día durante mucho tiempo. El hombre debía tener cerca de sesenta años, lo que significaba que en algún momento él también había estado persiguiendo a papá.

«¿Nuestro héroe tiene un nombre?». Cambié mi peso contra los dos hombres que me sujetaban. La silla se inclinó hacia adelante y el cerdo retrocedió arrastrando los pies como si me tuviera miedo, era un cobarde.

«Agente especial a cargo, Clifton». Me ofreció su mano y luego se rió entre dientes. «Veo que estás atado».

«Vamos, haz lo que tengas qué hacer. ¿Qué estás esperando, Clifton?». Lo desafié a hacer su movimiento.

«Quiero saborear este momento. Michael no creyó que yo pudiera hacer esto. Pensó que sería más difícil atraparte. Mírate. No estoy impresionado». Señaló la brida que rodeaba mis muñecas.

«No hiciste un trato con Michael. ¿Qué le ofreciste a Michael Alfera?».

«Tengo mucho que ofrecerle», me señaló con el dedo. «Una nueva Sociedad, por ejemplo».

Jesucristo.

Tenía sentido. Apostaría a que las cabezas de los cinco “Don” le valdrían a Clifton un montón de brillantes medallas dentro de la agencia. Con el concejo eliminado, Michael tendría la

oportunidad de entrar y construir algo nuevo, completamente bajo su mando.

¿Dónde diablos estaba Santino? ¿En realidad, Clifton lo había dejado ir? ¿O estaba muerto? Santino era el siguiente en la línea para representar a su familia. Ya dirigía la mayoría de los negocios de Buratti. Si Clifton estuviera buscando atrapar ballenas grandes, Santino sería una de ellas, a menos que el imbécil también nos estuviera traicionando.

«Vine a Ibiza para conseguir solo un nombre». Miré de reojo detrás de mí y vi a dos hombres al lado de Gallo. «Y ahora tengo tres. No pararé hasta que tú, Mikey y Michael paguen por lo que hicieron».

«Suficiente», Mikey entró en mi campo de visión. «Arrójalo por la borda ya. Aquí somos presa fácil».

Eché un vistazo al helicóptero que se aproximaba rápidamente. «Sí, lo son».

El helicóptero dio vueltas a nuestro alrededor mientras las balas caían implacablemente sobre la pulida cabina. En cuestión de segundos, el yate comenzó a crujir y a inclinarse lentamente. Me puse de pie para ponerme a cubierto porque al imbécil que nos disparaba no parecía importarle quién resultara herido. Continuaron rociando el barco con plomo hasta que fui el último que quedó en la cubierta de proa sin ningún lugar adonde ir.

Tan pronto como la ametralladora se detuvo, el puto Santino se agachó sobre el patín de aterrizaje y me arrojó una escalera de cuerda de emergencia. Clifton y sus hombres habían desaparecido. Con los restos hundidos, no tenía tiempo de ir a buscarlos. Mikey se había quedado atrás, acurrucado junto a la puerta cerrada que conducía al interior de la cubierta. Clifton lo había abandonado.

Volteé hacia uno de los hombres en el suelo y tomé su arma. «*Fac Fortia et Patere*». “Haz acciones valientes y resiste”. Le recordé a Mikey nuestro lema como miembros de La Sociedad. «Traicionaste a tu familia», grité por encima del fuerte zumbido de las hélices, haciendo una mueca por el fuerte viento y los escombros.

Mikey levantó las manos y abrió la boca. Le disparé antes de que tuviera tiempo de pensar en otra mentira para salvar su pellejo. Los estatutos de la Sociedad eran claros al respecto. La traición se castigaba con la muerte. Solté el arma y liberé un suspiro.

«No tenemos tiempo para un funeral», gritó Santino por el altavoz.

Mierda. Me lancé hacia el helicóptero, pero a los dos pasos, la cubierta cedió debajo de mí. Al carajo mi suerte. Aspiré y esperé a que el agua del mar me arrastrara hacia abajo. Cuando salí a la superficie, vi la escalera de cuerda de Santino colgando a unos metros de distancia y nadé hacia ella.

«Aguanta», gritó un montón de instrucciones que no oí por el fuerte chirrido del barco que se hundía a varios metros de distancia.

Pateando con fuerza, enganché los codos alrededor del escalón superior y dejé que Santino y sus hombres me izaran. Tan pronto como entré en la aeronave, nos alejamos de los destrozos.

«¡Maldito idiota!», me puse de pie y lo empujé sobre el asiento. «Me podrían haber matado».

«Te lo dije, que no te iba a gustar mi plan». Se recostó en su silla de capitán con una sonrisa diabólica en su rostro. «¿Conseguiste el nombre?».

«Lo hice».

«Puede que no esté de acuerdo contigo en muchas cosas, Rex. Pero somos familia. Nos guste o no. Nos mantenemos unidos. Mikey Gallo lo olvidó. Y ahora está muerto».

«Sí». Asentí mientras él cortaba la brida alrededor de mis muñecas. «¿Y Clifton?».

«Tengo un equipo de limpieza en camino para registrar lo que queda del yate. Lo sabremos pronto. ¿Tienes un nombre?», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Necesito que lo digas».

«Michael Alfera», le confirmé.

Michael Alfera, el padre de Caterina, estaba trabajando con el FBI para acabar con todos nosotros. Por supuesto, tenía que asumir que, en algún momento, el viejo habría estado pensando en traicionar al FBI también. Para mí era obvio que la única razón por la que se aliaba con alguien, como Clifton, era porque quería salir de su retiro y volver a ser el rey. Excepto que esa posición ya estaba tomada. Yo era el rey.

«Alfera nos traicionó. Los estatutos son claros en esto, Rex».

«Sí, lo son. Michael responderá por lo que hizo. Me aseguraré de eso».

«¿Estás pensando en su hija? ¡Jesús! ¡Carajo!», levantó las manos con frustración. «Por eso están prohibidos los matrimonios dentro de la familia».

«Más bien está mal visto», contesté.

«Tu papá cometió un error al aceptar el trato de Alfera. Y ahora, aquí estamos lidiando con las consecuencias de sus acciones. Pero esta es la cuestión, me importa una mierda lo que Caterina quiera. Ella tendrá que subir a bordo. En cuanto a ti, debes dejar de pensar con tu pene y empezar a actuar como un rey». Hizo una mueca y tragó con dificultad.

«Reconozco esa expresión en tu cara», le hice un gesto. «Te golpearon».

Dios mío, los hombres de Clifton estaban tan ocupados disparando al helicóptero que no pensaron en matarme. Santino había corrido un gran riesgo usándonos a ambos como cebo. Un riesgo que había dado sus frutos. Así que no podía estar tan enojado con él, especialmente porque había acertado en sus suposiciones. Una parte de mí esperaba encontrar pruebas de que el padre de Caterina no estaba involucrado con el FBI.

«Solo es un rasguño», hizo una mueca.

Me reí entre dientes al pensar en lo destrozado que había quedado mi hombro la última vez que me había rozado una bala. La herida había tardado semanas en sanar, principalmente porque el músculo estaba destrozado en diferentes puntos. Toqué al piloto en el hombro. «¿Qué tan cerca del hospital puedes llegar?».

«Por supuesto que no», espetó Santino.

«Tengo un acuerdo con la médica local. Ella te curará». Lo ayudé a quitarse la chaqueta del traje. Efectivamente, la manga de su camisa de vestir estaba empapada de sangre. «Tendrás que esperar hasta que regresemos a Nueva York para tomar uno de los cocteles revitalizantes de Donata».

«Te has estancado». Él encontró mi mirada. «Si no cumples con esto, las otras familias encontrarán una manera de derrocarte».

«Estoy muy consciente de lo que está en juego aquí. Y sé lo que tengo que hacer», respondí.

Dentro de La Sociedad, la traición se castigaba con la muerte. Michael Alfera había cruzado la línea cuando hizo un trato con un cerdo agente. Si no se le controlaba, seguiría asesinando a miembros clave del concejo, empezando por mí, la signora Vittoria y el padre de Santino. Tenía que ordenar la ejecución de Michael. Pero Santino tenía razón. Estaba pensando en Caterina y en cómo si perdía más familia, eso la mataría. Estaba pensando en cuánto me odiaría por hacer mi trabajo. Estaba pensando en que, si seguía adelante, ella nunca me amaría.

¿Pero qué opción tenía?

* * *

Descarga El Rey de las Bestias (Dúo de Bestias #2) ¡hoy mismo!